

El
Abridor
de Latas
Novela

ISBN 978-85-7341-481-3

Título del original en portugués:
O ABRIDOR DE LATAS

Traducción:
Alipio González

Revisión:
Blanca Flor González Medina

Portada:
César França de Oliveira

Diagramación:
Maria Isabel Estéfano Rissi

1ª edición - agosto/2010
3.000 ejemplares

Derechos Reservados

 **INSTITUTO DE DIFUSÃO ESPÍRITA**
Av. Otto Barreto, 1067 - Cx. Postal 110
CEP 13602-970 - Araras/SP - Brasil
Teléfono (55-19) 3541-0077
CNPJ 44.220.101/0001-43
Inscripción Estatal 182.010.405.118

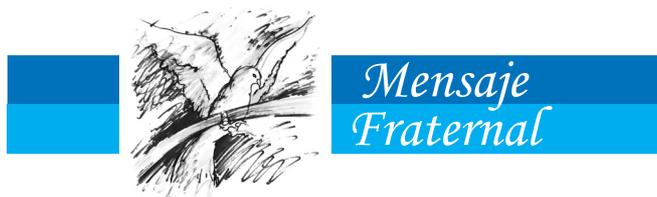
 **ide**
editora

www.ideeditora.com.br

Wilson Frungilo Jr.

El Abridor de Latas

Novela



Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.
Teléfono (58-212) 472 92 89 Celular (58-414) 183 16 15
www.mensajefraternal.org.br
mensajefraternal@movistar.net.ve

ÍNDICE

I - La familia Antunes	9
II - La familia Gomes	23
III - El hermano Haroldo	33
IV - El hermano Agenor	45
V - El apoyo al padre	59
VI - La lectura del primer manuscrito	67
VII - La llegada del hermano Agenor	85
VIII - La familia reunida	95
IX - La lectura del tercer manuscrito	103
X - La conversación de Doña Elsa con el hermano Agenor	117
XI - La lectura del cuarto manuscrito	131
XII - En la feria del libro espírita	145
XIII - Las enseñanzas del caminante	157
XIV - La conversación con Ailton	175
XV - Esclarecedor encuentro de Nelson con el hermano Haroldo	191
XVI - La lectura del quinto manuscrito	203
XVII - El descubrimiento	221
XVIII - El viaje	231
XIX - El rencuentro	251



LA FAMILIA ANTUNES

–¿Usted lo encontró?, –pregunta el Dr. Nelson Antunes, rico empresario, visiblemente emocionado, a un empleado de su confianza.

–Lo encontré, doctor –responde Alonso–. Realmente el hombre está muerto y su tumba es una sencilla lápida en el cementerio del que le hablé.

–¿Y usted está seguro de que es él?

–Absolutamente, doctor. Incluso, la documentación concuerda con los registros.

–¿Y cuánto tiempo hace que falleció?

–Por lo que puede averiguar, ya han pasado casi treinta años, doctor.

–Por favor, indíqueme la localización de la tumba.

–Por supuesto. Cuando usted entre al cementerio

por la puerta principal, camine hasta la calle número doce, gire a la derecha, vaya por ella hasta encontrar la vereda y a continuación, a la izquierda. La tumba se encuentra casi al final de ésta, junto al muro, lápida número trescientos dieciocho.

–Ya lo anoté. Muchas gracias, y, por favor, guarde absoluta discreción.

El empresario cuelga el teléfono y se deja caer en una poltrona, con lágrimas en los ojos.

–Cómo me gustaría haberlo encontrado vivo para poder pedirle perdón y, con toda certeza, resarcirlo por el prejuicio que le causé –piensa–. Dios mío, ya han pasado más de treinta años desde que sucedió todo. Él murió joven y poco tiempo después. Y Alonso dice haber encontrado noticias de que él habría muerto atropellado. ¿Sería un suicidio? Pero no me puedo culpar ahora. Hoy no actuaría de la misma forma. Desgraciadamente, en aquella época, mis pensamientos eran otros. No consigo entender por qué hice aquello. No tenía motivos para perjudicarlo de aquella manera. Ni siquiera obtuve ninguna ganancia económica...

En seguida, y al mismo tiempo en que Mara, su hija, entra en la sala, el empresario habla con su chofer, por teléfono, estratégicamente instalado al lado de su poltrona.

–Norberto, tenga listo mi carro. Vamos a salir.

–¿Va a salir, papá? El almuerzo ya está listo para ser servido.

–Tengo una reunión de negocios, hija. Almorzaré fuera –responde, ya levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

Mara percibe que su padre no se encuentra bien. En los últimos días, se ha comportado de una manera muy extraña, dejando, incluso de darle un beso cuando la encuentra por primera vez en el día. Y no pierde la oportunidad de llamarle la atención, con mucho cariño.

–¿Y mi beso, papá?

–Oh, querida hija, discúlpeme. Ando con la cabeza muy ocupada con los negocios.

–Pues no debería. Ya hace tiempo que debió dejar esas preocupaciones para Roberto y Narciso.

–Usted tiene toda la razón, Mara, pero es que... bien... en verdad, estoy cuidando de un asunto particular que no tiene nada que ver con las empresas.

–¿Asunto particular? ¿Qué asunto particular, papá? No me diga que está pensando en ocultarle algo a sus hijos –bromea, extremadamente curiosa.

–No, está claro que no pretendo ocultar nada a nadie y mucho menos a mis amados hijos. En verdad, ni siquiera llega a ser un negocio. Sólo una preocupación con una persona, a quien debo mucho.

–¿Y puedo saber que qué persona es esa? ¿Será Mario, papá? ¿Continúa, ese amigo suyo, incomodándolo pidiéndole prestado?

–No, hija, y por favor, a su debido tiempo le hablaré

de eso. No sea tan curiosa. Su padre no está cometiendo ninguna locura.

–Tengo la mayor seguridad de eso. Usted es el hombre más correcto de este planeta y bien sabe cuán grande es el ejemplo vivo que usted nos da a todos.

–Sé muy bien de eso, Mara, y crea, no es una situación demasiado grave. En realidad, mi preocupación, está siendo exagerada. Puede creerme. Y, ahora, aquel beso y le deseo un buen día para usted. A propósito, ¿sus hermanos vienen a almorzar a casa, hoy? Aún no pasé por la oficina.

–Dijeron que vendrían. Voy a esperarlos. Y puede quedarse tranquilo, papá. Voy a contener mi curiosidad.

–Hasta la noche, Mara.

–Hasta la noche, papá.

* * *

Son las trece horas y cuarenta minutos y los hermanos Roberto, de veintinueve años, Narciso, de veintisiete años y Mara, de veinticinco años, ya están terminando el almuerzo en el salón comedor de la mansión en la que viven, en una lujosa urbanización de la capital. Roberto y Narciso, ambos ingenieros, detentan altos cargos en las empresas de la familia Antunes, mientras Mara cursa el cuarto año de Medicina. La madre, la señora Carmen, falleció hace cuatro años, y los hijos residen con el padre, a quién le insisten para que se jubile defini-

tivamente. En verdad, el Dr. Nelson ya no administra casi nada, contentándose, apenas, en tener un despacho privado en las oficinas centrales, desde donde vigila a los hijos y les ofrece sus experimentados consejos, a pesar de estar seguro de que los jóvenes saben ya, mejor que él, dirigir todo aquel conglomerado, a través de competentes administradores contratados para ese fin. Aun así, los hijos, siempre que pueden, buscan al viejo magnate, para que les asesore en una nueva inversión en el mercado, más para agradarlo y para que se sienta útil y no excluido del todo lo que ocurre, generalmente, con las empresas que, con mucho esfuerzo, después de heredarlas del padre, los hijos, las hicieron crecer mucho más, como acostumbran a decir, con sus propias manos y con mucho trabajo. Pero, en ese instante, ya en la sobremesa, los hermanos comentan sobre una transformación que se viene operando últimamente en su padre.

–Ando un poco preocupada con papá –dice Mara–. Por lo menos no se comporta como de costumbre. Hoy mismo, cuando, llegué, se lo dije a él, pero sentí que procuró disfrazar la situación diciendo que estaba muy preocupado con una persona, a quien debe mucho.

–¿Debe mucho? Papá nunca me habló sobre alguien a quien deba mucho –comenta Roberto.

–Le pregunté si no estaría preocupado con Mario, al que siempre le presta algún dinero...

–No puede ser Mario, pues papá nada le debe a él. Muy por el contrario –agrega Narciso.

–¿Saben? Me pareció que papá tenía lágrimas en los ojos.

–¿Lágrimas?

–Sí, pero, no le comenté nada, pues no estaba segura de ello.

–Roberto y yo también percibimos que papá anda un tanto triste, Mara. Ya no nos acompaña cuando tenemos que almorzar en el centro de la ciudad, en algún restaurante. Siempre nos dice que va a comer más tarde.

–Ahora que recuerdo... un día, al buscarlo, pregunté a su chofer si sabía de su paradero y él me dijo que papá había tomado un taxi y lo había dispensado.

–Eso es bastante extraño. Papá siempre utilizó sus servicios. Nunca supe que tuviese que tomar un taxi.

Y los hijos del Dr. Nelson continúan haciendo conjeturas e hipótesis sobre aquello que ellos consideraban un misterio en la vida del padre.

* * *

Dos días después, cuando Narciso está llegando a casa, alrededor de las diecinueve horas, ve al padre tomando un taxi a pocos metros de la residencia. Inmediatamente y con cuidado, se vuelve a meter en su auto y lo sigue. El taxi recorre varias calles y barrios hasta estacionarse frente a una sencilla casa. Narciso se estaciona a una distancia prudencial, para no ser visto y apenas consigue percibir que hay algo escrito en la parte

superior de la pared externa de la construcción. Aguarda un poco hasta que el padre paga al taxista y entra en la casa y, entonces, se encamina lentamente hasta ella, camuflado en la calzada de enfrente, detrás de un grueso tronco de árbol, le extraña el hecho de que el Dr. Nelson se haya dirigido hasta allí, pues lee: “Centro Espírita Allan Kardec”.

–¿Un Centro Espírita? ¿Qué será lo que papá vino a hacer ahí? –piensa. Nunca supe que él, alguna vez, se haya interesado por esos asuntos. Él no es muy religioso que se diga.

Y, con esos pensamientos, pasa primero a analizar la casa: sencilla, sin garaje, un tejado a dos aguas, una puerta y dos ventanas, una de cada lado. Parece ser una construcción bastante antigua, con alrededor de unos doce metros de fachada, pero muy profunda, tal vez unos cincuenta metros y, por cierto, con un buen terreno en el fondo, pues una frondosa mata de mango despunta por detrás de su tejado. Ve luces en su interior, a través de las rendijas en las ventanas de madera. Y ya está a punto de atravesar la calle cuando ve algunas personas dirigiéndose hasta allá y entrando en silencio. Mira el reloj. Ya son las diecinueve horas y cuarenta minutos.

Narciso comienza a sospechar que, ciertamente, se realizará alguna reunión allí.

–Pero, ¿qué es lo que papá vino hacer en este Centro? –se pregunta.

Ya había oído hablar algo sobre Espiritismo, incluso

sobre Allan Kardec, como alguien que había sido el creador de esa religión y también, ya había oído hablar y mucho de Chico Xavier, que decían que escribía obras dictadas por Espíritus, cosa a la cual nunca le dio mayor importancia, como su padre que tampoco se había interesado nunca.

—¿Qué debo hacer? —piensa—. Podría entrar ahí y ver lo que ocurre, pero no me gustaría que papá me viese y supiese que lo seguí. Sería muy incómodo para mí y para él. Sólo si entro, y papá no me ve, asisto a lo que ellos hacen y, si él me viese, podré decir que iba pasando por aquí, camino a casa y lo vi y, entonces, decidí encontrarme con él. En verdad hasta sería bueno que él me viese, pues así podría preguntarle lo que vino hacer aquí. Pero... ¿podré entrar? En verdad, no soy seguidor de esa religión. ¿Será que sólo los que la profesan pueden asistir a sus reuniones? ¿Y papá? ¿Acaso estaría frecuentando este Centro? Nunca nos habló nada sobre eso. Déjame ver... El miércoles pasado... ¿Salió papá por la noche? No consigo acordarme. ¿Y el otro miércoles?

Inmediatamente, decide llamar a Mara.

—Aló, ¿Mara? Soy Narciso. Dígame una cosa: ¿Usted se acuerda de si papá ha salido los miércoles por la noche?

—Déjame ver, Narciso... Espere un poco... Sí, papá ha salido los miércoles, sí. Ya me di cuenta de eso. Pero, ¿por qué me lo pregunta? ¿Está pasando algo?

—No es necesario que usted se preocupe, Mara. Dígame algo más: ¿Sabe usted si papá se ha interesado, últimamente, por alguna religión?

–¿Religión?

–Sí. Más precisamente por el Espiritismo.

–No sé, Narciso: Como ya le dije, he encontrado a papá muy extraño. Ya tuve la oportunidad, algunas veces, de entrar en su cuarto, aquí en casa, y verlo con un libro, pero siempre que me aproximó él lo guarda en una gaveta, pareciéndome que no quiere que yo vea lo que está leyendo, pero no le di mucha importancia a ese hecho. A papá siempre le gustó leer. Pero, ahora...

–¿Usted ve en eso algo extraño?

–Sí, porque papá nunca me escondió nada que estuviese leyendo. Eran siempre obras de temas empresariales, administrativos o financieros. Y siempre leía en cualquier lugar de la casa, sin secretos. Últimamente es que me parece que está leyendo a escondidas y en su habitación, pero, ¿qué es lo que está pasando?

Entonces, Narciso le cuenta a su hermana lo que vio cuando el padre tomó un taxi y lo siguió, hasta el momento en que él entró en un Centro Espírita.

–¿En un Centro Espírita, Narciso? ¿Y qué es lo que usted va a hacer?

No lo sé, Mara. Parece que se va a realizar alguna reunión y no sé si debo entrar. A papá no le gustaría si me viese y se enterase de que lo seguí. Pensé hasta en mentir, diciéndole que pasé por aquí por casualidad y, tal vez, esa fuese una oportunidad para preguntarle.

¿Y usted cree que puede entrar ahí? Quiero decir, sin ser espírita...

–Realmente no lo sé. Espere un poco, dos señoras están llegando. Voy a preguntarles. Hasta luego, Mara. Después la llamo.

–Hasta luego, Narciso. Espero su llamada.

–Narciso, entonces, atraviesa la calle y se dirige a las mujeres.

–Buenas noches. ¿Podrían darme una información?

–Por supuesto, señor –responde una de ellas.

–Bien, ¿se va a realizar alguna reunión en el Centro? –pregunta, señalando la casa.

–Sí. Hoy es día de pases. ¿No le gustaría entrar?

–¿Y puedo entrar?

–Sí. Dentro de poco esta puerta estará abierta para todo el que quiera entrar. Nosotras vinimos un poco más temprano para prepararnos, pues formamos parte del equipo que da los pases.

–Es que yo no sé nada de eso. En verdad, ni sé lo que es eso.

–¿Es la primera vez que viene a un Centro Espírita?

–Sí. Lo que ocurre –miente Narciso–, es que yo venía pasando por esta calle y vi cuando papá entró ahí y sentí curiosidad. Nunca supe que él se interesase por esa religión. Nunca me dijo nada ni a mis hermanos

tampoco. Hasta pensé en entrar, también, pero no me gustaría que él me viese y pensase que lo estoy siguiendo.

–Pues debería entrar y conversar con él.

Narciso permanece pensativo por algunos segundos y responde:

–Tampoco sé que lo lleva a escondernos esto.

–¿Cómo se llama su papá?

–Nelson Antunes.

–¿Nelson Antunes? Ah, sí, debe ser el Dr. Nelson.
¿Él no es un empresario rico?

–Ese mismo.

–Él ha frecuentado el Centro desde hace algunas semanas y descubrió que es médium.

–¿Médium? ¿Quiere decir usted que recibe Espíritus que hablan a través de él? Por favor, tenga en cuenta que sé muy poco sobre esto.

–Médium –explica una de las señoras– es la persona que tiene la facultad de servir de intermediario entre el plano espiritual, que es el verdadero plano de la vida, con este plano en que vivimos, que es el material. O, mejor explicado, el médium transmite lo que los Espíritus nos quieren decir. Unos a través de la psicofonía, o sea, a través de la palabra hablada, o de la psicografía, que es a través de la escritura. También existen otros tipos de mediumnidad, como los médiums de efectos físicos, los auditivos, que son los que oyen los Espíritus, los sanadores

que curan enfermedades, los videntes, que los ven, que parece ser el caso de su padre...

–Por favor, espere un poco –pide Narciso–, ¿usted quiere decir que mi padre es un médium que ve a los Espíritus?

–Por lo que supe, su padre dice haber visto a un Espíritu femenino, una noche, en su habitación y que habló con él.

–¿Una mujer?

–Sí. ¿Su madre está viva aún?

–No. Mamá falleció hace cuatro años. ¿Él dice que fue ella?

–No lo sabemos –responde una de las señoras–. La única cosa que puedo adelantarle es que esa mujer le pidió que buscara al hermano Haroldo.

–Y, ¿quién es el hermano Haroldo?

–Es el presidente del Centro Espírita. Es un hombre muy culto, muy inteligente. Un gran conocedor de la Doctrina Espírita.

–¿Y qué es lo que mi padre viene a hacer aquí?

–Él recibe pases y el hermano Haroldo le ha aclarado muchas cuestiones. En verdad, ellos ya se conocían, desde hace algún tiempo. Después, nunca más se vieron.

Narciso permanece algunos segundos en silencio, sin saber qué hacer o qué decir. Se encuentra atónito ante aquella revelación. ¿Por qué su padre nunca les había hablado, a sus hermanos y a él, sobre eso? ¿Será que no

tiene el valor necesario para comunicarles que seguía esa religión y que era médium vidente? ¿Y por qué? Nunca había habido secretos entre ellos.

–Entonces. ¿Va a entrar?

–No, no, pero me gustaría conversar con el hermano Haroldo, en privado, antes de hablar con mi padre.

–Bien, usted puede hablar con él cuando quiera. Y si no quiere venir al Centro, podrá hablar con él en su casa. Él vive allí, en aquella casa verde –dice la mujer, señalando una modesta vivienda algunos metros más abajo, atravesando la calle.

–¿Podría decirme cual sería la mejor hora para encontrarlo en casa?

–Usted podrá encontrarlo alrededor de las veintidós horas. Nuestra reunión termina a las veintiuna y treinta y él cierra el Centro y va para su casa.

–¿No será incómodo para él recibirnos a esa hora?

–De ninguna manera. El hermano Haroldo es muy solícito, y tengo la seguridad de que lo atenderá con mucho placer. Él siente mucho afecto por su padre.

–Perfecto. De cualquier forma, muy agradecido por la información. Y muy buenas noches.

–Buenas noches, señor.

–A propósito... por favor... no le digan a mi padre que estuve por aquí.

–Puede quedarse tranquilo, pues nada le diremos.

–Yo se les agradezco.

II

LA FAMILIA GOMES

Algunos días antes...

–¿Entonces, doctor? ¿Es grave? –pregunta Doña Silmara Gomes al médico psiquiatra que, después de atender a su marido, le habla en privado.

–Octavio está aquejado de una gran depresión. Por ahora, vamos a dar inicio a un tratamiento médico que considero bastante eficaz en estos casos. Solamente le pido que acompañe y vigile la ingestión de esos medicamentos en los horarios que definí, porque, muchas veces, existe una cierta resistencia inicial, por parte del paciente, en ingerirlos. Por favor, manténgame informado sobre el desarrollo de ese tratamiento. Y pida a mi secretaria una nueva cita para dentro de quince días. También sería bueno que él se alimentase mejor. Por lo que pude observar, se encuentra bastante delgado.

–¿Debo permitir que pueda ausentarse de la casa?

–Por lo que usted me informó, en los últimos días él ha permanecido en su residencia, ¿no es así?

–Sí. Después de haber faltado al trabajo por una semana, se retiró a su cuarto y no salió más.

–Muy bien. Si él quisiese salir, tendrá que ir acompañado. A propósito, no conseguí de él la información de lo que habría hecho en esos días en los que faltó al trabajo y que usted sólo supo cuando unos colegas le telefonaron para preguntar por él. ¿La señora tendría alguna idea al respecto?

–No, Doctor. Pienso que, como ya le dije, haya sido por causa del desaliento que haya tenido al no ser ascendido en la empresa. Hasta su nuevo jefe está preocupado por él. Llegó a llamar a casa para preguntar. Fue cuando descubrí lo que estaba pasando, a pesar de ya haber percibido un gran cambio en su comportamiento. Siempre encerrado y llegué a verlo llorar diversas veces. Pero no me hablaba sobre la causa de las lágrimas y hasta las disfrazaba.

–Comprendo. Pero vamos, entonces, a hacer así: vigilancia sobre la ingestión de los medicamentos, que no podrán ser guardados en un lugar conocido por él, y acompañamiento constante a donde quiera que vaya. Y repito: me comunica sobre cualquier cambio en su comportamiento, sea para peor o para mejor.

–Tanto mi hija como yo haremos como usted nos está recomendando.

* * *

–¿Y papá, mamá? Estoy tan preocupada –pregunta

Solange, hija de Octavio y Silmara, así que ésta, llegando del médico e instalado el marido en su habitación, regresa a la sala de estar de la casa.

–El Dr. Leonardo dice que tendremos que mantener a su padre bajo vigilancia para que tome las medicinas en el horario correcto y que lo acompañemos si él, de repente, decidiese salir.

–¿Y qué podrá ser, mamá? Tengo tanto miedo. Nunca vi a papá así de esa forma.

–Yo también, pero el médico dice que él se mejorará, pues ya tuvo otras experiencias con pacientes como él.

Solange, hija única, de veintiséis años, comienza a llorar. La madre la abraza y procura calmarla.

–¿Sabe lo que pienso, hija?

–¿Qué, mamá?

–Imagino que fue por causa de la firma donde él trabaja.

–¿Por causa del ascenso que él tanto esperaba y que no recibió en la empresa?

–Eso mismo. Hace tiempo él esperaba ese ascenso y, cuando llegó el momento, trajeron a otro empleado de una de las otras empresas y le dieron el cargo.

–Papá le da mucha importancia al empleo, ¿no es así?

–Tanta que muy pocas veces faltó al trabajo, siempre dedicándole más tiempo después de su horario. No faltaba ni cuando estaba enfermo. Todo en beneficio de la firma.

–¿Y por qué no le dieron el cargo, mamá? ¿Injusticia?

–No sé, Solange. Yo no entiendo nada de eso. Tal vez el hombre que hoy ocupa el puesto, tan anhelado por su padre, tenga mejores condiciones. Hoy, los más jóvenes están mejor preparados. Octavio ya tiene sesenta y siete años. Conoce poco la lengua inglesa y la informática. Es bastante dedicado y hasta asistió a diversos cursos, pero ya no es un joven que aprende todo tan fácilmente. Usted misma sabe más que él.

–Papá aún considera que la antigüedad es un grado, que tiene derecho al cargo. Hoy las cosas han cambiado mucho.

–Y pienso que ese disgusto suyo, ese resentimiento, acabaron por ponerlo enfermo.

–Pobre papá. Y él ni siquiera precisa tanto de ese ascenso. Lo que él gana en la empresa es suficiente para que vivamos, me gradué en una universidad, y tenemos un buen automóvil...

–Usted tiene toda la razón, hija. Esa empresa siempre nos sustentó muy bien. Pero, la vanidad, el orgullo...

–¿La ambición, mamá?

–También. Su padre siempre quiso subir en la vida para aparentar éxito ante las personas, principalmente ante nuestros parientes. Y vea que tenemos una situación económica mejor que la de todos ellos.

–¿Y qué podemos hacer, mamá?

–Sólo aguardar y orar. Dios nos ayudará y todo irá bien.

–Ojalá que papá sane y que cambie esa manera suya de pensar y de ser.

–Haremos que cambie.

* * *

En ese instante, en una de las empresas, que es propiedad del Dr. Nelson, Roberto, su hijo, conversa con uno de los empleados.

–¿Tiene nuevas noticias de Octavio?

–No, señor. Estuve hace poco, en el horario del almuerzo, en su casa y él casi no habla. Permanece en silencio, como si estuviese viviendo en otro mundo.

–¿Usted sabe quién es el médico que lo está atendiendo?

–No lo sé, señor.

–Bien, voy hasta la sección de personal a pedir el teléfono de su residencia. Intentaré hablar con su esposa. Él siempre fue un buen empleado y está con nosotros desde hace mucho tiempo. Comenzó a trabajar aquí cuando tenía veinte y pocos años, desde que papá asumió la dirección de la empresa. Al comienzo, era el brazo derecho de él; después, se mantuvo en esta sección. Necesito avisarlo de que él está enfermo. Pienso, que

hace un buen tiempo que papá no habla con él. Un buen funcionario...

–Sí que lo es. Siempre se mostró muy aplicado y es amigo de todos nosotros en el departamento. Un buen hombre.

En ese momento, llega Pericles, el nuevo jefe de la sección, cargo que Octavio ansiaba ocupar.

–Buenos días, señor Roberto.

–Buenos días, Pericles.

–¿Ustedes están hablando de Octavio?

–Sí –responde el empresario–. Ferreira me está relatando que él se encuentra muy enfermo. Realmente, con una fuerte depresión.

–Sé que faltó al trabajo por una semana. Y la esposa no lo sabía, y tampoco por donde andaba. Pude hablar con ella, por teléfono.

–Nunca reclamó nada. Siempre tuvo buena salud. De un tiempo a esta parte comenzó a actuar de manera extraña. Siempre callado y disgustado. Ahora, ya hace más de una semana que no viene a trabajar.

–Exactamente, ¿cuánto tiempo hace que él comenzó con ese comportamiento extraño, Ferreira? –pregunta Pericles.

–Creo que hace unos dos meses.

–Desde que asumí el cargo de jefe, ¿no es así?

–Sí, pienso que...

–Piensa que...

–No, nada señor. Sólo pensé en alto –responde el aludido, visiblemente arrepentido de lo que se les escapara de los labios. E intenta remediar la imprudencia, pero no lo consigue. Pericles insiste, mientras Roberto se limita a oír el diálogo.

–¿Usted está queriendo decir algo, Ferreira? Este es el mejor momento, ya que nuestro patrón se encuentra aquí con nosotros.

–No, no...

Pericles, después de reflexionar un poco, dispara:

–Pues yo le voy a decir lo que casi dejó escapar.

Ferreira siente ruborizar su rostro, de tan sorprendido y arrepentido como se encuentra.

–Usted quiso decir que Octavio comenzó a sentirse así después que yo asumí este cargo que él esperaba que fuese suyo, ¿no es así?

–Bueno...

–No se preocupe, Ferreira. Yo siempre me di cuenta de que no sólo él pensaba así. Ya oí algunos fragmentos de conversaciones, que se interrumpieron cuando me aproximé, de algunos de los empleados. Realmente, Ferreira, este cargo debería habersele dado a él, principalmente por su antigüedad en el sector y por el gran conocimiento práctico que posee con respecto a los servicios. Pero, en la actualidad, los criterios para las promociones en una empresa moderna como esta son muy diferentes. Las empresas tienen necesidad de

profesionales que posean más conocimientos en determinadas áreas, pues saben que esas personas pronto aprenderán los secretos del servicio, donde quieran que estén y que, ciertamente, en mucho ganarán con el desarrollo de las nuevas técnicas de producción. Octavio era y continúa siendo un óptimo empleado, pero no lo suficiente para usar la creatividad, tan exigida hoy, en las industrias. Además, esta empresa abrió un concurso para este cargo, para funcionarios del área de cualquiera de sus filiales; yo hice un examen y pasé con muy buenas calificaciones y aquí estoy. Octavio también hubiera podido presentarse a esa prueba, pero no lo hizo: ¿Qué culpa tengo yo? Ni lo conocía.

—Sabemos eso, señor Pericles, pero usted sabe cómo es... Octavio, como ya lo dije, siempre fue un empleado muy dedicado y, realmente, no estoy hablando por él, pues sólo digo lo que pienso. Estoy seguro de que él imaginaba que ese cargo sería para él, por merecimiento y por tanta dedicación. Realmente, usted no tiene la culpa. Fue abierto un concurso, usted participó, aprobó y asumió el cargo. Nadie tiene nada contra usted. Muy por el contrario. Usted es un buen hombre. Pero... Octavio...

—Yo no sé qué decir, señor Roberto.

—No se preocupe, Pericles. Usted no tiene nada que ver con eso. Voy a procurar ayudar a nuestro Octavio. Hablaré con su familia y con él, cuando sea posible. Tal vez se le puede dar algún otro cargo relevante. A fin de cuentas, realmente, siempre fue un buen empleado.

* * *

–La llamada telefónica es para usted, mamá –llama Solange.

–¿Es de la empresa, hija?

–No lo sé. Voy a preguntar. ¡Aló!, ¿quién desea hablar con ella?

–Soy Arlete, secretaria de la Presidencia en la empresa donde su padre trabaja. El señor Roberto desea hablar con su madre.

Solange tapa el auricular del teléfono con la mano e informa a Silmara, en voz baja:

–Es el señor Roberto, mamá. Allá de la empresa. Roberto es el hijo del Dr. Nelson.

–¿El señor Roberto? ¿Qué será lo que quiere? – pregunta, afligida, mientras toma el teléfono de las manos de la hija.

–¿Aló? ¿Señor Roberto?

–¿Doña Silmara, esposa de Octavio?

–Sí.

–Señora, soy el patrón de su marido y me gustaría mucho saber sobre su estado de salud.

–Bien, señor Roberto, él comenzó hoy un tratamiento con un médico psiquiatra, a través de medicamentos. Ahora, tenemos que esperar para ver el resultado.

–Señora, me pongo a su disposición para lo que sea necesario ahora y en cualquier otro momento.

También le informo que su marido continuará recibiendo su salario y otros beneficios hasta que vuelva a trabajar, sin ningún descuento.

–Nosotros le agradecemos mucho, señor Roberto. Que Dios lo bendiga.

–A propósito, ¿el convenio de salud les está cubriendo o cubrirá todos los gastos?

–Pienso que sí. Por lo pronto, nada nos han cobrado.

–Si necesitan realizar algún gasto aparte del convenio, por favor, me lo comunican. Mi secretaria le va a pasar mi teléfono. Y, por favor, dígame a Octavio, que le mando un abrazo y que iré a visitarlo tan pronto como sea posible y le suplico que me avise cuando crea conveniente realizar esa visita.

–Usted podrá venir cuando lo desee, señor Roberto. Y muchas gracias, en mi nombre y en el de mi hija, por su interés y por su ofrecimiento. Que Dios se lo pague. Usted es un hombre muy bueno.

–No hago otra cosa que cumplir con mi obligación, señora, y, además, le tengo mucho aprecio a Octavio. En nuestras empresas, e incluso en esta, de la cual estoy encargado de supervisar de cerca, tenemos muchos empleados y, sinceramente, no los conozco a todos, pero conozco muy bien a su marido, por la mayor proximidad que tengo con ese sector donde él trabaja. Es un hombre de mucho valor. Voy a pedirle a mi secretaria que le facilite algunos de mis teléfonos.

–Esperaré y muchas gracias, una vez más.

III

EL HERMANO HAROLDO

—A su orden —atiende Haroldo, abriendo la puerta de su casa, después de que Narciso tocara el timbre.

—¿Hermano Haroldo?

—Sí. ¿Qué desea?

—Me gustaría hablar con usted. Mi nombre es Narciso. Soy hijo del Dr. Nelson.

—¿Del Dr. Nelson? Pues pase, Narciso, pase.

—Con su permiso y disculpe que venga a esta hora.

—El hermano saluda al hombre joven y lo invita a entrar y a sentarse en la sala de visitas.

—Mucho gusto. ¿Usted quiere hablar conmigo...?

—Sí.

—Pues siéntase cómodo; estoy a su entera disposición.

–¡Gracias! –agradece Narciso, permaneciendo por algunos segundos en silencio porque no tiene idea de cómo abordar el tema.

–Una vez más, le pido que se sienta como en casa.

–Bien, hermano Haroldo, lo que sucede es que vi a mi padre entrar en el Centro Espírita ahí enfrente y sentí mucha curiosidad por averiguar lo que hacía. Y conversando con dos señoras, antes de que entrasen también, me informaron de que mi padre ha frecuentado esa Casa.

–Sí, eso es verdad. ¿Y qué más le dijeron ellas?

–Que mi padre descubrió que es médium... médium vidente y que vio un Espíritu femenino que le pidió que lo buscara a usted. Nunca mi padre nos ha dicho nada, ni a mi hermano, ni a mi hermana y tampoco a mí, sobre ese tema. En verdad, papá nunca fue muy religioso. Estoy extrañando este asunto. Y como no me gustaría que él supiese que yo lo estuve siguiendo, decidí venir a preguntarle a usted... porque esas señoras me dijeron, también, que él le conocía de antes.

–Eso también es verdad, Narciso. Fuimos amigos hace muchos años, cuando él comenzó a administrar los negocios de las empresas. Después, con el tiempo y sus muchos compromisos, acabamos distanciándonos, naturalmente. Su madre también era muy amiga de mi esposa.

–Pero, ¿por qué ha mantenido ese secreto? No consigo entender. Papá, ¿médium? ¿Espírita?

–Bien, Narciso, no sabría que decirle sobre las razones por las cuales él no les habló al respecto. Realmente, él me dijo que nadie sabía nada sobre ese interés suyo por el Espiritismo.

–¿Y cuánto tiempo hace que él viene asistiendo al Centro Espírita, hermano Haroldo?

–Creo que hace unas cinco semanas.

–¿Y, por qué ese Espíritu le pediría que lo buscase? A propósito, ¿ese Espíritu es mi madre?

–Sí. Eso fue lo que él me relató. Me dijo que ya estaba a punto de acostarse cuando una leve sensación de sopor le invadió la mente y vio a su esposa a pocos metros de él.

–Pero, ¿no habría sido un sueño?

–Él está seguro de que no y también pienso así.

–¿Y qué le hace pensar así?

–Porque yo necesitaba de su colaboración, o de la de alguien que pudiese realizar un trabajo muy importante para la Doctrina Espírita.

–¿Un trabajo?

–Eso mismo. Por lo que supe, ustedes poseen, además de otros negocios, una sociedad en una editora de gran tamaño.

–Sí, y tal vez pudiese editar algunos libros espíritas. ¿Acerté?

–Así es. Nosotros poseemos una pequeña editora,

pero no tenemos gráfica para imprimirlos. Necesitamos imprimir en una gráfica comercial y los costos son cada vez mayores. Y pienso que, tal vez, ahora, si su padre realmente se interesase por la Doctrina Espírita, quizás podría ayudarnos con un precio más asequible. A propósito, he recibido algunos originales que tal vez vayan a transformarse en un libro.

–Comprendo. Si... puede ser... ¿Y tal vez fuese esa la intención de mi madre al aparecérselo y pedirle que lo buscara...?

–Roberto, su padre nunca me pidió que guardara en secreto todo eso. Pero creo que sería bueno que él mismo le hablara, a su debido tiempo, o sea, cuando él decida comentárselo.

–Puede confiar en mí, hermano Haroldo. No le voy a decir nada a él sobre nuestra conversación. Pero no podré guardar ese secreto a mis hermanos.

–No hay ningún problema. Hasta creo que sería bueno que ustedes lo supiesen. De esa forma, cuando él les cuente, todo será más fácil. Incluso porque no sé lo que usted, su hermano y su hermana piensan sobre la Doctrina Espírita.

–No pensamos nada, hermano Haroldo, y no tenemos nada en contra de ella. Mi hermana incluso ha leído algunas obras espíritas y dice que le gusta mucho ese tipo de lectura, principalmente las novelas. Y mi madre, a pesar de no frecuentar ningún Centro Espírita, leía mucho sobre ese asunto. Creía en la reencarnación

y, a veces, hasta se decía espírita. De mi parte, así como de mi hermano, sólo oímos hablar al respecto, a pesar de no haber leído nada aún.

–Muy bien, Narciso. Todo comenzó en una noche en la que yo estaba a punto de cerrar la puerta del Centro y su padre descendió de un auto estacionado cerca, diciendo que quería hablar conmigo sobre algo muy importante. Nos abrazamos, comentando los estragos que la edad había causado en nuestra apariencia y lo invité a entrar. Nos sentamos en mi sala de trabajo y, entonces, él me confió lo que acabo de contar.

–¿Y sólo fue eso lo que ella le dijo?

–Sí. Su padre me relató que todo ocurrió con mucha rapidez.

–¿Y nunca más tuvo esa visión?

–No, pero él ha soñado mucho con ella. Casi no recuerda lo que sueña, pero se siente muy bien al despertar.

–¿Y, qué es lo que él viene a hacer aquí en el Centro Espírita?

–Viene a tomar pases y, como demostró cierto interés, comencé a explicarle lo que es la vida desde el punto de vista de la Doctrina Espírita y hasta le he prestado algunos libros para que él pudiese estudiar al respecto.

–Y hoy volvió a hablar con usted...

–Sí. Me dijo que ya había leído algunas de las obras

que yo le he prestado y que estaba comenzando a entender el por qué de muchas cosas. Además, me reveló que se ha encontrado con su esposa en sueños y que ella le indica algunos temas de uno de los libros que le presté para que él se interese más sobre algo que ella considera muy importante.

—¿Y, sobre ese libro que mi padre podía editar? ¿Usted ya le habló al respecto?

—Sí, y esa es una historia muy interesante. Un día, recibí una llamada telefónica de una hermana, que es directora de uno de los departamentos de un Centro Espírita del interior, diciéndome que un indigente que, a veces, frecuentaba el albergue de aquella institución, era espírita y que venía psicografiando algunos mensajes, pero que, ahora, todo indicaba que él estaba psicografiando un libro y que ella se tomaba la libertad de enviarme las primeras páginas para que yo las leyese y las guardase. Y que ese indigente andariego, tan pronto como escribiese más, él mismo me enviaría el material por correo, porque tenía miedo de perderlo o estropearlo en su ir y venir por el mundo. Me pedía que las coleccionase y que, si acaso esos escritos tuviesen algún valor, y realmente pudiesen constituir un libro, que yo podría publicarlo. Y decía más: que ese señor cedería todos los derechos de autor sin exigir ningún pago por él. Ella, entonces, me envió el primer manuscrito y, cerca de unos quince días después, recibí otra parte, sólo que desde otra ciudad, como pude verificar por el cuño del correo.

–¿Y sobre qué tema escribía él?

–Se trataba de una historia, que comenzaba en el momento de la desencarnación, que es el término que usamos para nombrar la muerte del cuerpo físico, de una persona, más precisamente, como pude constatar por los escritos, de un negro esclavo.

–¿Negro esclavo?

–Eso mismo. Y le confieso que me quedé bastante impresionando por la forma en que aquel médium escribía y, principalmente, por la riqueza de los detalles de los hechos que ocurren en los momentos que anteceden a la desencarnación, o sea en la separación del Espíritu del cuerpo físico, así como sobre los hilos vitales que los unen. Después, en el momento de despertar en la verdadera dimensión de la vida, que es la vida espiritual o plano espiritual y algunas explicaciones más. En esa primera vez, fueron apenas seis cuartillas manuscritas. Me picaba la curiosidad hasta que, cerca de quince días después, recibí otro sobre con la continuación de la historia. Creo que será un buen libro y por eso hablé con su padre sobre mis planes de editarlo, tan pronto como reciba todo el material de la obra.

–¿Y papá leyó ese material?

–Ya leyó dos de los sobres y, como a mí, se le despertó la curiosidad, principalmente porque no sabemos cuándo recibiremos el próximo.

–¿Y él está entendiendo todo el contenido?

–Sí, aunque ha hecho algunas preguntas al respecto. A las cuales respondo con el mayor interés.

–Ustedes hablan y creen mucho en la reencarnación, y cosas de ese tipo. ¿Qué les hace pensar así?

–La Doctrina Espírita nos explica la vida a través de las diversas reencarnaciones por las cuales pasamos, por dos simples motivos: justicia y, principalmente, aprendizaje. Pues bien: no sé qué religión profesa, pero, casi la mayoría de ellas cree en el Cielo y en el Infierno, donde, después de la muerte, podremos ser eternamente felices o eternamente infelices, con sufrimientos atroces, ¿cierto?

–Sí. Los buenos irían a un paraíso y los malos a un infierno pleno de suplicios.

–¿Y usted cree que eso es justo?

–Pienso que sería una manera de que los hombres se comporten como cristianos.

–Donde quiera que alguien cometa un error no podrá tener ninguna otra oportunidad. Dígame una cosa: si, un día, un hijo suyo se equivoca y comete un error, ¿no sería usted capaz de perdonarlo y darle una nueva posibilidad para que modifique su comportamiento y no cometa más errores?

–Bien...soy soltero y no tengo hijos, pero pienso que sí. Incluso, mi propio padre, así lo haría.

–¿Y por qué cree que Dios, infinitamente bueno, no actuaría, también de esa manera? ¿Usted o su padre serían mejores que Él?

–De ninguna forma. Pero, ¿qué tienen que ver con eso las diversas encarnaciones?

–Una manera de volver a convivir con personas a las cuales les causamos algún mal, con la oportunidad de reparar ese mal, de alguna forma. Y también, la oportunidad de vivir situaciones que aún no hemos experimentado, para aprender a actuar correctamente en esas diversas ocasiones, siempre en relación con el prójimo. Y añadiendo un poco más sobre la idea que tienen algunas religiones de creer que poseemos sólo una vida en la Tierra, le voy a pasar un ejemplo bien construido, en un libro que leí hace poco tiempo. ¿Usted quiere oírme?

–Lógico. Estoy interesado.

Entonces, el hermano Haroldo, busca una página de un libro que toma de un estante y lee:

–Dice así: no podemos creer en un castigo eterno denominado infierno, pues sino, habría una gran injusticia por parte del Creador, que pueda dar ese destino a un pecador que muere a una edad madura y va a ese infierno, con un bebé que muere con tierna edad y no tuvo la oportunidad de demostrar si, viviendo hasta esa misma edad madura, tendría el merecimiento necesario para ir a un paraíso o para un lugar de padecimientos.

–Eso es verdad.

–Por lo demás, no es con una edad media de setenta y pocos años en la que se darán las condiciones a un ser humano de llegar hasta Dios. Una sola encarnación es

muy poco tiempo para el aprendizaje, además de que unos viven experiencias diferentes de las de otros.

–¿Y en cuánto aquellos que creen que todo termina con la muerte?

–Si no hubiese una continuidad después de la muerte del cuerpo físico, ¿de qué le serviría al Espíritu encarnado ser bueno? ¿Qué recompensa tendría si todo acabase con la muerte? ¿Estarían siendo beneficiados aquellos que solamente gozaron los placeres de la vida material, aun a costa de sus hermanos?, ¿no cree? Pues si todo terminase con la muerte, no tendrían que responsabilizarse de las consecuencias de sus actos.

–Usted dice que reencarnamos para reparar males cometidos en encarnaciones pasadas, pero... ¿sino no nos acordamos de nada...? Aún no consigo entender esto.

–Dios, a través de su Misericordia nos proporciona la dádiva del olvido del pasado, sino sería imposible vivir junto a las personas con las que tenemos débitos que rescatar. ¿Usted ya pensó como sería de difícil o, hasta imposible, convivir con una persona sabiendo que ella nos hizo un gran mal en otra vida, o, peor aún, si ella supiese el mal que le hicimos?

–Pero, ¿para qué todo eso?

–Imagine a una persona que tenga un odio muy intenso por otra, a causa de algo malo que ella le haya hecho. Cuando ella estuviese sin el cuerpo físico, ese odio continuará, ¿y cómo sería la mejor manera de librarse de ese odio que tanto la hace sufrir, porque en

verdad, el odio trae mucho sufrimiento a las personas? Sólo cambiando ese odio por amor.

–¿Usted podría darme algún ejemplo?

El hermano Haroldo sonríe, busca otra página del libro y continúa:

–Vamos a imaginarnos que usted siente un odio muy grande por alguien. Que después de desencarnados, usted reencarne, crezca, se case, tenga un hijo y que ese hijo suyo sea esa persona, ese Espíritu a quien usted tanto odiaba. Y no sabiendo que ese hijo suyo era aquel mismo Espíritu a quien usted tanto odiaba, ¿qué va a ocurrir? Usted lo va a amar desde pequeñito, va a verlo crecer, va a educarlo y, si un día, cuando esté libre de la materia, viniese a saber que él fue en el pasado aquel Espíritu que tanto mal le hizo, ya no va a conseguir odiarlo, porque ya cambió ese odio por amor paterno.

–En verdad... tiene lógica. Me gustaría saber un poco más al respecto de esa Doctrina Espírita, pero ya le he quitado mucho tiempo. Ahora, ¿qué cree usted que debo hacer en relación a mi padre?

El hermano Haroldo piensa un poco y le aconseja:

–Si usted cree que es una buena solución, podemos hacer lo siguiente: ya que demostró cierto interés con respecto a la Religión de los Espíritus, lleve este libro y procure enterarse un poco más sobre el asunto. Hable con sus hermanos al respecto de lo que está aconteciendo con su padre y, cuando lea, por lo menos algunos capítulos, deje el libro en un lugar bien visible para que él

lo vea. Con toda seguridad, irá a preguntarle sobre eso y usted le dirá que se lo prestó un amigo porque sentía curiosidad por el Espiritismo. Puede tener la mayor certeza de que los acontecimientos fluirán naturalmente.

–Es una buena idea. Sólo que nunca le mentí a papá.

–Usted sólo estará diciendo lo que llamamos una “mentirita blanca”.

–¿*Mentira blanca*?

–Sí. Muchas veces tenemos que inventar algunas cosas, una “mentirita blanca” para que consigamos algo mejor. Después, podrá revelar a su padre esa estrategia suya para hablar con él sobre ese asunto. Creo que se divertirán mucho con esa bien construida “mentirita blanca”.

–Buena idea... puede ser una “mentirita blanca”... dice el joven, en actitud risueña.

No sienta recelo, Narciso. Ese tipo benéfico de mentira siempre existió: Si es para el bien, ¿por qué no? Voy a darle un ejemplo: usted va a visitar a un conocido en un hospital y sabe que su caso es muy grave. ¿Usted le va a decir la verdad si él le preguntase?

–Usted tiene toda la razón. Bien, muchas gracias, hermano Haroldo. ¿Puedo volver otras veces, si fuera necesario?

–Cuántas veces usted lo desee. Y tengo la certeza de que muy pronto lo veré con su padre allá en el Centro Espírita.

EL HERMANO AGENOR

—¿Pero, que es lo que está pasando? ¿Por qué tanto alboroto? —pregunta Doña Elsa a las poco más de sesenta personas que esperan la refección de la noche, en un albergue del cual ella era la responsable, en una institución espírita de aquella ciudad del interior, donde los trabajadores eran, como ella, voluntarios. Se trataba de una persona que, de pie, hablaba a los demás, y todos, no sólo demostraban mucha alegría, si no que hablaban todos al mismo tiempo unos con los otros.

Con la aparición de ella que era considerada por todos, la gran benefactora, a pesar de haber llegado sólo algunos meses antes a esa ciudad y, en tan poco tiempo, haber sido admitida en los trabajos de la institución, más precisamente, en la dirección de aquella labor asistencial, en sustitución de Doña Eloísa, que había pasado ahora a encargarse de las tareas de evangelización, él que estaba

de pie se sentó y el silencio volvió a reinar. Aquella casa espírita, no sólo ofrecía posada a los viajeros, la mayoría, indigentes nómadas sin rumbo, como también alimentación para cualquier persona que lo necesitase. Y, hasta allí acudían muchas familias para, con frecuencia, servirse de la única comida del día y, cuando sobrasen alimentos, llevárselos para que pudiesen almorzar al día siguiente. Además otras ayudas eran ofrecidas, como leche en polvo para los niños, panes, ropas, cobertores, medicinas y mucho cariño. Gran cantidad de los indigentes sin rumbo se alimentaban allí, porque, después de descansar sus cuerpos en el albergue, por un máximo de tres días, conforme al reglamento de la casa, tomaban rumbo en dirección a otras ciudades y albergues, regresando algún tiempo después, realizando una vuelta por las acogedoras casas al servicio de Jesús.

–¿Y qué fue lo que sucedió, Severino? –vuelve a preguntar la señora, ahora, directamente a aquel que había hablado a los otros, como si le estuviese transmitiendo una importante noticia.

El hombre bajó su cabeza, avergonzado por el tumulto que había provocado. Doña Elsa se aproxima a él y le pregunta de nuevo:

–Severino ¿Qué es lo que está pasando?

–Hable, Severino –solicita una señora, sentada cerca de él.

–Hable, hombre –pide otro, seguido de otras solicitudes.

Severino se levanta, pide calma a todos y responde a Doña Elsa:

–Bien, señora. Acabo de volver hoy, de mis andanzas y hace algunos días encontré al hermano Agenor, que venía en esta dirección. Conversé con él y me dijo que el viernes vendrá a este albergue.

Y Doña Elsa, que no había percibido que la euforia era de satisfacción, pregunta:

–¡El hermano Agenor...! ¿Y quién es el hermano Agenor? ¿Acaso sienten miedo de él? No necesitan preocuparse. Aquí trabajamos en nombre de Jesús, con mucho cariño, amor, pero no admitimos confusión.

–No, señora. No tenemos miedo. Estamos todos muy contentos. ¿Usted nunca ha oído hablar del hermano Agenor? ¿Él nunca estuvo aquí?

–No me acuerdo, Severino. Pasa por aquí tanta gente y estoy en este lugar desde hace poco tiempo. Pero explíquenme: ¿qué alegría es esa?

–A todos nos agrada su forma de ser, principalmente a los indigentes como yo.

–¿Y, qué es lo que el hermano Agenor tiene de tan especial?

–Él hace milagros, Doña Elsa –responde una señora de avanzada edad, frecuentadora asidua de las comidas, junto a su hijo, nuera, y un nieto de seis años de edad–. Él tiene el don de curar.

–¿Hace milagros? ¿Ya curó alguien aquí?

–Curó a mi nieto, Doña Elsa. El niño tenía mucha fiebre. Una fiebre que no le bajaba de ninguna manera. Ni con las medicinas de Doña Eloísa. Hasta un médico llegó a atenderlo en la emergencia de la Santa Casa. Ocurrió hace cerca de un año. Él le dio un pase al niño y, poco tiempo después, la fiebre desapareció.

–¿Alguien más fue curado por él, aquí?

–Que yo sepa nadie, Doña Elsa –respondió la viejita.

–Eso puede haber sido una coincidencia.

–No lo fue, Doña Elsa –habla ahora, la madre del niño.

–¿Y cómo puede usted estar tan segura de ello?

–Mi corazón de madre, Doña Elsa.

–Pero no es sólo por eso, no –dice Severino–. El hermano Agenor nos aconseja mucho. Y sólo dice verdades. ¡Cada cosa que él habla nos llena de esperanza! y, principalmente, de una gran fe en Dios. Nos habla de los Espíritus y que la vida al ser eterna no termina con la muerte. Que todos somos hijos de Dios sin distinción y que si estamos pasando por tantas dificultades es porque tenemos que pasar por esa enseñanza y que un día, tendremos mejores oportunidades y que seremos realmente, mejores. Y él habla de una manera tan bonita. Sólo con que usted le vea, o mejor, le oiga.

–¿Él es espírita?

–Dice que lo es y dice también que conversa con los Espíritus.

–Y dice que no es él quien habla, sino que un Espiritu habla por él –agrega otro indigente.

–Es médium –dice otro.

–De cualquier manera, Doña Elsa –acota Severino–, médium o no, sea o no algún Espiritu que habla por él, tengo la seguridad de que eso ocurre porque él es un hombre bueno.

–Y realmente lo es –asegura otro–. La última vez que lo encontré, vi cuando él le dio su abrigo a otro indigente andariego que estaba enfermo. Y mire que era una noche muy fría.

–Hay albergues espíritas que, cuando él llega, ya le piden que dé una charla en el Centro.

–Yo no consigo creer en lo que están diciendo –interrumpe Doña Elsa–. Nunca he oído hablar de ese señor. Tampoco he oído hablar que un indigente trotamundos estaba dando charlas en Centros Espíritas. No es que eso no pueda ser posible, pues conozco un andariego que es espírita y médium también. Y se encuentra aquí, hoy. Es Cal. Pero es que nunca he oído hablar de ese hombre, llamado Agenor.

–Es que él sólo habla en Centros pequeños en los que hacen falta personas para dar charlas. Él es muy conocido en esos lugares.

–Bien, entonces, vamos a esperar su llegada. Quiero conocer al hermano Agenor... Y, si no tienen inconveniente, vamos a comenzar a servir la comida. ¿O ya perdieron el hambre, con sólo oír hablar del hermano Agenor?

–Tenemos mucha hambre, Doña Elsa –responde Severino–, sólo me gustaría, en nombre de otros aquí presentes hacerle una petición.

–Pues hágalo, Severino.

–Bien... es que otros y yo... déjeme ver... seis caminantes más tendremos que abandonar el albergue antes de que el hermano Agenor llegue y queríamos pedirle a usted que... si no fuésemos a tomar el lugar de otros que puedan llegar... nos gustaría que nos autorizase a permanecer este fin de semana. Nos iríamos el lunes.

Doña Elsa piensa un poco y acepta, de buen humor:

–Muy bien, Severino. Si hubiese lechos vacíos, podrán quedarse. Pero sólo por causa de la presencia del hermano Agenor, ¿está bien?

–Si no hubiere camas vacías, dormiremos debajo de un puente, pero no perderemos esa oportunidad – responde el hombre.

–Entonces, vamos a servir la comida. Y, por favor, Severino, después de la refección, me gustaría hablar con usted y después con usted, Cal –pide la señora, dirigiéndose ahora, a otro indigente.

* * *

Terminada la comida...

–A sus órdenes, Doña Elsa. Usted quería conversar conmigo, ¿no es así?

–Sí, Severino. Siéntese aquí. Me gustaría que me

hablase un poco más sobre ese hombre, el hermano Agenor.

–Por lo que sé, es un andariego trabajador, diferente de nosotros, que solamente vamos ahí por la vida, sin hacer nada, cada uno con sus problemas –dice Severino, bajando la cabeza, un poco avergonzado.

–¿Andariego trabajador?

–Sí. El hermano Agenor recorre ciudades, durmiendo en albergues, cuando los hay en la ciudad en la que llega o en pensiones, cuando tiene algún dinero y, también, cuando puede, viaja en autobús, dependiendo, como ya dije, de su situación económica. Si no, viaja a pie. Es un caminante diferente a nosotros. Procura siempre estar limpio, con la ropa lavada, le gusta bañarse, limpiarse los dientes, pero todo, siempre, de manera muy sencilla. La poca ropa que posee, se la han donado y es usada. Cuando puede, se corta el cabello muy corto. Y crea, si quiere, nunca tuvo caries y posee todos los dientes.

–Usted me dice que él es un andariego trabajador...

–Eso mismo, Él vende abridores de latas de puerta en puerta.

–¿Abridores de latas?

–Eso mismo.

–Ahora, usted despertó mi curiosidad. Y, ¿dónde consigue él esos abridores para venderlos?

–Él los compra en almacenes de las ciudades por donde pasa. Generalmente, compra muchos y pide un

descuento en el precio; después añade al monto una pequeña ganancia y los vende.

–Bastante interesante.

–También vende algunos productos más que él mismo fabrica.

–¿Qué él mismo fabrica?

–Son objetos hechos de bambú. El hermano Agenor ya sabe dónde encontrarlos. Y hasta tiene permiso de algunos propietarios de tierras para cortarlos. Enseguida, los trocea en pedazos menores. Y los propietarios de esas tierras permiten que él lo haga. Lo permiten porque saben que él, realmente, sólo corta lo que puede cargar en un bolso de viaje, y también, porque ellos le conocen y le admiran. Y el hermano Agenor lleva también algunas herramientas pequeñas, tintas, pinceles, cordeles, elásticos y otros materiales.

¿Y qué es lo que él fabrica con esos pedazos de bambú?

–Bien...Que recuerde, él hace juegos de dominó, porta copas, campanillas de viento y otros juguetes típicos que va inventando.

–Interesante.

–Ah...Él también cautiva a las personas, con el Espíritu del bambú.

–¿Espíritu del bambú? ¿Qué es eso? –pregunta curiosa, Doña Elsa.

–Él dice que es un truco, pero pocas personas lo

descubren. Y cuando alguien lo descubre, él le pide que guarde el secreto y le regala una de esas piezas.

—¿El Espíritu de bambú es una pieza?

—Yo lo vi haciéndola. En verdad, se trata de un pequeño pedazo de bambú, de alrededor de unos quince centímetros de largo. Una de las extremidades está cerrada por el propio nudo de la caña y la otra está abierta. Muy cerca de la extremidad cerrada, hay dos pequeños huecos, uno de cada lado, por donde se ve pasar un pedazo de elástico hecho de goma... Ahí, él pone una pequeña varita de madera, un poco mayor que el bambú y que tiene en una de sus puntas, un entalle a modo de hendidura.

—¿Y qué es lo que él hace con esas piezas?

—Él enfila la varita dentro del bambú y dice que dentro tiene un Espíritu, el Espíritu del bambú y que, a pesar de ser pequeño, tiene la fuerza de diez hombres.

—La fuerza de diez hombres...

—Eso mismo. Entonces, él se concentra y comienza a empujar la varita hacia fuera, haciendo un gran esfuerzo. El hermano Agenor dice que el Espíritu del bambú es quien está asegurando la varita y que él casi no está consiguiendo empujarla hacia fuera. Ahí, cuando la varita ya está casi toda fuera del bambú, él parece no conseguir empujarla y regresa con toda la fuerza dentro del bambú...

—Pero sólo puede ser el elástico de goma. Si hay un elástico que pasa por dentro del bambú y la varita tiene un entalle, como una hendidura en la punta...

–Ahí es que está el problema. Todas las personas, así como yo, dicen lo mismo.

–¿Y entonces?

–Entonces él entrega el bambú y la varita para que las personas intenten hacer lo mismo. Yo lo intenté por varias veces. No existe la menor posibilidad de enroscar la varita en ningún elástico.

–¿Por qué tiene ese elástico?

–La explicación para esa pregunta, que, por cierto, todos se hacen, es que el Espíritu del bambú quiere que se coloque esa tira de goma para que las personas queden en duda sobre su existencia. El hermano Agenor dice que ese Espíritu se divierte mucho con esa duda.

Doña Elsa comienza reír.

–Pero el secreto tiene que ser esa goma elástica

–No lo es, Doña Elsa. El entalle de la varita se localiza un poco lejos de la extremidad de la varita. No tiene nada que ver con el elástico.

–¿Afirma el hermano Agenor que es un Espíritu que sostiene la varita? ¿Él cree en eso?

–No. Después de jugar con la persona, él dice que todo es un truco, pero, al mismo tiempo, dice que no puede revelar el secreto. Que ese secreto sólo puede ser descubierto y no revelado. Y entonces las personas le preguntan el motivo.

–¿Y él, qué responde?

–El hermano Agenor, sonrío juguetón, y zumba un

poco más, diciendo que son instrucciones del Espíritu del bambú. Y todos se divierten.

–Y después de eso, ya lo estoy imaginando, él ofrece sus productos para que las personas los compren.

–Así es. Y muchos los compran, no sin antes oír del hermano Agenor, variadas frases que enseñan sobre la vida y la felicidad. Hablando siempre de Jesús y de las enseñanzas de los Espíritus.

–Interesante ese hombre.

–Y es con ese dinero que él gana, con el que se mantiene. Cuando no hay ningún albergue para dormir, él paga por una habitación o pensión y, si no consigue un plato de comida, compra alguna cosa para comer. Y puede, también, a veces, si la distancia es larga, comprar un billete de autobús.

–¿Y no cree usted, Severino, que podría seguir el ejemplo de él? ¿Usted y tantos otros que viven por ahí deambulando, sin hacer nada?

–Lo sabemos, Doña Elsa, y a muchos de nosotros nos gustaría ser como él, pero nos falta voluntad, ¿sabe?

–De cualquier manera, ¿lo admiran por ser como es?

–Eso es verdad. Y a todos nos gusta mucho oírlo hablar. Sabe, Doña Elsa, todos los que lo oyen y yo pude oírlo algunas veces, sienten, en aquel momento, una enorme voluntad de mejorar, de cambiar de vida, pero, después que él se va, todo vuelve a ser como antes y continuamos siendo como somos.

–¿Y, por qué ninguno de ustedes camina junto a él? Podrían aprender muchas cosas.

–Eso no es posible, Doña Elsa.

–¿Por qué?

–Porque sabemos que a él le gusta andar solo por su camino y también pensamos que él quiere que nos mejoremos por nosotros mismos.

–Entiendo. Muy bien Severino. Ahora, ya puede ir a descansar. Cal, ¿podría acercarse, por favor?

El hombre se aproxima y se sienta. Cal, con ese sobrenombre, es, también, un indigente que conoce mucho la Doctrina Espírita y que, a veces, siente impulsos de escribir, mediumnicamente. Viejo conocido del Centro, en diversas ocasiones mostró escritos suyos a Carlos, el presidente de la institución, que los consideró muy buenos, habiendo impreso algunos de ellos para su distribución en las reuniones de pases, debido a que se trataba de mensajes de optimismo y de enseñanza. Y siempre que Cal tenía algún material, se lo dejaba a él, para que los guardase y para no perderlo o estropearlo en sus caminadas. Ahora los custodiaba Doña Elsa, que es la encargada del servicio de asistencia a esos necesitados. Función que Carlos había delegado en ella. Pero, en una de las paradas de Cal en el albergue, éste le mostró el inicio de una comunicación, la de un esclavo que comenzaba a describir su propia desencarnación. En esa ocasión, Doña Elsa, bastante impresionada con el tenor de los escritos e, imaginando que se trataba de un futuro

libro, resolvió hablar con el hermano Haroldo, que administraba una editora espírita. Habló con él por teléfono y le envió las primeras páginas, acordando con él que sería el propio Cal quien le enviaría las demás, por correo, porque no sabía dónde podría encontrarse cuando las escribiese.

–Y, entonces, Cal, ¿ha enviado más escritos al hermano Haroldo?

–Oh, sí, Doña Elsa. Yo le envié una remesa después de que usted le remitió aquel primer material que le dejé. Dentro de poco, en la próxima ciudad, pienso que conseguiré enviar otro.

–Le voy a dar algo de dinero para que usted lo remita.

–No es necesario, Doña Elsa. Yo me las arreglo.

–Insisto en dárselo, Cal.

–Bueno, será una ayuda. Que Dios se lo pague.

–Usted es un hombre muy bueno, Cal.

–No soy bueno, no. Apenas sobrevivo y acepto hacer lo que los Espíritus me piden.

–Que Dios le bendiga.

Cal se retira y Doña Elsa comenta consigo misma:

La Doctrina Espírita, realmente, está conquistando, cada vez más, el corazón de las personas. Primero, Cal. Ahora, ese hermano Agenor... otro andariego espírita. Y da charlas...

EL APOYO AL PADRE

En aquella misma noche, Narciso se reúne con Roberto y Mara y les cuenta lo ocurrido, la conversación con el hermano Haroldo y la idea de hacer que el padre conozca el interés de los hijos por saber un poco sobre la Doctrina Espírita. Y deciden que, al día siguiente, irán a adquirir en una librería dos ejemplares más de aquella obra, que el hombre prestó a Narciso, a fin de enterarse, realmente, sobre el asunto. Mara se propone ayudarlos, aclarando posibles dudas, porque ya ha leído un poco al respecto.

Y así lo hacen. Narciso parece haberse interesado bastante, pues percibe efectiva justicia en los designios de lo Alto, a través de la reencarnación, y siente enorme satisfacción en descubrir que la vida, realmente, continúa, y en la posibilidad del reencuentro de las personas que se aman.

Algunos días después, los tres hermanos están reunidos en la sala de estar, conversando sobre lo que ya han leído y decididos a llevar adelante el plan de hacer que el padre se dé cuenta de que también ellos tienen interés por el asunto. Para lo cual dejan uno de los libros sobre la mesa de centro, que se encuentra al frente de las poltronas que ocupan. El padre está a punto de llegar.

Mara, entonces, con otro ejemplar en su mano, comenta sobre un tema que encuentra muy interesante:

–¿Ustedes ya leyeron lo que dice este libro sobre el encuentro espiritual entre un encarnado y un desencarnado, durante el sueño, cómo el que le ocurrió a papá?

–Ya lo leí, sí, Mara –responde Narciso.

–Todavía no he llegado a ese punto –responde Roberto.

–Por lo que pude entender, durante el sueño, el Espíritu se desprende del cuerpo, a través del fenómeno denominado emancipación del alma, permaneciendo ligado a él por cordones de luz, y que, revestido por el periespíritu, entra en contacto con el Plano Espiritual. Algunos, después de ese desprendimiento, participan, conjuntamente con Espíritus más evolucionados, en actividades de aprendizaje o de auxilio a Espíritus necesitados, encarnados o no. La mayoría, desgraciadamente, todavía no consiguen tener una participación sublime como ésta y tienden a encontrarse con Espíritus afines y, con ellos, cometer errores y sucumbir a diversos vicios.

Cuando despiertan del sueño, no se acuerdan de ese intercambio, viniéndoles a la memoria, sólo escenas y acontecimientos de un sueño, con informaciones contenidas en el cerebro material y que son liberadas en ese estado de adormecimiento. Otras veces, el Espíritu, después de despertar, llega a recordar vagamente sus actividades extra corporales, pero recuerdos confusos similares a las imágenes del sueño cerebral, más ligadas a la vida cotidiana. Son raros los casos en los que el Espíritu consigue acordarse total o casi totalmente de los acontecimientos del Plano Espiritual.

–Este debe ser el caso de papá, que casi no se acuerda de lo que habla con mamá, pero siente que estuvo con ella y despierta feliz por eso.

–Ahora, una pregunta –interfiere Roberto: Al emanciparnos de la materia, cuando nuestro cuerpo adormece, ¿sólo nos encontramos con Espíritus desencarnados o, también, con otros Espíritus que se encuentran en la misma situación que nosotros, o sea, durmiendo?

–Por lo que leí, más adelante –responde Mara–, los Espíritus encarnados, cuanto se liberan por el sueño, también se encuentran y, muchas veces, se dirigen juntos a buscar a Espíritus más evolucionados, para aprender o para realizar algún trabajo en el Bien, o se reúnen con Espíritus del planos inferiores en busca de placeres, diversiones, o actos violentos de venganza contra Espíritus encarnados, adormecidos o no.

–Y lo que aprendemos en otro plano, cuando ocurre

la emancipación del alma, o sea durante el sueño, ¿no lo olvidamos? –vuelve a preguntar Roberto.

–Nada se pierde, Roberto. Podemos no acordarnos, pero es cierto que asimilamos esa experiencia en nuestro Espíritu, influyendo en nuestras futuras acciones, siempre que haya sido un verdadero aprendizaje.

En ese momento, llega el Dr. Nelson, trayendo una carpeta en una de las manos, un periódico doblado en la otra, y en medio de él, un libro.

–Buenas noches, hijos. ¿Qué es lo que están tramando, reunidos así?

–Buenas noches, papá –responde Mara–. Estamos conversando un poco y esperándolo para la cena.

–Me gusta mucho verlos de esa manera. Todos juntos –añade, colocando la carpeta sobre un aparador y el periódico con el libro, debajo de ella. Camina en dirección a los hijos y se sienta en un sofá. En ese momento, al cruzar las piernas para sentirse más cómodo, su mirada es atraída hacia el libro que se encuentra en la mesa de centro.

–¿Será que olvidé ese libro aquí? –piensa, asustado–. No, el mío está allí, en medio del periódico. ¿Será que...? No, estoy seguro de que está allá...

Y en un ímpetu, toma el ejemplar que está sobre la mesa y pregunta:

–¿De quién es este libro?

–Es mío, papá –responde Narciso–. Mara también tiene otro igual.

–También yo tengo uno allá en la oficina –dice Roberto.

El hombre mira a los hijos, sin entender nada, y estos terminan divirtiéndose con aquella situación que sin querer, se convierte en hilarante.

–¿Ustedes tres están leyendo el mismo libro? ¿Y cada uno tiene el suyo?

–Narciso recibió un ejemplar, lo comenzó a leer, lo encontró interesante y acabó comprando uno para mí y otro para Roberto –respondió la hija

El Dr. Nelson permanece algunos segundos sin saber que decir y acaba preguntando:

–¿Y, qué opinión les merece su contenido?

–Estamos muy interesados, papá –responde Roberto–. Es una novela espírita que, durante el desarrollo del argumento, trae un verdadero curso de Espiritismo, pues aborda casi todos los asuntos de esa Doctrina, de manera sencilla y bastante didáctica, sin ser fatigante y sin que el guión pierda el hilo conductor de la trama de la historia.

–Sí... ¿y todos ustedes están interesados en el Espiritismo? ¿Todos al mismo tiempo?

–¿Y por qué no? ¿Usted no lo está también? –pregunta Narciso.

El hombre lo piensa un poco y, desconfiando de que sus hijos ya sepan lo que le está sucediendo, responde,

después de levantarse y dirigirse hasta donde se encuentra el periódico, sacando el libro:

–Sí que lo estoy. Y lo estoy leyendo, o mejor, ya estoy releiendo ese mismo libro.

Se sienta nuevamente y se queda esperando a que uno de los hijos tome la palabra, ante tal coincidencia o de cualquier otra situación que esté ocurriendo. Narciso no se contiene y, para terminar con aquel misterio, resuelve contarle todo, desde el momento en que siguió al taxi, hasta la conversación que mantuvo con el presidente del Centro Espírita, en su casa:

–Conversé con el hermano Haroldo, papá, y él me contó su historia. Me explicó algunas cosas y me dio este libro. Hablé con Mara y Roberto y decidimos leerlo, para, si fuese el caso, y ya decidimos que lo es, auxiliarlo a usted en esta situación, en esta tarea suya, sea cual sea lo que esté por venir. Creemos que usted vio a mamá y creemos en los encuentros que tiene con ella durante el sueño y queremos ayudarlo, por lo menos, con nuestra comprensión. También estamos interesados en leer los escritos que el hermano Haroldo ha recibido y, si fuese posible, nos gustaría ayudarlos a publicar. ¿Usted que cree?

El Dr. Nelson se emociona y, con los ojos llenos de lágrimas, se levanta y los abraza, agradecido.

–Dios les pague, hijos, por la confianza puesta en mí. Sólo que no les conté antes, porque temía que no me creyesen.

–¿Y podemos leer lo que el hermano Haroldo le pasó?

–Sí, pueden. Voy a buscar la copia que él me entregó.

El hombre se dirige entonces a su habitación trayendo algunas hojas, entregando parte de ellas a Narciso.

–Por favor, Narciso –pide Mara–, lea en voz alta.

El hombre comienza a leer, despertando en todos una enorme curiosidad por su contenido.

LA LECTURA DEL PRIMER MANUSCRITO

—*Recuerdo que enfermé. Sentía demasiado frío y el cuerpo me dolía mucho, siempre acostado sobre un colchón de pajas, en una de las casas de los colonos negros. Recuerdo, también, el esfuerzo de mis compañeros esclavos tratando de curarme. Ponían barro sobre mi cabeza y otras partes de mi cuerpo con la intención de enfriarlo para que bajara la fiebre tan elevada que tenía. En verdad, llamo a mis compañeros esclavos porque así lo fueron, como yo también lo fui, pero, en esa ocasión, ya había pasado poco más de diez años que la Ley Áurea nos había liberado, vivíamos y trabajábamos en una hacienda de propietarios abolicionistas que nos habían contratado, donde nos acogieron y nos acomodaron en casas sencillas construidas para ese fin, pues la choza donde habitaban los esclavos hacía mucho ya que no se prestaba para la*

finalidad de amontonar los cansados cuerpos de los negros.

A pesar de todo, cada día que pasaba, una gran paz invadía mi ser, o sea, cuanto más mi cuerpo se deterioraba y debilitaba, más tranquilo y, hasta puedo decir, más extasiado me sentía con lo que me rodeaba, principalmente porque ese ambiente que me circundaba era, a mi modo de ver, una mezcla de realidad y fantasía, como si estuviese soñando todo el tiempo.

A veces, me parecía estar aún viviendo la época de mi infancia y algunos escasos momentos de felicidad junto a otros esclavos. En verdad, hasta acabé llegando a la conclusión de que esos instantes de alegría fueron en número mucho mayor de lo que imaginaba.

También recibía la visita de personas que no conocía, la mayoría de color blanco y algunas otras de piel oscura, pero, todas envueltas por una suave luz que, de madrugada, cuando todos los esclavos ya dormían, hablaban conmigo con mucho cariño e imponían las manos a cierta distancia de mi cuerpo, principalmente sobre mi cabeza.

A veces, mostraban imágenes frente a mí, y en esos momentos, me parecía que se rompían algunos hilos oscuros de mi cuerpo, como si fuesen cordeles que desaparecían al ser desligados. Siempre que eso acontecía, me sentía mucho mejor. Otras veces, me señalaban un camino que yo debería seguir, cuando fuese el momento adecuado, tenía la forma de un túnel que terminaba en una salida con mucha luminosidad.

Yo no entendía nada, pero no conseguía articular ninguna palabra a fin de no perder detalle de lo que ocurría. Y permanecía en silencio, contemplando y viviendo aquellos momentos de indescriptible paz, como si nada más estuviese sucediendo y como si mi mundo se hubiese parado en el tiempo.

A veces, intentaba hablar con los compañeros que me cuidaban, en los pocos momentos en que yo los veía; quería relatarles o, incluso, preguntarles si ellos también estaban viviendo todo aquello. En rarísimas ocasiones llegaba a oír, como recuerdo triste del pasado, lamentaciones de algún esclavo que había sido zurrado en el tronco o el llanto de algún niño suplicando por el seno, ya sin leche, de su madrecita. Y eso me hacía sufrir mucho, a pesar de que esas pesadillas, felizmente, eran de corta duración.

En poco tiempo, ya ni siquiera oía los sonidos a mi alrededor; sólo una suave melodía, que parecía salir de mi propio cerebro. Y el último sonido del que me acuerdo, que venía de uno de mis compañeros esclavos fue: –Descanse en paz, “negro viejo”.

Fue ahí, después de escuchar esa frase, que me afloró la idea de que, tal vez, estuviese muriendo, e intenté moverme, en una tentativa de retornar de aquel estado letárgico en el cual me encontraba, no sabía desde cuanto tiempo, pero sin conseguir mover ni siquiera un músculo, ni los ojos ni la boca. Y, por primera vez, llegué a sentir que una cierta desesperación se apoderaba de mí. A fin de cuentas, a pesar de mi edad avanzada, no pensaba en

morir y comencé a desfallecer, no sin antes oír una voz conocida, tal vez de alguna de aquellas personas que me visitaban de noche: –Cálmese, Sebastián, pues le estamos cuidando. No tenga recelo.

** * **

No voy a entrar en detalles sobre cuánto tiempo permanecí desfallecido, sólo puedo decir que, casi en un abrir y cerrar de ojos, los abrí, percibiendo que podía mover lentamente mi cuerpo, en ese momento, aún frágil, pero sin dolores y sin frío. Más tarde, supe que ese estado de “desfallecimiento” había durado un largo tiempo, tiempo en el cual pasé por un intenso tratamiento médico para la debida recuperación de mis órganos cansados y enfermos.

Todavía acostado, porque, a pesar de ya conseguir moverme, no tenía fuerzas para levantarme de la cama en la cual me encontraba, miré hacia los lados y percibí que me encontraba en una gran sala, donde pude sentir que había otras personas acostadas, pues llegaba a oír su respiración y algunos gemidos lastimosos. Pero no veía a nadie, porque ciertos biombo con tejidos blancos, muy claros y limpios, rodeaban mi lecho, pudiendo apenas divisar el elevado techo, común a todos, también de color blanco. El aire que respiraba me parecía muy leve, pues poco esfuerzo pulmonar era necesario para inspirarlo, y un suave aroma entraba por mi nariz, invadiéndome de enorme paz.

Permanecí allí estirado por considerable tiempo,

llegando a dormir un poco más, hasta que, tan pronto como desperté, un señor entró por entre los biombos, saludándome, con mucho cariño:

–Entonces, Sebastián, ¿se siente bien?

Observé detenidamente aquel hombre de fisonomía tranquila, pareciéndome reconocerlo, y le respondí:

–Me siento muy bien, pero, ¿dónde estoy? Estaba con mis compañeros esclavos, allá en la hacienda y, ahora...,

–No se preocupe por eso, Sebastián, pues lo que importa es que usted ya se encuentra restablecido...

–Me siento tan débil...

–Sabemos eso, pero ya fue debidamente socorrido.

–Pero... ¿Y mis compañeros? –insistí.

En ese instante, pareciendo conocer mis más íntimos pensamientos, y principalmente mi manera de encarar la vida, creyendo en la justicia de Dios y en la inmortalidad del alma, ya que no creía que todo pudiese acabar con la muerte, incluso porque, durante mi vida, a veces, había tenido visiones de personas que ya habían pasado al otro mundo, o sea, como se acostumbraba a llamar, los Espíritus, me declaró sin rodeos:

–Se quedaron en la Tierra, Sebastián.

** * **

–Y, ¿dónde me encuentro? ¿Esto es la muerte?

–Solamente la muerte del cuerpo. Realmente, Sebastián, usted dejó su cuerpo allá en la Tierra, pero observe que está más vivo que nunca y en mejor situación, por lo menos, más saludable.

–Es verdad. Me siento mejor, a pesar de la debilidad de mis músculos, pero no siento ni fiebre ni dolores, Sólo tengo sed. ¿Cuál es su nombre?

–Me puede llamar Deodato, y tengo ahora la tarea de esclarecerlo.

Diciendo eso, aquel hombre blanco tomó una vasija del aparador, me ayudó a sentarme en la cama, con las piernas por fuera, y, agarrándome, me dio de beber. Nunca, en toda mi vida, había bebido un agua tan cristalina y con un aroma que no tengo condiciones para describirlo. Y, a medida que ingería tan precioso líquido, parecía que regresaban mis fuerzas, sintiéndome fuerte al punto que Deodato ya no necesitaba ayudarme. No obstante, me pidió que me recostase de nuevo. Lo atendí enseguida y me acosté. Entonces trajo una silla y se sentó a mi lado.

–Necesito explicarle algunas cosas, Sebastián.

–Por favor –le pedí, y fue ahí, solamente en ese momento, que percibí que ya no hablaba aquel lenguaje característico de los que no se adaptaron ni aprendieron la lengua portuguesa y, conforme Deodato me hablaba, comprendía todo con cierta facilidad, extraña para mí, negro esclavo, rudo e ignorante. Y, ahora, pasados muchos años que eso ocurrió, ya tengo condiciones de explicar,

no de la manera tan sencilla que, en la época, él me explicó, pero con un poco más de detalles, pues ya he aprendido muchas cosas, desde entonces.

–Bueno, como ya le dije, usted no se encuentra más entre los que viven en la Tierra. El cuerpo que ocupaba allá ya lo han enterrado desde hace algún tiempo.

–Pero, ¿y este cuerpo?

–Ese cuerpo que usted está usando aquí, en esta dimensión de la vida, se llama periespíritu, Sebastián. Es el cuerpo que los Espíritus continúan utilizando cuando ya no están en la Tierra y retornan para la verdadera patria. Yo también utilizo un cuerpo como ese, y vea como nos podemos tocar. Ahora mismo, yo lo sostuve con mis propias manos.

–Pero, parece todo tan real.

–Y es real.

–Y esta bata de casa que uso... Tan blanca y limpia. Veo, también, mis pantalones, mi camisa y mi paletó colgado en aquella percha. Son las mejores ropas que tuve en la Tierra, a pesar de ser usadas. Yo las gané del patrón.

–Son tuyas. No son aquellas con las que su cuerpo fue enterrado, pero son iguales.

–¿Y eso acontece con todos los que mueren?

–Sí, pero con algunas diferencias que, con el tiempo, va a entender. Le voy a explicar algunas cuestiones, Sebastián, tal vez no las consiga entender de pronto, principalmente a causa de algunas palabras desconocidas

por usted, pero le pido que confíe en mí, pues le digo la verdad.

–Yo confío en usted.

–Pues bien, Sebastián –comenzó Deodato a explicarme y que, como ya dije, para los tiempos actuales, recurro a los conocimientos que ya poseo, para describir sus palabras de forma más correcta e inteligible–, Dios creó todo el Universo y todo ese Universo, en lo que se refiere a la materia, es, digámoslo así, hecho de lo que llamamos fluido universal. Y el Espíritu, criatura de Dios, posee, hasta donde podemos comprender, un cuerpo mental, un periespíritu y, cuando estamos encarnados en la Tierra, un cuerpo carnal, siendo que lo que une al Espíritu a ese cuerpo de carne es el periespíritu.

–Ahora lo entiendo cuando me dice que este cuerpo mío se llama periespíritu.

–Eso mismo. El Espíritu, creado por Dios, posee un cuerpo, cuando se encuentra en esta dimensión, está revestido por un periespíritu y que, para evolucionar en dirección a la felicidad, Dios lo hace convivir con otros Espíritus, revestidos, también, con un cuerpo carnal, que es una copia de ese periespíritu, en planos más materializados, en este caso, la Tierra. Todo para que puedan, a través de las dificultades de esa materia, aprender a amarse unos a los otros y que, después de la muerte de ese cuerpo más material, que no es eterno y se desgasta, retorne al verdadero plano de la vida. Y que, después de algún tiempo, diferente para cada Espíritu, retorne al plano material, reencarnando nuevamente,

cuántas veces fueran necesarias, para rescatar débitos con hermanos con los cuales ya convivió, libre del recuerdo de la anterior vida material, para que pueda aprender y evolucionar. Y esto no es un castigo, sino un aprendizaje. También tengo que decirle que, muchas veces, algunos Espíritus se encuentran tan ligados a la materia más densa y tan lejos de los pensamientos más sublimes, que no se dan cuenta que ya pasaron para el Plano Espiritual y continúan, como si estuviesen viviendo un sueño o una pesadilla, deambulando junto a aquellos con los cuales vivieron y a quienes amaron, ocasionando, la mayoría de las veces, por falta de preparación y de conocimiento, perturbaciones en la vida de los que permanecen en la carne.

—¿Continúan en la Tierra, junto a los encarnados?

—Eso mismo. Pero, con el tiempo, después del trabajo incesante de Espíritus del Bien, son esclarecidos y traídos para este Plano. A veces, eso puede llevar bastante tiempo. Existen, también, Sebastián, Espíritus que saben que ya dejaron el cuerpo físico, pero quieren vengarse de ciertos encarnados y hacen de todo para influenciarlos, a través de la intuición, para que cometan desatinos o, incluso, envolverlos con su odio, lo cual no es del todo difícil, principalmente si ese encarnado posee la conciencia pesada o posee vibraciones, pensamientos y consecuentemente, actos de naturaleza inferior. También, algunos, han adquirido cierto grado de elevación moral y se dirigen hacia aquí, sin ningún trastorno.

Narciso termina de leer y le pregunta al padre:

–¿Y esa otra hoja que tiene en las manos?

–Son la continuación de las que acabo de leer. Llegó en una segunda remesa por el Correo. Es sólo una página.

–¿Puedo leerla, también?

–Por favor.

Entonces, Narciso, pasa a leer, también en voz alta, para que todos lo oigan, la continuación de la narrativa de la conversación de Sebastián con el Espíritu Deodato, en verdad, el segundo manuscrito:

–Y los Espíritus que no permanecen presos a la Tierra, y vienen para acá, ¿son todos tratados así como yo lo estoy siendo?

–No todos, Sebastián. Unos, como usted, desprendidos de las cosas materiales y de sentimientos de odio o venganza, vienen como usted vino. Lo que ocurre realmente es que los Espíritus cuando desencarnan, no abandonan sus hábitos, sus deseos, sus debilidades, sus vicios ni tampoco sus virtudes. Pasan, sí, a habitar del “lado de acá”, en planos inferiores o superiores, dependiendo de sus índoles buenas o malas. Y conviven con sus afines, o sea, conviven con los Espíritus Superiores o inferiores, en lugares de aprendizaje y de trabajo a beneficio del prójimo o en lugares de sufrimiento y de tinieblas, generalmente esclavizados por entidades malignas y enemigas del Bien, que los hacen trabajar en misiones obsesivas contra los encarnados.

–Impresionante...

–Pero muy lógico. El simple cambio de plano no altera la condición moral del Espíritu y, de esa manera, los más poderosos en la maldad y en la ascendencia mental acaban gobernando a los más débiles en la búsqueda de la satisfacción de insanos deseos.

–Entiendo.

–Lo que normalmente ocurre, son las obsesiones practicadas por Espíritus desencarnados a encarnados a causa de intensos sentimientos de odio y de venganza provenientes del pasado. O, permanecen vivenciando situaciones horribles, generalmente ligadas al momento de sus muertes, principalmente si desencarnaron con la conciencia pesada, por haber cometido actos indignos. Otros, continúan viviendo junto a aquellos a quienes aman, de manera posesiva y egoísta, perjudicándolos con su presencia. Es evidente que un día serán auxiliados, tan pronto como se libren del orgullo, de la vanidad y del egoísmo, rogando humildemente el amparo de Dios.

–Pero... insisto aun... ¿por qué estoy siendo tratado de esa manera, quiero decir, con tantas atenciones y cariño? ¿Y, por qué no me encuentro en la Tierra, como acontece con tantos otros, como acaba de explicar?

–Como le dije, Sebastián, existen Espíritus que, como usted, no poseen mayores problemas en la transición, porque no se aferraron a las cosas materiales del plano más denso de la Tierra.

–En verdad, no me prendí a eso porque no tuve nada, a no ser la ropa del cuerpo y algunas otras cosas de orden personal.

–¿Y eso no fue bueno para usted?

–Lo fue, pero por ejemplo, ¿y aquellos que poseen muchas cosas, propiedades etc.?

–El hecho de que una persona posea muchos bienes, no implica que ella sea prisionera de esos bienes. Puede utilizarlos en su propio provecho y del prójimo, en la mayoría de las veces, teniendo, íntimamente, la conciencia de que todo es un préstamo de la vida, un préstamo del Creador, para que pueda darles un uso adecuado, como un ejercicio de desprendimiento material.

Cuando Narciso termina de leer, el padre, que se había quedado con otra hoja en las manos, dijo:

–También, tengo aquí, una orientación de vuestra madre. Cuando desperté, escribí esta página para no olvidar su contenido.

–¿Y cuál fue esa orientación, papá? –pregunta Mara.

–Ella me pidió que yo leyese, con atención, lo que ese libro habla sobre el fluido universal. Ya lo leí, y me gustaría comentarlo con ustedes. Esta obra explica que toda la materia del Universo que Dios, nuestro Padre, creó, está formada por un fluido universal que es la materia prima de todo, hasta de los elementos constitutivos de los átomos, y que él existe en varias dimensiones. ¿Me están siguiendo?

–Sí –responde Roberto.

–Dice, además, que todo cuanto existe aquí en la Tierra, donde vivimos, posee una vibración atómica

propia, dentro de una determinada franja vibratoria, y que la materia no es otra cosa que energía tornada visible. Concluye entonces, que nuestros cuerpos están constituidos por el fluido universal y que vibran en una faja vibratoria propia de este nuestro plano. Y que los Espíritus desencarnados están revestidos por sus periespíritus que, a su vez, también están constituidos por átomos formados por el fluido universal, sólo que en otra frecuencia vibratoria.

–Como si fuesen dimensiones diferentes.

–Pueden ser llamadas de esa manera.

–Lo que ocurre, o sea, la diferencia entre un cuerpo material y un periespíritu está sólo en lo que atañe a la propia vibración de los átomos, o sea, la parte material del plano espiritual también está constituida por elementos, sólo que de distinta frecuencia vibratoria, la cual nuestros sentidos no consiguen percibir, sino a través de la mediumnidad, más precisamente de la videncia.

–Lo he comprendido, papá –dice Narciso–. Y puedo deducir, por lo que ya leí, que los Espíritus que se encuentran en esa otra dimensión nos pueden visualizar.

–Así es, hijo.

–Y, ahora, papá, ¿qué piensa hacer? –pregunta Roberto.

–Bueno, voy a continuar estudiando y esperando que el hermano Haroldo reciba la continuación de este relato. Me siento bastante interesado en él.

–¿Y cómo fue ese encuentro con mamá, durante el sueño? –pregunta Mara.

–Fue bastante real, hija. Me siento en un jardín lleno de flores y bien cuidado, generalmente, a la luz de un claro de luna. Me siento en uno de los bancos localizados a lo largo de un camino adoquinado y espero por ella. Después de algunos minutos, ella aparece a mi lado y se sienta también.

–¿Cuántas veces ustedes se han encontrado?

–Cinco veces, Narciso. La segunda, fue después de que conversé con el hermano Haroldo y él me prestó algunos libros. Cuando ya me encontraba en la mitad de la lectura de este volví a encontrarme.

–¿Y qué otra cosa le dijo ella?

–De la única cosa de la que consigo acordarme fue que cuando la vi frente a mí y ella me habló de que debía buscar al hermano Haroldo.

–¿No recuerda nada más, a no ser de los encuentros en el jardín?

–Después de eso no me acuerdo de nada más. Sólo que, conversamos por un tiempo, y que desperté muy contento. La pasada noche aconteció algo diferente y pretendo ir hoy al Centro Espírita para contárselo al hermano Haroldo.

–¿Y qué fue lo que pasó?

–Recuerdo haberme encontrado con un negro viejo. Poseía bigote y barba blanca en la mandíbula, cabellos

parecidos a flecos de algodón, cautivadora voz de timbre grave.

–¿El Padre Sebastián? ¿El de la historia? –pregunta Mara, entusiasmada.

–Pienso que sí, a pesar de que ya no sé si fue un encuentro o sólo un sueño. Él apareció cuando yo había terminado de ver a vuestra madre. En este caso, consigo recordar sus palabras.

–¿Y, qué fue lo que él le dijo, papá? –pregunta Roberto, curioso.

–Me dijo que había sido esclavo en la encarnación pasada y que tenía un débito conmigo y para con otros espíritus y que le gustaría mucho ayudarme en esta actual encarnación mía, pero que, para eso, necesitaba que yo conociese su historia y que no era por casualidad que los manuscritos estaban llegando a mis manos.

–¿Y él no le habló de quién está escribiendo esas páginas? –pregunta Narciso.

–¿Él está pretendiendo escribir un libro, papá? –añade Mara.

–Le hice esa pregunta y me respondió que el propósito principal no sería ese. Parece haberme dicho, también que le gustaría, en primer lugar, que yo conociese la Doctrina Espírita, que sería una manera de ver cancelada esa deuda que tiene conmigo y pretende que yo ayude a algunos otros Espíritus que tuvieron relación con nosotros.

–¿Actualmente, encarnados? –pregunta Roberto.

–Pienso que sí.

–¿Y él le dijo que débito era ese que tiene con usted?

–No, ni me lo puedo imaginar. La única idea que me hago es que, por una cuestión de lógica, tuvimos que haber vivido ciertos acontecimientos juntos.

–¿Será que él le va a revelar eso algún día?

–No lo sé. En verdad, pienso que, tal vez, sea muy poca cosa, porque por lo que ya aprendí, los recuerdos del pasado, en la mayoría de las veces, no son nada agradables, porque estamos en constante evolución y que, obviamente, si aún nos situamos en este mundo de pruebas y expiaciones, es porque buen comportamiento no tuvimos en nuestra vida ulterior.

–Papá –pregunta Mara–, días atrás, usted me dijo que estaba muy preocupado con un conocido suyo, al que le debía mucho. Y, ahora, ese Espíritu, Padre Sebastián, le confiesa deberle mucho a usted. ¿Podría contarnos algo sobre esa persona? ¿No podríamos ayudarlo a hacer alguna cosa en su favor?

–No, hija. Yo me refería a algo que sucedió hace algunos años y descubrí, ahora, que ese amigo mío ya falleció, o desencarnó.

–¿Pero usted le debía a él?

–Negocios, hija. Preferiría no hablar de eso ahora. Quizás más adelante...

–Sí, pero... si pudiésemos ayudar en algo...

–Gracias. Cuando llegue el momento propicio, todos nosotros haremos algo. Y ténganlo por seguro: necesitaré del apoyo de todos ustedes.

–Hablando de amigos, papá, supe que nuestro empleado Octavio se encuentra muy enfermo. ¿Usted se acuerda de él?

–¿Octavio?

–Sí el trabaja en uno de los sectores que administro. Se trata de un empleado muy antiguo. Él trabajaba en la empresa desde que usted asumió...

–¡Ah, Octavio! Claro que me acuerdo. Fue un gran amigo mío y un competente colaborador. Hace mucho tiempo que no lo veo. Dios mío, los negocios siempre acaban apartándonos de los amigos. Pero, ¿qué tiene él?

–Él está con algún problema serio de depresión. Tan pronto como lo supe, procuré hablar con su esposa, poniéndome a su disposición para cualquier necesidad o dificultad en cuanto al tratamiento. Y le prometí que él continuaría recibiendo su salario y sus emolumentos hasta que se recupere.

–Pues lo hiciste muy bien, hijo.

Entonces, Roberto le cuenta al padre sobre la conversación que tuvo en la empresa con Ferreira y Pericles.

–Pero tenemos que hacer algo, hijo –dice el Dr. Nelson–. Octavio siempre fue muy dedicado y, con toda

seguridad, está encarando esa situación como una gran injusticia, y la amargura, muchas veces, nos trae enfermedades.

–Es verdad, papá –asiente Narciso.

–Yo iré a visitarlo.

–Prometí a su esposa que iría a verlo.

–Pues iremos juntos, hijo.

LA LLEGADA DEL HERMANO AGENOR

El día ya está oscureciendo. Son las dieciocho horas y diez minutos del viernes y muchos residentes eventuales o no del albergue, pero necesitados de alimentación, ya están entrando en el comedor. Se percibe cierta inquietud por parte de la mayoría de los presentes. Con toda seguridad, esperan la llegada del hermano Agenor, como había sido anunciada para aquella noche. Curiosos con lo que Doña Elsa les había relatado sobre ese nómada, otros integrantes de la junta directiva de aquella institución también se encuentran presentes, incluso su presidente. Doña Elsa, llama a Severino y le pregunta:

–Entonces, Severino, ese hombre, ese tal hermano Agenor, ¿vendrá hoy, aquí?

–Creo que sí, señora. Por lo menos, fue lo que él me dijo cuando lo encontré, pero, yo no se lo puedo asegurar. De repente, él pudo haber cambiado de idea o permanecido más tiempo en alguna otra ciudad.

En ese momento, más personas están entrando en el comedor, y un hombre de cerca de sesenta y tantos años, cabello cano y muy corto y la barba no muy espesa y blanca por el tiempo, despierta la atención de los presentes, que comienzan a murmurar entre sí. Viene vestido con un pantalón marrón, camiseta blanca, un poco amarillenta, pero limpia, botines, un viejo y gastado sombrero de cuero, una mochila a la espalda, una bolsa en el hombro izquierdo y un cayado de bambú en la mano derecha. Camina pausadamente, procurando dirigir un saludo con la cabeza a los que ya se encuentran allí sentados a la mesa, siempre con una discreta sonrisa en los labios. Mira a su alrededor y descubre un lugar vacío casi a la entrada del recinto y se acomoda allí. Se quita el sombrero, depositándolo, junto con la mochila y la bolsa, en el suelo, a sus pies. Cierra los ojos, y parece que ora en silencio...

–Es él, Doña Elsa –dice Severino, señalando al hombre–. ¡Es él!

–¿Aquel que está con el rostro apoyado sobre las manos?

–Sí. Es aquél.

–Y, ¿qué pasará ahora? –pregunta la señora, un poco emocionada al ver aquella figura tan humilde y serena.

En verdad, en el fondo, sentía muchos deseos de conocerlo. Y, ahora que él estaba allí, no sabía si debía hablarle algo.

–No va a pasar nada, Doña Elsa, o, por lo menos, no tenemos que hacer nada. Usted puede comenzar a servir la sopa y, si es posible, permita que la gente converse con él, durante o después de la comida.

–Muy bien –responde la mujer, actuando como si Severino fuese quien debiese dirigir los acontecimientos de aquella noche.

Y comienza, entonces, auxiliada por otros voluntarios, a distribuir los cubiertos y los vasos y, enseguida, la sopa y los panes, no sin antes proferir una linda y emotiva oración de agradecimiento por los alimentos que allí estaban siendo servidos.

El comedor es un salón sencillo, que contiene tres mesas largas que se encuentran dispuestas paralelamente, con un espacio entre ellas, con sillas a ambos lados. Severino se encuentra acomodado en una de las mesas y el Hermano Agenor en otra, en una posición que permite que se puedan mirar. Reina un profundo silencio en el local hasta que Severino lo quiebra diciendo:

–Hermano Agenor...

El hombre yergue la vista y, mirando a Severino, le responde, cariñosamente:

–Buenas noches, mi amigo. ¿Se encuentra bien?

–Sí, muy bien. Sólo me gustaría saber si usted va a pernoctar aquí en el albergue.

–Bueno, si hubiese un lugar, me gustaría mucho.

–Sí, tenemos un lugar, y usted podrá hospedarse aquí por tres días, como es la norma de la casa –informa Doña Elsa–, que se encuentra cumpliendo con sus deberes, junto con los demás voluntarios, para servir más sopa a quien quiera repetir.

–Yo le agradezco mucho la hospitalidad, señora. Que Dios les bendiga a todos.

–¿Podría mostrarnos el Espíritu del bambú? – pregunta un niño que se encuentra sentado a su lado, junto a la madre.

El hermano Agenor le responde:

–Después de la comida, si hubiera una oportunidad.

–También quiero conocer ese Espíritu del bambú – dice Doña Elsa, curiosa, y, concediendo la oportunidad con esas palabras.

–¿Podrá usted hablar un poco con nosotros? – pregunta un hombre, de aspecto bastante rudo y muy andrajoso.

–¿Qué les podré decir?

–Cualquier cosa –respondió el otro.

El hermano Agenor está algo intimidado por el hecho de conocer muy poco a Doña Elsa, baja la mirada, y continúa comiendo. El silencio vuelve, entonces, a reinar en el recinto. Y, por unos treinta minutos más o menos, los platos van y viene de las manos de los volun-

tarios, con nuevas porciones de la sabrosa y espesa sopa, ingeridas por los hambrientos ocupantes de aquel bendito salón. Es, con toda seguridad, la única comida decente que aquellos seres reciben durante el día. Después, cuando todos terminan, es ofrecida una ensalada de frutas. Pero, al contrario de lo que ocurre todas las noches, nadie abandona el local, permaneciendo sentados, a la espera de algo que algunos no saben que es...

Entonces, Doña Elsa, después de la recogida de los platos vacíos, de los cubiertos y vasos de las mesas, por los trabajadores de la casa, que ya deberían estarlos lavando, pero que permanecen también allí, habla directamente al hombre:

–Hermano Agenor, nos gustaría que usted nos mostrase el Espíritu del bambú porque, sino, nadie querrá abandonar la casa y ni siquiera los platos serán lavados hoy...

Y en ese momento, dirige su mirada hacia los voluntarios, que sonríen, hallando graciosa la situación.

–Muy bien –dice el hermano Agenor, que se levanta, dirigiéndose al centro de las mesas, en una de sus extremidades, para que todos lo vean, y demuestra el tosco juguete, hecho de bambú, que retira de la bolsa, haciendo todo de la forma en que Severino había explicado a Doña Elsa. Entonces, todos los presentes, inclusive Doña Elsa, intentan asegurar la varita con el elástico o con la supuesta ayuda del Espíritu del bambú. Pero nadie lo consigue y se quedan todos boquiabiertos cuando el hermano Agenor hace que de nuevo la varita

sea empujada dentro del caño de bambú, con mucha fuerza y velocidad.

–¿Cómo puede ser eso? –se preguntan unos a otros.

Hasta Doña Elsa se queda embobada con aquello, y el hombre dice a todos:

–Mis amigos, déjenme decirles una cosa muy importante: por los lugares por donde paso acostumbro a jugar con las personas, pero termino siempre el juego diciendo que todo no pasa de ser un truco, de ser un simple truco.

–¿Quiere decir que no existe ningún Espíritu del bambú? –pregunta un muchacho.

–No, hijo. No hay ningún Espíritu del bambú. Solamente es un truco. Vamos a hacer una cosa, niño. ¿Cuál es su nombre?

–Andrés, señor.

–Pretendo permanecer aquí por tres días. Piense, razone e intente descubrir el secreto. Si para el día que yo me fuere, usted no lo hubiese descubierto, yo le revelo el secreto. Pero me gustaría que lo descubriese por sí mismo. Y le voy a dar una pista: se trata de un truco muy sencillo. En verdad, es una ilusión. ¿Y sabe por qué casi nadie descubre el truco?

–¿Por qué? –pregunta ahora Doña Elsa, que parece bastante interesada.

–Porque, como ya le dije, es un truco muy sencillo y todos nosotros no conseguimos ver muchos aspectos

de las situaciones sencillas, porque siempre lo complicamos todo. La felicidad y la paz son generadas por trucos o actitudes tan sencillas que no conseguimos verlas y estamos siempre viviendo engañados y afligidos por las ilusiones que nosotros mismos imponemos a nuestra vida.

Después de algunos segundos de reflexión, Doña Elsa toma la palabra:

–Bueno, queridos, ya es hora de que cerremos. Todos ya cenaron y ya pueden irse. Quédense, sólo, los que van a dormir en el albergue.

–Señora –pide Severino–, por favor, a todos nos gustaría oír algo del hermano Agenor. Denos algunos minutos más.

–¿Usted quiere hablar con ellos?

El hombre mira a su alrededor y responde:

–Puedo hablar, sí, pero es poco lo que tengo que decirles a esos hermanos o a cualquier otra persona. Pero, si les agrada lo poco que tengo que decir...

–Hable para nosotros –pide otro indigente que hasta el momento presente, se había mantenido en silencio.

El hermano Agenor piensa un poco y comienza a hablar:

–Mis amigos, lo que les puedo decir y es en lo que siempre insisto a las personas que, como yo, no poseen casi nada, es que procuren modificar un poco su propia vida. Algunos de ustedes, ya los conozco de otros lugares y posadas como esta y ya me oyeron y saben que mis

palabras siempre serán las mismas, o sea, que procuren trabajar, hacer algo y no se entreguen al ocio, al desánimo.

–Pero, ¿cómo? –pregunta un hombre, situado más al frente–. Nadie nos da empleo.

–Sé que el empleo es difícil hasta para las personas que no se encuentran en la situación en la que nos encontramos. Lo que quiero decir es que procuren algún trabajo, porque es importante que ganemos algún dinero para que podamos sustentarnos. Por ejemplo, pidan barrer una calzada a cambio de alguna contribución u otro servicio cualquiera.

–Pero es difícil –insiste otro–. Nadie nos da trabajo.

–Mi hermano, buscar trabajo ya es algo, les servirá de ocupación, se sentirán más vivos intentándolo, en vez de sólo pedir limosna. Ustedes deben dar la oportunidad para que, un día, al encontrar a alguien dispuesto a darles unas horas de trabajo, lo haga. Pero si no lo intentan, difícilmente lo conseguirán. Tengo la plena certeza de que los Espíritus buenos, mensajeros de Jesús, quieren ayudarnos a todos, pero también, tenemos que darles una importante herramienta para eso, que es nuestra buena voluntad. Inténtenlo. Y nunca estén resentidos con su propia situación. Dios sabe por lo que tenemos que pasar y por lo que estamos pasando y, ciertamente, Él quiere lo mejor para nosotros. Y procuren ver todo como una enseñanza de la vida y que ésta no termina con la muerte del cuerpo que utilizamos. Somos todos Espíritus, hijos de Dios. Ya vivimos otras muchas

encarnaciones en esta Tierra y, si estamos pasando por estas dificultades, es para nuestro propio beneficio.

El hermano Agenor hace una pausa, para reflexionar sobre las próximas palabras y continúa:

–Ustedes no se pueden imaginar cuán útil es nuestra existencia actual para que aprendamos. Pero, es necesario que la aprovechemos. Por eso, les pido de nuevo: hagan algo, sean útiles, porque cualquier hijo de Dios puede ser útil, aun cuando no tenga un metro cuadrado en esta Tierra para vivir.

–¿Usted cree que la pobreza y la miseria son útiles para nosotros?

–Presten atención. No estoy haciendo apología de la pobreza ni de la miseria. Yo mismo, estoy en esa situación, por fuerza de las circunstancias, pero procuro aprovechar lo mejor posible esta experiencia. Hago lo que puedo para que sobreviva este cuerpo y, al mismo tiempo, mejorar mi yo interior, como Espíritu que soy, con las enseñanzas de Jesús. De cualquier forma, pienso que las personas tienen que vivir de la mejor manera con lo que tienen, sea mucho, sea poco, sea nada. Pues Dios está con nosotros. Jesús nos acompaña con su pensamiento y su cariño, pero, vuelo a decirlo: hagamos nuestra parte, seamos útiles.

VIII

LA FAMILIA REUNIDA

En esta oportunidad, la reunión en casa del Dr. Nelson, después de la cena, está compuesta por más personas. Además de los hijos, se encuentran también, Lucía, la novia de Narciso, y Débora, enamorada de Roberto.

–Entonces, papá, ¿nos va a mostrar el tercer manuscrito?

–Oh, sí, voy a traerlo. Pero, antes deseo saber si Lucía y Débora ya están al corriente de esos escritos.

–Sí, papá –responde Roberto–, ellas están interesadas, por la Doctrina Espírita, incluso ya están leyendo aquel libro.

–Muy bien.

–Usted ya asistió a una charla, ¿no fue así, Lucía?
–pregunta Mara.

–Sí, ya, pero eso ocurrió hace cerca de un año, más o menos. Y me impresionó mucho todo lo que oí. Aún no había conocido a Narciso.

–¿Fue en algún Centro aquí de la capital?

–No. Fue en una ciudad del interior donde pasé algunos días en la casa de una colega de la Facultad. Estábamos de vacaciones.

–¿Y el orador?

–Ustedes no lo van a creer. Quien profirió esa charla fue un andariego que se encontraba alojado en el albergue de aquel Centro.

–¿Un andariego?

–Eso mismo. Y él es muy conocido en aquella región. Es invitado a hablar en casi todos los Centros en los que se aloja. En verdad, esos andariegos no tienen donde dormir y su vida gira en torno a esas ciudades con albergues. Por lo que estoy sabiendo, los albergues sólo permiten que las personas reposen en ellos por un cierto número de días. Me parece que lo más usual es que permanezcan por tres días.

–¿Pero existen tantos albergues así? –pregunta Mara.

–Existen, sí, pero no en todas las ciudades. En verdad, esos andariegos duermen en cualquier lugar que les ofrezca cojijo del tiempo y seguridad. Lo bueno de los albergues es que, generalmente, sirven una comida por la noche y un desayuno.

–¿Y ese que usted tuvo la oportunidad de oír era espírita?

–Sí. Y si quieren saber más, estuve conversando, después de la charla, con una de las voluntarias de aquella institución y ella me explicó que hay andarriegos que ni siquiera soñamos que puedan existir.

–¿Cómo es eso?

–Ella me contó que, durante los muchos años que trabaja como colaboradora en el albergue, vio pasar por allá a nómadas que en su día ejercieron las más diversas profesiones antes de ser andadores e indigentes, desde profesores, hasta lo que parece increíble: un médico.

–Con certeza, son personas que tuvieron alguna gran decepción en la vida o un gran sufrimiento, o incluso una quiebra económica, tal vez, y que no viendo ninguna salida, acabaron convirtiéndose en moradores del mundo.

–¿Y le gustó lo que oyó? –pregunta Nelson.

–Mucho, Dr. Nelson. Inclusive, yo había comprado un libro... oh, me disculpan... no voy a contar ahora esa historia. Creo que hablo de más.

–No, no, Lucía. Por favor, nos gustaría que nos contase.

–No quiero importunar. Pienso que debemos pasar a la lectura del manuscrito.

–Por favor. Cuéntenos. Tenemos tiempo.

–Hable, Lucía –pide Roberto.

–Está bien. Como estaba diciendo, había comprado un libro... de esos de autoayuda. Y me encontraba muy interesada. En aquella ocasión, estaba un poco perturbada, hallándome incompetente y con un poco de complejo de inferioridad. Ustedes entienden. Pienso que la mayoría de las personas, en una u otra ocasión pasan por eso.

–Eso es verdad –concuera Mara.

–Pues así es. Ya hacía algunos días que estaba en casa de esa colega mía y procuraba estudiar a fondo ese libro, intentando poner en práctica las técnicas que enseñaba, con la finalidad de levantar la autoestima del lector.

–¿Y qué aconsejaba ese libro?

–Postulaba que yo debería creer más en mí misma. Que debería hallarme bonita y explicaba algunas técnicas que deberían ser puestas en práctica diariamente. Que yo debería, al levantarme, decirme a mí misma que yo era la mejor persona del mundo, que yo debería amarme, que yo era capaz de ser la mejor de las criaturas y que la vida me sonreía. Que, pensando así, las otras personas pasarían a admirarme. Que el mundo se encontraba a mis pies y que mis semejantes no eran superiores a mí, en fin, cosas de ese tipo, lógicamente, no con esas palabras. Pero, el contenido era más o menos así. Recuerdo el ejercicio que yo debía realizar todos los días frente a un espejo, poniendo mi cuerpo de una forma más erguida, en una posición en la que pudiese mirar a las personas por encima del hombro, aunque fuese de

menor altura. Exigir más de la vida y que ya sería una victoriosa en todas las ocasiones si yo realmente, creyese que era mucho mejor que todos, puesto que cualquier persona no pasaba de ser un competidor más en la lucha por la supervivencia y que el mundo pertenecería a los que así lo deseasen. Y comencé a creer en todo eso, hasta que...

–Hasta que...

–Hasta caer en una gran frustración, pues terminé llegando a la triste conclusión de que yo no era nada de aquello. Tal vez yo había leído el libro equivocado, pues pienso que deben existir otros buenos –responde Lucía, riendo y divirtiéndose con sus propias palabras.

–Y ahí... –dice Narciso, interesado en lo que la enamorada está narrando, ansioso por saber porque ella está diciendo todo aquello.

–Entonces asistí a esa charla, a invitación de mi amiga que era espírita. Yo ni sabía quién era el orador y, cuando lo vi, confieso que me puse un poco aprehensiva, porque no conseguía imaginar lo que aquel señor nos podría decir.

–¿Y, por qué, Lucía?

–Por la manera como se presentaba. Vestía una ropa muy sencilla. Un pantalón que me parecía que era de una talla mayor de la que debería usar, una camiseta muy sencilla, unos botines ya muy gastados por el tiempo y por el uso y traía, sin cumplidos, una mochila en la espalda, un cayado en la mano y una bolsa sobre uno de

los hombros y, también, una cantimplora un poco golpeada, amarrada al cinto. Ah, sí, un sombrero que más parecía ser el de Indiana Jones después de una de sus aventuras. Pero lo que más me impresionó fue que estaba limpio. Sus ropas, su rostro y sus manos, incluso con las uñas cortadas. No crean que estoy figoneando. Soy muy observadora.

–Estoy seguro de eso –acota Narciso, riéndose.

–¿Y su edad? ¿Era joven?

–No. Debería tener unos sesenta y pocos años. Y tenía en la mirada una expresión de tanta paz, que parecía envolver a todos con su presencia.

–¿Y sobre qué habló?

–Habló muy bien. Tan bien que creo que no hubo uno sólo de los que estaban allí presentes que, por lo menos una vez, no tuviese que enjugarse las lágrimas. Nos habló sobre la verdadera vida que es la espiritual. Habló mucho sobre Jesús. Sobre la felicidad que Dios desea que todos alcancemos, sobre su justicia, benevolente y sabia, incluyendo ahí, en ese punto, la lógica de las sucesivas encarnaciones, pero lo que más me llamó la atención, incluso, liberándome del estado en que me encontraba, fue cuando dijo que todos somos hijos de Dios y que no somos ni mejores ni peores que nuestros semejantes. Que caminamos juntos, en un constante aprendizaje y que nuestra vida en este planeta Tierra es, en verdad, una gran escuela, en la cual el maestro mayor es Cristo, nuestro más sabio profesor. Y,

“casualmente”, dijo que nos preocupásemos más del *alta-ayuda*.

–*¿Alta-ayuda?*

–Eso mismo. El *alta-ayuda* o *ayuda de lo Alto*, que viene de las enseñanzas de Jesús y de los Espíritus más elevados como se acostumbran a denominar a las entidades más evolucionadas que habitan en otros orbes del espacio y que, constantemente, auxilian a los hermanos que residen aún en planetas inferiores como el nuestro, que él denominó como planetas de expiaciones y de pruebas.

–Ya leímos sobre eso –dice Mara.

–Y dijo que la verdadera felicidad no proviene de sentirnos mejores que los otros, pero, sí, de la comprensión de que somos todos hermanos, caminando juntos, unos más adelantados moralmente y otros, menos, debido a las sucesivas encarnaciones, en las cuales aprendemos más o menos. Y que debemos tener la suficiente humildad para seguir los pasos y ejemplos de los que se encuentran más adelantados y el desprendimiento que Dios espera de nosotros, para que auxiliemos a los que se encuentren en peldaños más bajos que los nuestros en la escala evolutiva, siempre en el sentido moral. Que no debemos medir la evolución del ser humano por sus conquistas materiales, porque nada material llevaremos con nosotros, cuando regresemos al verdadero plano de la vida. Que nuestro bagaje será sólo aquel constituido por las conquistas morales. Y que nuestro libro de auto-

ayuda sea el libro del *alta-ayuda* que él nos recomienda. Y citó “El Evangelio según el Espiritismo”. Que él sea nuestro libro de cabecera, nuestro libro de todas las horas, porque en él encontraremos la solución para todos nuestros problemas. En fin, fue muy bonita la charla y, como ya dije, salí de allá convertida en otra persona. Al día siguiente, la primera cosa que hice fue buscar una librería y comprar ese libro, ese Evangelio y, a pesar de no ser una seguidora de la Doctrina Espírita, en el sentido de frecuentar Centros Espíritas, siempre que me siento con dificultades, abro una página y, crean, todo se aclara en mi mente y en mi corazón.

–Muy instructivo todo lo que usted nos relató, Lucía. También me gustaría oír a ese hombre.

–Un simple andariego...

–Sí. Un simple andariego.

–Bien, Dr. Nelson, pienso que llegó la hora de que conozcamos el contenido del tercer manuscrito.

–Oh, sí. Voy a buscarlo. A propósito, Lucía y Débora, ¿ya leyeron los anteriores?

–Sí, ya los leímos. Narciso y Roberto nos mostraron una copia.

–Muy bien.

Diciendo eso, Nelson va a buscar las hojas de papel y, esta vez, le pide a Débora que las lea en voz alta para que todos tengan conocimiento de ellas.

LA LECTURA DEL TERCER MANUSCRITO

En ese momento entendí que el hecho de no haber poseído nada en la Tierra, en esa encarnación, como esclavo, había sido una bendición para mí. Y llegué a la conclusión de que, a pesar del sufrimiento de la esclavitud, ella me benefició, sólo que no entendí por qué tuve esa oportunidad y otros no.

—Un día, no muy lejano, Sebastián —habló Deodato, quien parecía haber leído mis más íntimos pensamientos—, usted, va a entender mejor. De momento, quiero que sepa que el Espíritu, hijo de Dios, vive muchas vidas, que llamamos encarnaciones, a fin de aprender con las diversas experiencias. Y esa vida como esclavo fue sólo una de ellas.

—¿Y cómo podré aprender más sobre todo eso?

–Leyendo libros sobre el tema y asistiendo a determinadas clases.

–Pero no sé leer...

–Va a aprender.

–¿Me enseñarán?

–Sí y podrá, entonces, leer el libro mayor que encierra las enseñanzas más importantes de Jesús.

–¿Y, cuándo comenzaré? –pregunté, entusiasmado.

–Tan pronto como se recupere bien y tenga una mejor noción de este lugar que será su hogar, por un buen tiempo.

En ese momento, Deodato me pidió que intentase levantarme, apoyándome en él, diciendo que iríamos a caminar un poco. No necesité hacer mucho esfuerzo para tanto y enseguida comencé a andar por aquel enorme salón, donde pude percibir muchas y variadas criaturas, la mayoría de color negro, acostadas en camas como la mía y, como ya había explicado, separadas por biombos. Caminamos hasta que llegamos a una puerta que, seguramente, daría acceso al ambiente exterior. Todavía no había podido ver nada porque las ventanas se encontraban localizadas en lo alto de las paredes. Personas, vestidas como Deodato, iban y venían, trabajando incansablemente en la asistencia a los internados allí, que gemían o lloraban. Pude percibir aun que otros se mantenían acostados, extáticos, como si estuviesen en un profundo sueño.

–¿Vamos a salir?

–Le voy a mostrar algo...

Diciendo eso, abrió la puerta y pude ver, deslumbrado, un inmenso campo cubierto de grama con árboles muy frondosos, desconocidos para mí, y llenos de flores. Percibí también, que existían bastantes barracas como aquella en la que yo estaba, todas dispuestas en forma de herradura, con una en el centro mayor que las demás y más alta.

–Debe haber muchos Espíritus aquí –observé.

–Son muchos, sí, Sebastián. Y todos necesitados de nuestro auxilio y de nuestra dedicación.

El acceso al formato de herradura, en que estaban dispuestas las construcciones, había una entrada, un camino que se perdía a lo lejos, en un gran descenso.

–¿Y esa gran barraca, en el centro? Es diferente de las otras –pregunté, percibiendo, también un gran movimiento de entidades. Pues, eran muchas las personas que andaban de acá para allá, daba la impresión de que todas iban con un objetivo programado, o sea, ocupadas con algún tipo de trabajo.

–Ese barracón acoge la escuela donde aprenderá a leer, escribir y a estudiar los libros. También, allí, se imparten clases sobre cómo funciona todo y se enseña a trabajar para Jesús.

–¿Trabajar para Jesús?

–Sí. Todo lo que hagamos en beneficio del prójimo, Sebastián, es considerado un trabajo para Jesús.

–*Veo a muchos negros aquí y muchos blancos, también.*

–*En verdad, este es uno de los locales contruidos para ayudar a Espíritus comprometidos con la esclavitud, principalmente los negros esclavos, muchos de ellos todavía en estado de resentimiento y de odio, pero que ya pueden ser auxiliados por nosotros.*

–*¿No todos pueden ser auxiliados?*

–*La vida no da saltos, Sebastián. Existen los sufridores que desean ser auxiliados y los que no y que prefieren tomarse la venganza con sus propias manos. Pero, un día, también serán auxiliados.*

–*Entiendo. ¿Y podré hacer algo para ayudarlos?*

–*Sí y es lo que esperamos que haga, así como muchos otros que se encuentran aquí, pero que aún no están en condiciones. Cuando se recuperen así como usted, podrán hacer mucho por los hermanos que sufren.*

–*¿Tendré que esperar mucho tiempo para empezar a trabajar?*

–*Dependerá del esfuerzo que haga para aprender. En cualquier trabajo, es preciso que, primero, se aprenda a manejar las herramientas necesarias. ¿Cómo hacer un buen surco si no aprendemos a manejar la azada?*

–*Usted tiene razón. Quiero aprender.*

–*Muy bien, Sebastián. Le voy a presentar a su profesora.*

–*¿Profesora?*

–Sí. Con ella, aprenderá a leer y a escribir.

–Pero eso va a demorar mucho.

–¿Y qué significa el tiempo para nosotros, Espíritus eternos? Es preferible que realicemos un buen trabajo, en el momento oportuno, y preparados para eso, que una chapuza, porque no tuvimos la paciencia y la perseverancia de aprender bien. Y no se preocupe. Antes de aprender a leer, aprenderá mucho sobre las enseñanzas de Jesús, nuestro hermano mayor, en las clases orales. Quédese tranquilo.

Deodato me presentó, entonces, a la profesora, la señora Durvalina que me recibió con gentileza y, con mucho cariño y paciencia, me inició en el mundo de las letras. No fue fácil, en especial la parte escrita, pues mis manos y principalmente mis dedos, se encontraban aún muy endurecidos por la rudeza de mi trabajo cuando estaba encarnado. Esa fue una de las lecciones aprendidas: la de que no nos transformamos después de la muerte del cuerpo físico. Cargamos con nosotros, en la forma física, todo lo que fuimos. Algunos Espíritus, al desencarnar, por merecimiento, se renuevan y rejuvenecen su apariencia. Otros, como ya tuve la oportunidad de encontrar, poseen forma y apariencia bastante deformes y horribles a nuestros ojos, como consecuencia de sus actos mezquinos y perniciosos. Pero volviendo al asunto de las clases con la hermana Durvalina, después de algunas semanas, le dije:

–Hermana Durvalina, ¿por qué gasta tanto tiempo conmigo? Tengo tanta dificultad en trazar las letras...

Leer, para mí, ya es más fácil. Pienso que estoy aprendiendo bien. Pero, escribir... Mis dedos aún se encuentran muy torpes. Creo que el tiempo que pierdo conmigo podría ser mejor empleado por usted en la enseñanza a los más adelantados.

–Sebastián, sepa una cosa: en la vida, tenemos que ayudar más a los que más lo necesitan. Y así debe ser por todas partes. Muchas veces, los hombres no saben hacer esa distinción y dejan de cumplir su obligación con los más necesitados, perdiendo la grandiosa oportunidad de servir a Jesús.

El tiempo fue pasando y ya conseguía leer una cartilla de alfabetización y trazar la mayoría de las letras dictadas por la profesora, formando diversas palabras. Asistía a las clases orales, donde mi preferencia era por “El Evangelio según el Espiritismo”, el mismo que ya había sido dictado por los Espíritus al abnegado misionero de Cristo, Allan Kardec. Aprendí, también, sobre las otras obras: “El Libro de los Espíritus”, “El Libro de los Médiums”, “El Cielo y el Infierno” y “La Génesis”. En verdad, los estudios nos ocupaban casi todo el día y no nos cansábamos, sorbiendo todo aquel conocimiento de una manera muy fácil, pues las vibraciones de paz de aquel lugar nos propiciaban esa facilidad. Hasta que tuve uno de los momentos más felices de mi vida. Poco después de la última comida del día, antes de recogerme, Deodato me llamó a su sala de trabajo y me dijo:

–Sebastián, la hermana Durvalina me informó que usted ya podrá leer otros libros que no sean la cartilla. ¿Qué me dice?

–Bueno...lo puedo intentar. No sé si mi lentitud en formar las palabras tendrá la velocidad necesaria para que yo no me pierda con ellas y no vaya a comprometer el significado de la frase.

–Sí, debe intentarlo. Y con este libro que le voy a dar, tengo la seguridad de que lo conseguirá, porque será auxiliado por su contenido y, con él, ciertamente, todo será más rápido.

–¿Y qué libro es ese?

–Éste –me respondió Deodato y mis ojos se llenaron de lágrimas, cuando me extendió aquella obra. No podía creer en lo que mis ojos estaban viendo. Deodato me extendía un ejemplar de “El Evangelio según el Espiritismo”. Demoré algunos segundos en tomar el libro que él me ofrecía. Llegué a restregarme una mano en la otra en una infantil tentativa de librarla de las asperezas que aun tenían.

–No tenga dudas ni recelos, Sebastián. Esta obra se destina a todas las criaturas, sin ninguna distinción. Muchos Espíritus están siendo debidamente preparados para divulgarla y hacerla llegar a los hogares de todas las personas. Es suya.

La tomé con mucho cuidado, como quien recibe la más hermosa y delicada flor. Las lágrimas continuaron brotando de mis ojos e inmensa alegría invadió mi corazón, no viendo la hora de recogerme para, a solas, intentar, esta vez, leer lo que ya había aprendido en muchas de las charlas a las que había asistido.

–Dios se lo pague, Deodato. Que recuerde, en toda esta vida, en esta existencia actual, este es el mayor regalo que he recibido. Que Dios se lo pague.

–Puede ir, ahora, Sebastián. Verá, que como le dije, no tendrá dificultades para leer y entender.

Me despedí y me fui a mi alojamiento, en otro barracón, entre los destinados a aquellos que ya poseían condiciones de colaborar y trabajar en pro de los más necesitados. Me senté en la cama y coloqué el libro sobre ella, a mi lado. Aún lloraba. No lo creía. Permanecí por algún tiempo observando aquella bendición, hasta tener el valor de abrirlo. Enjuagué las lágrimas y finalmente, abrí una página al azar y un punto pareció iluminarse, y sin mucha dificultad, leí: “Amar al prójimo como a nosotros mismos: hacer por los demás lo que quisiéramos que ellos hagan por nosotros”, y comprendí, con una comprensión que no sé explicar, que nuestra verdadera y real felicidad depende de la felicidad del prójimo. Y continué leyendo y llorando porque tenía una gran facilidad en la lectura, cuanto más leía. Y precisaba, en todo instante, apartar el libro para que mis lágrimas no fuesen a caer sobre él, lo que algunas veces no conseguía, procurando enjuagarlas con los puños de mi camisa, hasta quedarme dormido, abrazado a él.

Pasó un buen tiempo más y, aparte de los estudios, también trabajaba en la limpieza de algunas alas, junto con otros compañeros, y a veces, me solicitaban para que mantuviera una conversación con algún otro necesitado que ya se encontraba en fase de recuperación. Otras, llegaba algún esclavo rescatado de las sombras, pidiendo

hablar con algún negro viejo y me llamaban. Para que entiendan el por qué de eso, puedo decir que, en el tiempo de la esclavitud, los negros más ancianos eran considerados los más sabios y aconsejaban a los más jóvenes. No es que, como en mi caso, tuviese alguna sabiduría, pero, ciertamente, poseía mayor experiencia, conociendo mejor las reacciones de los patrones y las reacciones de la vida misma y del destino y las consecuencias futuras para algún acto complicado. En la Tierra, cuando estaba encarnado, conseguí librar a muchos jóvenes de un castigo fatal, por el hecho de haberlos aconsejado. Y cuando menos lo esperaba, Deodato me llamó y solicitó mis servicios para una tarea, diciéndome que me beneficiaría mucho.

–Estoy a sus órdenes, mi hermano –le dije–. ¿De qué se trata?

–Bien, Sebastián, usted ya debe imaginar que su última encarnación, como esclavo, sólo pudo haber sido provocada por su pasado, explicándome mejor, por una encarnación anterior en la que acumuló muchas deudas y que esta última le sirvió para un gran aprendizaje.

–Soy consciente de eso, Deodato, y, si nada recuerdo, agradezco a Dios por su bondad en concedernos el olvido de nuestro pasado.

–Muy bien, Sebastián. Ahora, preciso decirle algo muy importante. A veces, pensamos que nuestros verdugos nos causan mal porque simplemente se complacen con el dolor ajeno, sin que atinemos que, en verdad, traen dentro de sí, de forma latente, un odio provocado por nosotros

mismos en un pasado distante y que nos corresponde liberarlos del sufrimiento en el que aún se encuentran por haber causado ese mal en el presente.

–¿Podría darme un ejemplo?

–Estoy hablando de los capataces de las haciendas que castigaron a los negros de forma tan cruel.

–¿Los capataces?

–Eso mismo. Basta que usted se acuerde de los capataces que encontró en su vida de esclavo y recordará que no era cualquier hombre quien se disponía a azotar a los esclavos. En verdad, muchos de los trabajadores de las haciendas se negaban a tener esa función, mientras que otros ansiaban tenerla.

Realmente, Deodato tenía razón. Ya había visto a muchos hombres taparse los oídos para no tener que escuchar los gemidos de los esclavos, y al contrario, otros que hacían cualquier cosa, incluso hasta intrigar para tener la oportunidad de aplicar una feroz punición a los negros.

–Usted tiene razón. Y por lo que consigo entender, esos hombres, esos capataces, sufrieron, un día, en nuestras manos. ¿Pero, en África?

–Realmente, no. Deben ser hechos de otras épocas mucho más remotas.

–Y sólo pudo haber sido de todo un pueblo, porque nosotros, los negros esclavos, somos muchos. ¿Y qué tarea es esa que usted me quiere encomendar?

–La de auxiliar a esas criaturas que hoy sufren por el mal que cometieron.

–¿Pero no tenían esos capataces que acometer esos castigos para que, con ellos, aprendiésemos la lección?

–Sebastián, así como en el pasado, los pueblos no tienen que subyugar a otros pueblos ni esclavizar a su semejante, tampoco nadie se reencarna con la misión de cometer el mal. La vida, en su proceso de acción y reacción, facilita esos reencuentros y situaciones para que el aprendizaje se haga de manera espontánea.

–Entiendo. Eso quiere decir que, hoy, tenemos que trabajar en beneficio de esas personas, o mejor, de los capataces que nos azotaron porque aún tenemos enormes deudas con ellos.

–Deudas, sí. Las primeras, del lejano pasado, sumadas a estas últimas, que los hicieron comprometerse con el mal.

–Con eso, puedo entender que las víctimas de hoy, ciertamente, ya fueron las que provocaron el sufrimiento en el ayer.

–Bien entendido, Sebastián.

–¿Y qué quiere usted que yo haga?

–Recibiremos hoy, a uno de esos hombres.

–¿Y yo lo conozco?

–Sí. Se trata de Celestino.

–¿Celestino? Pero él desencarnó hace ya mucho tiempo. Antes que yo. ¿Y pasa aún por sufrimientos?

–Al comienzo, fue capturado por esclavos y pasó mucho tiempo en las manos de esos infelices hermanos, que lo hacían trabajar para ellos, al mismo tiempo que le infligían duros castigos.

–¡Dios mío! ¿Y consiguieron rescatarlo, ahora?

–Sólo lo conseguimos porque Celestino, después de mucho sufrir, dirigió sus pensamientos a Dios y suplicó su misericordia, con sincero arrepentimiento en el corazón, lo cual hizo que pudiese vislumbrar a los Espíritus, trabajadores de Jesús, permitiendo que éstos lo liberasen.

–¿Y qué tendré que hacer?

–Basta que converse con él y él sienta que, con su ayuda, puede comenzar un nuevo camino en el Bien. En verdad, lo que tendrá que hacer es liberarlo, ahora, de su conciencia pesada.

–¿Y usted cree que lo conseguiré?

–Con mucho cariño fraterno, tengo la seguridad de que lo logrará. Y no se preocupe. Pues, no estará solo en esa empresa. Otros Espíritus lo ayudarán.

–Haré lo posible, Deodato, pero, ¿y los que lo capturaron?

–A su debido tiempo serán auxiliados y, para ello, también necesitaremos de su ayuda.

–¿Y cómo están ellos, sin Celestino?

–Un poco perdidos, porque tenían esa idea fija de

la venganza y, en verdad, sin percibirlo, acabaron como prisioneros también.

–¿Cómo es eso?

–Usted puede recordar que seis esclavos que emprendían la huída desencarnaron a manos de Celestino...

–Sí, recuerdo, porque para atenuar los pensamientos de fuga de los otros, Celestino trajo los cadáveres, de los seis, para que sirviesen de ejemplo, entre ellos, el de una mujer.

–Cierto. Continuando la historia, debe saber que cuando desencarnaron, fueron, inicialmente, socorridos por los Espíritus encargados de esa tarea, pero, en poco tiempo, el pensamiento de venganza de ellos acabó trasportándolos de regreso a la hacienda y tanta fue la maldad que practicaron contra Celestino que éste acabó enfermándose y pronto abandonó la vestidura física.

–¿Y, entonces, ellos lo capturaron?

–Sí, pero sólo con el permiso de otras criaturas perversas que habitan en las regiones inferiores.

–¿Cómo sucedió eso?

–Sin el permiso de esa legión de Espíritus infelices del mal, ellos no conseguirían aprehenderlo. Pero, esa autorización, digámoslo así, tenía un elevado precio.

–¿Y qué precio?

–El precio fue que esos esclavos trabajasen para ellos en misiones obsesivas en la superficie terrestre.

–¡Dios mío!

–Y, ahora, sin Celestino, no conseguirán liberarse de ese yugo, de tan fuerte como se volvió.

–¿Y tendrán que continuar haciendo el mal?

–Serán obligados y sufrirán mucho con eso, porque ya sufrían perjudicando a determinadas personas encarnadas a las que ni siquiera conocían. Solo lo hacían porque estaban obsesionados por la idea de venganza.

–Entonces, realmente, precisan de auxilio.

–Sí, esa tarea es de nuestra competencia.

–¿Y los de esa legión? También necesitan de ayuda.

–Usted tiene razón, pero todo a su debido tiempo, pues todavía no se encuentran en condiciones de ser rescatados y, cuando lo fueren, será competencia de otros equipos socorristas, especializados con esas labores.

–Entiendo y quiero ayudar a todos.

–Debe comenzar por Celestino.

–Y, ¿cuándo lo encontraré?

–Creo que de aquí a algunas semanas, cuando otro equipo lo haya atendido, pues no se encuentra, aún, en condiciones de oírlo. Celestino está como anestesiado, deberá despertar poco a poco y recibir el tratamiento necesario para que vaya recuperarse.

LA CONVERSACIÓN DE DOÑA ELSA CON EL HERMANO AGENOR

Poco a poco, las personas van dejando el recinto de la sala comedor del albergue, quedándose solamente Doña Elsa, los demás directores, los voluntarios, que comienzan a lavar la loza, hacer la limpieza, y el hermano Agenor, a quien la señora solicitó que permaneciese un poco más, antes de ir para su habitación, pues le gustaría mucho conversar con él.

–Quiero agradecerle, Doña Elsa, por la excelente comida y por el cariño que me dispensaron. Pero, usted quería hablar conmigo...

–Sí, hermano Agenor. Siéntese aquí –le pide, mostrando una de las sillas y mientras se sienta en otra frente a él y otros directores a su lado–. Bien... nos

gustaría saber un poco más de usted, si eso no fuese una gran indiscreción de nuestra parte.

–De ningún modo, señora, a pesar de que poco tendría que hablarles. Sé que las personas tienen un poco de curiosidad sobre mí, porque he hablado a los hermanos a petición de algunos Centros Espíritas, en los cuales me hospedo o, simplemente, me alimento. Y la curiosidad parte del hecho de que soy un andariego y hablo sobre la Doctrina Espírita. Pero no veo nada de especial en eso. Los espíritas pueden y deben hablar con las personas.

–En realidad, se trata de una curiosidad por nuestra parte y creo que debe entenderlo, porque es difícil encontrar a una persona como usted, un andariego, conocedor de la Doctrina. Pensamos que debe tener un pasado diferente y es eso lo que hace germinar nuestra curiosidad.

–Con toda certeza, resulta, Doña Elsa, que como ya le dije, no soy un adepto de la pobreza ni de la ociosidad, y la prueba de ello es que procuro trabajar, vendiendo cosas para sobrevivir.

–Sí. Incluso, hablé sobre eso hoy.

–Bien... voy a intentar relatarles un poco de mi vida, de manera muy sucinta, para no quitarles mucho tiempo. Tuve una vida normal como tantas otras personas. Una infancia feliz, sin necesidades, pues mi padre poseía una modesta industria de artefactos metálicos, en verdad, piezas de ensamblaje para otras empresas. En cuanto a eso, preferiría no revelar qué tipo de piezas eran esas,

pues no deseo que hagan conjeturas, en el sentido de que se pueda sospechar que empresa podría estar relacionada con lo ocurrido.

–Comprendo...

–Como le estaba diciendo, tuve una infancia bastante feliz. En la adolescencia, conocí la Doctrina Espírita, a través de un libro que me prestaron y me parecía que aquellas enseñanzas venían a reflejar de lo que yo imaginaba que sería la vida. Comencé, entonces, por cuenta propia, a frecuentar la mocedad espírita de un Centro y leí muchas obras al respecto, estudiando siempre. Al poco tiempo, y poseyendo ya bastante conocimiento de la doctrina, conseguí convencer a mis padres sobre ella y, al igual que yo, se entregaron al Espiritismo, volviéndose frequentadores asiduos del Centro y comenzaron a trabajar, principalmente en la práctica de la caridad. A los veintiséis años, ya formado en una escuela superior, pasé a trabajar con papá en su pequeña industria. Algunos años después, él desencarnó en un accidente en la fábrica y, poco después, mi madre, víctima de un neurisma cerebral. Pasaron algunos años más y, a causa de una crisis económica, tuve que vender la fábrica y todo lo que tenía para saldar todas las deudas y, prácticamente, de la noche a la mañana, empobrecí totalmente.

–¿Y se convirtió en un andariego?

–Al comienzo fue muy desesperante. Sin nadie, sin un centavo en el bolsillo, recurrí al Centro y pude permanecer allí por algunos días más de lo que podría, hicieron una excepción conmigo, pues allá, así como aquí,

existen reglas que deben ser respetadas. Hacía mi única comida por las noches y, durante el día, buscaba empleo. Llegué a visitar a algunas personas, conocidas mías, del ramo en el que yo trabajaba, pero acabé desistiendo porque me prometían encontrar algún trabajo, pero nunca recibía respuesta. Hasta que fui consciente que en el albergue no debería permanecer más, porque estaba dando un mal ejemplo para aquellos que solicitaban permanecer más tiempo hospedados y la norma no permitía estar más de tres días. Y ya estaba causando un cierto embarazo a los dirigentes de la casa. Fue entonces, cuando uno de los voluntarios me proporcionó las direcciones de albergues por la región para que fuese haciendo una gira hasta encontrar una solución para mi caso. Y como trabajaba con artículos de cocina, me proveyó de tres decenas de abridores de latas que había tenido como muestrario y que no necesitaba, teniendo en cuenta un nuevo modelo lanzado por la fábrica, para que yo lo vendiese y consiguiese, así, algún dinero. Para decir la verdad, al principio no entendí, y pienso que él tampoco, porque ¿cómo podría sobrevivir vendiendo apenas treinta piezas de aquel género? Pero se lo agradecí y las coloqué en mi mochila, único bien que poseía, además de algunas piezas de ropa, algunas pequeñas y leves herramientas, algunos artículos de higiene que el Centro me dio y mis documentos personales. No tenía nada más, pues como ya les dije, necesité vender mi casa y mis muebles.

—¿Y salió a recorrer mundo?

—Sí. Procuré el departamento asistencial de la

Prefectura, que me concedió un pasaje de autobús hasta una de las ciudades del derrotero de los albergues, y para allá me encaminé. Partí de la capital por la noche y, llegando, fui a dormir en una construcción de aquella ciudad del interior. Al día siguiente, al despertar, con unas pocas monedas que había recibido de ese voluntario, comí un bocadillo y, al abrir la mochila para guardar el cambio, uno de los abridores de lata cayó al suelo. Fue cuando una voz, que parecía partir no sé de donde, haciendo eco en mis oídos, me dice: –No se deje abatir y haga algo. Venda ese abridor.

–¿Y, entonces? –pregunta el señor Carlos, Presidente de la Casa, con bastante curiosidad.

–Bueno, yo ni siquiera sabía por cuanto venderlo. En eso, observé que frente a mí había un gran supermercado. Entré y fui a buscar uno de esos abridores para ver el precio. Ahí, pregunté a una de las vendedoras si la venta de abridores de latas era muy grande. Y ella me respondió que casi nadie los compraba, pues la mayoría de las amas de casa ya debería tener uno. Eso me desanimó.

–Me imagino.

–A pesar de ello, salí y comencé a tocar de puerta en puerta, ofreciéndolo. Después de haber recorrido una decena de casas, sin ningún éxito, toqué en una en la que me atendió una señora y, al ofrecerle, ella me dijo, extrañando mi oferta:

–¿Usted vende abridores de lata?

–Sí –le respondí.

–¿Pero sólo vende eso?

–Solamente abridores de lata, señora.

–Interesante. Ayer, al abrir una lata, noté que mi abridor se encontraba muy herrumbrado. Ahí pensé: tengo que comprar un abridor de latas nuevo. ¿Usted cree que fui al supermercado, hoy por la mañana, y me olvidé de comprarlo? Pero, ¿quién se puede acordar de comprar un abridor de latas, no cree?

–Eso es verdad.

–Le voy a comprar uno. Mejor voy a comprar dos, pues creo que el de mi hija también tiene herrumbre.

–Espere –interrumpió Doña Elsa–, voy a adivinar. Partiendo de lo que esa mujer le habló, usted encontró un argumento para convencer a las dueñas de casa...

–Pues así fue. Ahí hallé el mapa de la mina, como se dice cuando encontramos una buena solución. Comencé, entonces, a llevar ese argumento a las amas de casa. Cuando ofrecía un abridor, preguntaba si el de ella ya no estaría bastante herrumbrado y le decía que un abridor era tan barato...

–Y comenzó a venderlos.

–Conseguí vender treinta en un solo día de trabajo.

–¿Y después? ¿Dónde conseguía comprar más para vender?

–Por todas las ciudades por donde pasaba, procuraba buscar un almacén y preguntaba si era difícil vender abridores de lata. Y la respuesta era siempre la mis-

ma. Entonces, les hacía una oferta para comprar todos los abridores o parte de ellos a un precio más barato. A esas alturas, ya sabía por el monto que las fábricas vendían a los comerciantes y ofrecía un valor igual.

–¿Y todavía vende abridores hasta hoy?

–Sí. Más nunca más he dejado de venderlos. Y ofrezco otras cosas, también.

–Sabemos que vende piezas de bambú que usted mismo fabrica.

–Así es.

–¿Y cómo aprendió a hacer esas piezas?

–Sabe, Doña Elsa, cuando tenemos buenas intenciones, la vida nos va enseñando. Basta que observemos las cosas.

–¿Y nunca más volvió a la capital?

–Solamente una vez, porque robaron mi documento de identidad y precisé ir hasta allá para solicitar otro. Por suerte, tenía una copia, lo cual facilitó emisión de éste.

–Hermano Agenor, dígame una cosa: hemos sabido que algunos Centros Espíritas le piden que hable a sus frequentadores.

–Eso es verdad.

–¿Y por qué buscan con tanto interés oír sus palabras?

–En verdad, Doña Elsa, creo que aprendí mucho en esta vida mía de andanzas durante más de treinta

años y explico a las personas como creo que ellas pueden encontrar la felicidad. Y cuando hablo, percibo tener el auxilio de algún Espíritu que me inspira todo lo que pienso y acabo profiriendo las charlas con las palabras más acertadas a causa de mi mediumnidad.

–¿Usted es feliz?

–Lo soy y mucho.

–¿A pesar de la vida que lleva?

–Esta vida me enseñó a ser feliz, pero como ya dije hace poco, no hago apología de la pobreza ni de la miseria y, si estoy en esta situación, fue por la fuerza de las circunstancias. De esa forma intento procurar aprovechar lo mejor posible esta experiencia. Vivo en un mundo diferente, donde existen los buenos, pero, también los malos, así como en el mundo de los más normales, de los que poseen algo material. No es que seamos diferentes, pero, formamos parte de una clase –los indigentes– que no tuvo acierto en el terreno material, de los bienes, de las pertenencias. Acostumbro a decir que los andariegos como yo, viven superficialmente en este planeta, como si estuviesen planeando sobre él. Digo esto porque, en verdad, la mayoría de las veces, no se les ha dado el derecho de ocupar ni siquiera un metro cuadrado de esta Tierra. Imagínese si usted no fuese poseedora de un espacio del tamaño de su cuerpo de pie. Y todos nacieron aquí. Observe que no estoy reclamando porque, como soy espírita, sé muy bien que tengo que pasar por esa experiencia, pero la mayoría de los indigentes no tienen ese conocimiento y sufren mucho con eso.

–¿Usted podría darme un ejemplo?

–Sí. Imagine esta escena: un indigente se encuentra parado en una esquina, tal vez decidiendo para que lado debe ir o sólo con la intención de pedir ayuda a un transeúnte que pasa por allí. De repente, llega alguien, residente o comerciante de aquel lugar y enseguida le dice: –¡Vaya circulando, hombre, vaya circulando!– y el andariego se aparta. Otras veces, cansado de la caminata, se ve en la necesidad de sentarse en un banco en una plaza para descansar el cuerpo. Y generalmente aparece algún responsable de la seguridad de allí y le pide u ordena, lo que es peor, que se aleje. Ya vi, incluso, a muchos ser invitados a retirarse de casas religiosas, de eventos públicos. Es por esa causa por lo que acostumbro decir que planeamos en este planeta y es por ese mismo motivo que nos dirigimos a los albergues como este, porque aquí nadie nos invita a salir. Estos son verdaderos oasis para nosotros, donde nos sentimos habitantes de esta Tierra.

Doña Elsa enjuga una furtiva lágrima.

–No debe ser nada fácil para usted esa vida que lleva.

–Yo, particularmente, hago lo que puedo para sobrevivir mientras procuro mejorar mi yo interior, como Espíritu que soy, con las enseñanzas de Jesús y, siempre que me es posible, procurando enseñar todo eso a mis compañeros de camino. Y voy a repetir lo que ya dije, con las mismas palabras: pienso que las personas tienen que vivir lo mejor posible con lo que tienen, sea mucho,

sea poco, o bien sea nada. Dios está con nosotros y Jesús nos acompaña con su pensamiento y su cariño.

—¿Y qué es lo que usted le dice a esas personas, en esas charlas? ¡Oh! Discúlpeme. Estoy quitándole demasiado tiempo. Debe estar muy cansado y precisando de reposo.

—No se preocupe. Le voy a resumir. En primer lugar, le digo que tenemos que desechar de nuestra cabeza, de nuestra mente, que somos mejores que los otros, que nuestros semejantes. No somos los mejores, no somos los más hermosos, no tenemos que complacernos tanto, pero, sí, amar al prójimo; que no tenemos que tener más dinero que nuestro vecino, ni el mejor automóvil, ni la mejor casa, ni la esposa e hijos más bonitos y perfectos. Que no tenemos que tener tanto ni ser nada de eso, porque, sino, perderemos tanto tiempo para tener o ser toda esa infantilidad, que no tendremos tiempo, ni de disfrutar de la modesta casa, del carro ya usado, del poco dinero que tengamos, porque lo empleamos en la tentativa de ser o parecer mejores que los otros. Y esa carrera hacia la meta de ser mejores, terminará un día, sin que hayamos llegado a ser nada, porque, cuando emprendemos una carrera de ese tipo, probablemente nunca estaremos satisfechos al punto de usufructuar de la encarnación y ella terminará sin que lleguemos a ser vencedores.

—Eso es verdad.

—Y no habremos alcanzado la tan proclamada auto estima, porque estaremos siempre lamentando lo que

somos, por mejores que seamos. Ni precisamos de esa auto-ayuda de la que tanto se habla, de aquella que intenta hacer que la persona se crea la mejor de todas las personas, pretendiendo que, con ese pensamiento, alcanzará la felicidad que, en verdad, no se consigue con ideas y actitudes egoístas, pero, sí con ideas y actitudes altruistas. Lo que se necesita es, de *alta-ayuda*, o sea, de la *ayuda de lo Alto*, que ya conocemos: las enseñanzas de Jesús. Él ya nos enseñó para que seamos felices, con la sencillez y con la alegría del prójimo.

—Y yo le confieso, hermano Agenor, que, aun sabiendo todo eso, tengo dificultades para ser totalmente feliz, pero voy a intentar acordarme siempre de todo lo que me dijo hoy.

—Yo no le dije nada nuevo, Doña Elsa. Y le recomiendo una directriz bastante sencilla: hable a las personas sobre eso porque, cuanto más hable, cuanto más recuerde esa verdad, más y más asimilada será esa idea en su corazón y en su mente y verá que, en poco tiempo, estará viviendo esa realidad.

—Pues voy a hacer eso. A propósito, hermano Agenor, me gustaría que, si fuese posible, usted permaneciese por algún tiempo más en esta ciudad.

—¿Por tres días más?

—Eso mismo. Y si no hubiere un puesto en el albergue, yo le consigo otro lugar para su hospedaje.

—Pero, ¿para qué?

–Pasado mañana, domingo, iniciaremos una feria de libros espíritas en la plaza principal y me gustaría que participase en ella. En verdad, necesitaremos de alguien que permanezca en la feria en el horario del almuerzo, y como me parece que conoce a fondo la Doctrina, sería de gran ayuda para nosotros. Con usted, estará una persona encargada de la caja. En cuanto a la feria, si pudiese participar en ella por más tiempo, durante el día, estaríamos muy agradecidos. Creo que podría ayudarnos a realizar la asistencia fraterna que ponemos a disposición de algunas personas que se acercan en busca de consuelo, esclarecimientos, en fin, auxiliar a personas necesitadas de una palabra de ánimo. Siempre hacemos eso en las ferias que realizamos. Y no necesitaría preocuparse en vender sus abridores de latas o sus objetos de bambú para poder alimentarse en el almuerzo. El hermano podría almorzar por nuestra cuenta, ¿no es así, señor Carlos?

–Estoy completamente de acuerdo y pienso que tuvo una feliz idea.

–¿Qué me dice? –pregunta la señora al hermano Agenor.

–Bien. Le estoy muy agradecido por el ofrecimiento y por poder hablar con las personas necesitadas, pero, no puedo aceptar esa invitación a comer.

–¿Y por qué?

–No me sentiría bien. A fin de cuentas, existen otras personas que se encuentran en esa misma condi-

ción que yo. Lo que puedo hacer es lo siguiente: por la mañana, procuraré vender mis productos. En la hora del almuerzo, estaré allá para permanecer mientras los otros hacen su comida. Y por la tarde, hasta la noche, permaneceré en la feria, ayudando en lo que sea necesario. ¿Puede ser así?

Doña Elsa se emociona con la preocupación del hermano Agenor en no valerse de los conocimientos que tiene para obtener un tratamiento especial.

–De la manera que usted lo crea mejor. Entonces, estamos de acuerdo.

–Perfecto. Hasta el domingo.

LA LECTURA DEL CUARTO MANUSCRITO

Algunos días después, se encuentran reunidos Nelson, Mara, Roberto y Narciso para la lectura del cuarto manuscrito, y es Mara quien se encarga de leerlo.

Continuaba mis estudios, pero siempre con el pensamiento en Celestino y orando por él, hasta que pasadas algunas semanas, Deodato volvió a hablarme sobre el asunto.

–Sebastián, pienso que ya llegó el momento de su encuentro con el capataz Celestino.

–¿Hoy?

–Dentro de poco.

–¿Y cómo está él?

–Se encuentra tranquilo pero aún con los pensamientos bastante confusos y enmarañados por lo sucedido y por el dolor en la conciencia, por todo el mal que causó a tantos negros.

–Muy bien. ¿Alguna recomendación, Deodato?

–Sólo haga lo que su corazón le dicte, con mucho cariño y paciencia. A propósito, hasta ahora él todavía no ha visto a ningún negro, para que no se empeorara más su situación. Usted va a ser el primero. ¿Podemos ir?

–Podemos.

Entonces, nos encaminamos hacia uno de los barracones y después de pasar por varios lechos, Deodato abrió un biombo y pude ver a Celestino, que estaba acostado, pero con la espalda apoyada en almohadas. Un enfermero se encontraba a su lado. Casi no lo reconocí, por lo enorme que era la deformidad de su rostro. Su mirada estaba perdida y fija en algún punto frente a él.

–Celestino –lo llamó Deodato–. ¿Cómo se siente hoy?

El hombre no desvió la mirada de aquel punto fijo, pareciendo no oír.

–Celestino –llamó, nuevamente, al amigo.

En ese momento, Celestino oyó la llamada y, lentamente, dirigió su mirada hacia Deodato.

–Estoy aquí –respondió.

–Traje a un amigo que desea hablar con usted.

–¿Amigo? No tengo amigos. Nunca tuve amigos.

–Pero este aquí dice ser su amigo.

–¿Y quién es?

–Deodato hizo una señal para que me aproximase.

El capataz me miró y sus ojos se abrieron desmesuradamente llenos de pavor, y comenzó a gritar:

–¡No! ¡No! ¡Tengo miedo! ¡No me haga daño! ¡Oh, Dios mío! ¿Será que caí en otra trampa?

–Cálmese, Celestino –le dije–. No quiero hacerle ningún daño, sólo ayudarlo. ¿No se acuerda de mí?

Celestino paró de gritar y, mirando en el fondo de mis ojos, después de algunos segundos de silencio, dijo, con un poco de miedo:

–Yo lo conozco, sí, pero no consigo recordar bien. ¿Yo lo zurré alguna vez? Por favor, perdóneme.

Le toqué una de las manos con mi mano izquierda y, con la derecha, le acaricié la frente, respondiéndole:

–Sí, usted me conoce, Celestino y, por favor, no vamos a hablar aquí del pasado que fue muy doloroso para mí y, tengo la seguridad, de que para usted, también. Pensemos sólo en el presente y sobre lo que planearemos para el futuro.

–Sebastián... Usted es el Padre Sebastián... como todos lo llamaban.

–Así es.

–Yo lo zurré a usted, una vez.

–¿Y eso qué, mi amigo? No puedo ni imaginar lo que debo haberlo perjudicado en un pasado lejano.

–Usted nunca me perjudicó en nada. Por lo menos, no me acuerdo. Ah, ya sé, en otra vida, ¿no es así? No consigo entender nada de eso, de otras vidas, pero, es lo que no se cansan de decirme.

–Y es la verdad. Ya vivimos muchas vidas, pero eso no es importante ahora. De momento, sólo quiero ayudarlo.

–Nada podrá hacer por mí. Nadie podrá hacer nada por mí porque mi mal, mi enfermedad está aquí dentro de mi cabeza. Es el arrepentimiento, Padre Sebastián.

–Ese mal tiene cura, mi amigo.

–Pero, ¿cómo? Sólo si me hicieran olvidar todo lo que hice.

–No hay necesidad de eso.

–¿Pero cómo, entonces?

–Trabajando en el bien. Haciendo el bien a las criaturas que maltratamos, ayudándolas a encontrar la felicidad.

Esas palabras, ciertamente inspiradas por Deodato u otra entidad espiritual más elevada, provocaron un repentino cambio en el infeliz. Sus ojos recuperaron un cierto brillo, con la esperanza de la posibilidad de reparar tantos estragos causados por él a tantos hermanos, tan infelices como él mismo.

–¿Eso es posible? –preguntó, ahora, con los ojos nublados por las lágrimas.

–¡Claro que es posible! Y es lo que Dios, nuestro Padre y Creador, desea que hagamos ante nuestros errores.

–¿Y cómo hacerlo? No puedo ni imaginarlo.

–En primer lugar, procurando tener fe y confianza en el futuro y calmando el corazón y la mente. Después, más tranquilo, tendrá la oportunidad de aprender muchas cosas sobre la vida y, también sobre las posibles opciones para realizar esa misión. Primero, tendrá que aprender cómo hacer y, después, podrá cumplir esa tarea que le corresponde. Y no se preocupe. Tendrá el auxilio necesario para ello.

–Gracias, Dios mío, por la oportunidad. Y que Él lo bendiga, Sebastián, y a todos ustedes. Que Dios le recompense, Padre Sebastián, por su perdón y por esa disposición suya para ayudarme.

De ahí en adelante, todo resultó más fácil. Comencé, a petición de Deodato, a preparar a Celestino. Le enseñé lo que sabía y todas las noches estudiábamos el Evangelio. Al poco tiempo, se fue transformando en otra persona y yo, por mi parte, sentía que poseía un gran débito con él. Pasó un tiempo más y llegó el día tan esperado por mí: el de auxiliar a los seis esclavos aprisionados por la legión de las tinieblas. En verdad, por lo que pude saber, aún trabajaban forzosamente en el mal y sufrían mucho con eso. Por otro lado, aún albergaban odio y deseos de encontrar a Celestino.

–¿Está listo, Sebastián? –me preguntó Deodato.

–Sí, lo estoy. ¿Pero cómo será ese encuentro?

–Será en un terreno neutro. Un equipo de nuestra colonia, debidamente preparado para eso, traerá a los seis esclavos hacia este local y usted podrá hablar con ellos.

–¿Alguna instrucción especial, Deodato?

–La de siempre, Sebastián. Paciencia, mucho amor y la mente abierta a las inspiraciones de Espíritus que, distantes de su visión, lo inspirarán.

–¿Mediumnidad aquí?

–Sí. ¿Y por qué no? Somos constantemente inspirados por espíritus más capaces, entidades superiores que nos ayudan en este trabajo.

Por primera vez, me dirigí, acompañado de otros trabajadores y del propio Deodato, hasta aquel punto donde no había ninguna construcción y que la denominaban “puerta de la herradura”, y comenzamos a recorrer el camino en declive. Andamos, sin cansarnos, alrededor de dos horas más. A medida que caminábamos, brumas cada vez más oscuras aumentaban su intensidad, oscureciendo el ambiente al punto de que cuatro componentes del equipo, encendieron antorchas, a fin de iluminar el camino. Más adelante nos topamos con una especie de vacío en el bosque, pues aquel camino estaba rodeado de árboles, por los dos lados. Árboles que, a medida que descendíamos más, se volvían más secos y

retorcidos. Detuvimos nuestros pasos a una señal de Deodato y permanecemos allí por algún tiempo, hasta que oímos voces que se aproximaban.

–¿Para dónde nos están llevando? –preguntaba uno de ellos, entre furioso y amedrentado.

–¿Qué más quieren de nosotros? ¿Ya no hicimos lo suficiente? ¡No queremos más! ¡No queremos más!

–¡Tan sólo deseamos encontrarnos con el capataz! ¿Por qué permitieron que se lo llevaran? ¿Qué irán a hacer con nosotros? ¿Quiénes son ustedes? No los conocemos.

Esas voces eran de los esclavos que eran traídos por el equipo de rescate y nada decían. En verdad, no venían amarrados, ni encadenados, apenas forzados mentalmente por aquellos Espíritus del bien. Y tan pronto como irrumpieron en el aquel vacío en el bosque, uno de ellos, viéndome, gritó:

–¡Padre Sebastián!

Y el otro:

¡Padre Sebastián! ¡Huya! ¡Huya! ¡No deje que ellos le aprisionen también!

–¡Huya, Padre Sebastián!

–Cálmense, mis hermanos del corazón –les dije, bajo fuerte emoción, reconociéndolos a todos: Noal, Antonio, Bento, Luís, Caco y Mercedes–. Estoy aquí para ayudarlos.

–¡Huya! Nada podrá hacer por nosotros. Somos prisioneros.

–Estamos aquí para liberarlos –insistí, calmadamente.

–Por favor, siéntense –les pidió uno de los integrantes del equipo que los había traído, con mucho cariño en la voz.

–¿Ustedes no forman parte de la legión?

–No. Ellos no forman parte de la legión que los aprisiona a ustedes –respondí–. Son Espíritus trabajadores del bien. Y los trajeron hasta aquí para que podamos ayudarlos.

–¿Y qué es lo que podrán hacer por nosotros? ¿Y qué interés tienen?

–Como ya les dije, el de ayudarlos, como Jesús nos enseña.

–¿Jesús? Usted habla como un sacerdote, Padre Sebastián.

–Hablo como un servidor de Jesús y deseo que no sufran más.

Entonces, la esclava tomó la palabra:

–Ya no queremos sufrir más, y tampoco queremos hacer sufrir a otros. En verdad, nuestro sufrimiento actual está siendo provocado por el mal que hacemos a personas que ni siquiera conocemos, bajo las órdenes de la legión. Ya no queremos más esa vida.

–Sólo queremos que el capataz regrese con nosotros –dijo otro–. Usted lo conoce, Padre Sebastián. Él se llama Celestino.

–¿Y para qué lo quieren?

–Para que hagamos justicia con él.

–¿Ya no se divirtieron bastante con el sufrimiento de ese infeliz?

–¿Infeliz? ¡Él nos asesinó! ¡Es un asesino!

–Él está arrepentido de todo lo que hizo.

–¿Arrepentido? ¿Y usted cree en eso?

–Espere –dice otro–. Si usted sabe que él está arrepentido es porque sabe donde se encuentra y estuvo con él.

–Sí. Yo sé donde él se encuentra y sí estuve con él.

–Entonces, díganoslo, Padre Sebastián. Necesitamos atraparlo.

–¿Es que no se dan cuenta de lo que pretenden hacer y de lo que ya hicieron? Dicen que sufren al hacer el mal a personas inocentes. ¿No se arrepienten de eso?

–Sí, nos arrepentimos, y como ya le dije, sufrimos mucho con eso.

–¿Y por qué continúan practicando el mal?

–Porque nos obligan.

–Nadie puede obligar a otro a hacer el mal.

–Ellos pueden. Si no los obedecemos, nos castigan.

–Libérense de ellos.

–¿Liberarnos? ¿Cómo?

–Basta que dejen de lado ese deseo de venganza, porque es ese sentimiento de odio contra Celestino el que permite que la Legión del mal los aprisione. Ese odio es la corriente que los prende a ellos.

–¿Y desistir de nuestra venganza?

–¿Y qué es más importante para ustedes? ¿La venganza o dejar de causar sufrimiento a inocentes? ¿No se dan cuenta que están actuando aun peor que el propio capataz? Por lo menos él, obedecía órdenes y nos castigaba cuando desobedecíamos las instrucciones del patrón. ¿Y esas personas que ustedes castigan? Ni siquiera las conocen. Si están arrepentidos por lo que hacen, ¿por qué Celestino no puede también haberse arrepentido? ¿Quiénes se creen que son para juzgar el grado de arrepentimiento de una persona?

Percibía que no era yo quien hablaba con ellos. Las palabras salían de mis labios, pero, generadas por un pensamiento que me invadía la mente. Estaba siendo firme con esas palabras, pero, las profería con mucho cariño.

–¿Qué me dicen? ¿Qué prefieren?

–Los seis bajaron la mirada y Noal, que me pareció liderarlos, después de algunos segundos de reflexión, me respondió:

–Como siempre, usted tiene la razón, Padre Sebastián. ¿Para qué vamos a sacrificar inocentes sólo para conseguir vengarnos? Es que no aguantamos más

esta vida. Queremos liberarnos, pero no nos pida que olvidemos o que perdonemos a Celestino.

–Tendrán que hacerlo si quieren ser ayudados, además porque serán acogidos en el mismo lugar donde él se encuentra albergado. Y tengan la certeza de una cosa: un día, se darán cuenta del error que cometieron, pues entenderán que, en verdad, somos deudores a personas como Celestino.

–¿Deudores?

–En vidas pasadas.

–Ya oímos hablar de esa historia, Padre Sebastián. En vidas pasadas. ¿Usted también cree en eso?

–Sí, y tengo la seguridad de que ustedes creerán también. Sólo les pido que me den una oportunidad de auxiliarlos y de esclarecerlos. De momento, sólo les pido que nos den su confianza, tanto a mí, como a mis amigos. Y, por favor, acompáñennos. No se arrepentirán.

–Confiamos en usted, Padre Sebastián, y lo seguiremos.

Cuando Mara termina la lectura y Narciso y Roberto yerguen los ojos, pues se encontraban con la cabeza baja y los ojos cerrados para concentrarse mejor en el relato, perciben, así como la hermana, que Nelson, el padre, llora, en silencio.

–¿Qué sucede, papá? ¿Por qué llora así?

–Esa parte de la narración me emociona mucho. Parece que rememora algo de mi pasado.

–¿De su pasado?

–Sí. En verdad, me siento en la piel de uno de esos esclavos. Ahora, no tanto, pero cuando la leí por primera vez, y solas en mi habitación, sentí, inicialmente, el odio que uno de ellos sentía por Celestino, y el arrepentimiento por el mal que cometía contra inocentes, obligado como era a actuar así. Y eso me asusta, porque esa figura del capataz me incomoda mucho, como si lo hubiese conocido. Hasta pienso, que tengo mucho que ver con todo eso y que no es por simple casualidad que esos escritos vinieron a parar a mis manos, principalmente por el hecho de que fue vuestra madre quien me indujo a buscar al hermano Haroldo.

–Usted no debe dejarse impresionar tanto por esa historia, papá. A fin de cuenta, todos nosotros estamos emocionados, también –dice Roberto.

–Y si usted cree que tiene que algo que ver con esto, no se preocupe –agrega Mara–, porque, aunque lo tenga, ¿cuál es el problema? Usted hoy es una persona buenísima, un excelente padre y, sobre todo, nunca ha perjudicado a nadie en esta vida.

El hombre permanece, por algunos momentos, cabizbajo, y decide concluir aquella conversación.

–Muy bien, hijos míos. No voy a permitir que me afecte tanto. Ustedes tienen razón. Ahora voy a retirarme pues estoy un poco cansado.

–Yo voy a buscar a Débora. Vamos a salir un rato,

tal vez, a cenar en aquel restaurante chino –informa Roberto.

–También tengo que salir. Lucía me está esperando. Vamos a ver una película. ¿Quieres ir con nosotros, Mara?

–Gracias, Narciso. Voy a estudiar. Tengo exámenes la semana que viene.

–Usted está estudiando demasiado. Necesita distraerse un poco.

–Y conseguir un novio –acota Roberto.

–Todo tiene su hora, querido hermano. Y en las vacaciones, prometo que voy a salir más.

–Muy bien, hijos, diviértanse –dice Nelson, retirándose a su habitación.

Cuando llega allá, cambia de ropa poniéndose un pijama y se acuesta. Hace una oración y se queda pensando en todo lo que le está sucediendo y no consigue sacar de su mente la figura de Noal, el esclavo que, en la narración, fue considerado como el líder de los otros cinco y percibe que se siente angustiado, con muchas ganas de leer la secuencia de aquella historia, de la cual sospecha haber formado parte integrante, en el pasado. También lo incomoda la frase de su hija, colocándolo en un pedestal de virtudes, principalmente cuando dijo que él nunca había perjudicado a nadie. Y las lágrimas vuelven a brotar de sus ojos.

EN LA FERIA DEL LIBRO ESPÍRITA

El domingo, a las ocho horas de la mañana, comienza la VIII Feria del Libro Espírita en la plaza central de aquella ciudad del interior, encontrándose presente toda la Junta Directiva del Centro Espírita, sus voluntarios, llegando a reunir a más de un centenar de personas. La referida feria se realiza en una gran barraca, cubierta de lona, abierta al paso desde todos los ángulos y en su interior, mesas y estantes exhiben los libros espíritas para ser vendidos. En ese momento, el Presidente de la Institución hace una oración de agradecimiento, rogando a lo Alto que los bendiga en aquellos días en que ocurrirá tan esperado evento anual. El hermano Agenor ya se encuentra en medio de las personas, asistiendo a todo. Doña Elsa, cuando lo ve, le pide que se acerque más a ellos. En verdad, los comentarios sobre el hermano Agenor habían llegado a

oídos de los asistentes de la Casa ese sábado y muchos querían conocerlo y, si fuese posible poder hablar con él. Y, en ese momento, en que el indigente andariego humildemente se aproxima a Doña Elsa, todas las miradas convergen hacia su persona y un discreto murmullo se hace oír entre los presentes.

–El hermano Agenor debe ser aquel hombre al lado de Doña Elsa. –dice una señora a otra que se encuentra a su lado

–Parece simpático.

–Dicen que hace “milagros” –comenta un señor.

–Oí decir que el mayor milagro de él, proviene de sus palabras –argumenta otra señora.

–Me gustaría mucho poder hablar con él.

–Doña Elsa dice que él permanecerá aquí en la feria todos los días, a partir de las doce horas.

–Pues vendré a conversar con él.

En ese momento, comienzan las presentaciones, pues todos quieren saludar al hermano Agenor y conocerlo más de cerca.

–Me gustaría comprar un abridor de latas, hermano Agenor.

–Y yo quiero un señor de los vientos.

–¿Y el Espíritu del bambú? –pregunta una jovencita–. ¿Nos lo va a mostrar?

–Por favor, esperen un poco –pide Doña Elsa,

levantando la mano derecha, como para llamar la atención—. Un momento, por favor. El hermano Agenor, ahora tiene que trabajar y volverá a las doce horas. Si alguien quisiera comprar alguno de sus productos, por favor, espere fuera de la feria y el Hermano tendrá mucho gusto en atenderlos. Por favor.

Algunas personas se retiran, esperando por el indigente andariego que, abrumado y un tanto cohibido por aquella situación tan constreñidora para él, se aparta de la barraca, dirigiéndose algunas decenas de metros más allá y le siguen muchas personas. Hacen una fila y pasan a adquirir sus abridores de lata y demás objetos de bambú, teniendo alguien que intervenir para que cada uno de los interesados compre sólo una de las mercancías. El hermano Agenor da gracias a Dios cuando todo lo que tiene que vender se agota, prometiendo abastecerse de más, tan pronto como le fuese posible, a pesar de saber que, en tan corto espacio de tiempo, apenas conseguirá adquirir abridores de lata, pues los objetos de bambú le llevarían algún tiempo para confeccionarlos.

—Infelizmente se acabó todo, mis hermanos, y les agradezco mucho por haberlos comprado.

Diciendo eso, retorna a la barraca, junto a Doña Elsa.

—¿Ya no tiene nada más que vender, hermano Agenor? —le pregunta la señora sonriendo, satisfecha y hallando graciosa la fisonomía del hombre, que no consigue dejar de transparentar un cierto aire de timidez.

–Yo no pensé... y ni sé porqué...

–No se preocupe. Después de aquella conversación nuestra de anteaer, ciertamente, la noticia sobre usted se esparció y todos quisieron colaborar. Tengo casi la absoluta certeza de que la mayoría fue a verificar si su abridor no estaba muy herrumbrado. Creo que sería muy bueno que usted adquiriese más mercancías. Además, conozco un mercado aquí cerca que vende abridores de lata, quiere decir, no venden, apenas exponen, pues como usted mismo nos dijo, poca gente se preocupa en comprar uno nuevo. Si desea ir hasta allá y rematar lo que ellos tienen de estoque, le enseñaré como llegar.

Agenor sonrío y asiente con la cabeza. A fin de cuentas, sí que tendrá que comprar, a pesar de que no pretende vender más en aquella ciudad. Irá a comprarlos para venderlos en la próxima, pues logró una ganancia suficiente para almorzar el resto de aquellos días y para adquirir algunos artículos de higiene personal y, tal vez, hasta una camisa y un pantalón. Y pretende, también, caminar un poco para cortar más bambú, a fin de confeccionar más artículos, pues los vendió todos, sobrándole apenas dos juguetes mágicos del Espíritu del bambú. Y, para calmar un poco la agitación en la feria, que le pareció haber sido provocada por él, se despide y se aleja, prometiendo retornar al medio día, como quedó acordado. Entonces se dirige al mercado que Doña Elsa le había indicado y, como siempre, después de verificar la cantidad de abridores de lata, busca al propietario para hacerle una oferta de compra. El hombre no consigue

entender porque aquél indudable indigente querría adquirir tantas piezas y, desconfiado, sólo acepta venderlas al ver el dinero en sus manos y examinarlo bien pues ignora su procedencia. Y cuando Agenor sale con la mercancía ya acomodada en su bolsa, comenta con los vendedores:

–¡Vean cuánto loco aparece por aquí...! ¿Para qué querrá tantos abridores de latas?

–Usted hizo un buen negocio, señor José. Ya hace mucho tiempo que no vendemos ni siquiera uno sólo de esos abridores.

–Apenas añadí una pequeña ganancia y listo. Pero, ¿para qué querrá ese hombre tantos abridores? –se queda pensando.

Son casi las once y treinta minutos y Agenor llega a la feria, después de haberse alimentado frugalmente y con poco gasto en un puesto de comida cercano, en la calle.

–¿Ya, hermano Agenor?

–Siempre procuro llegar antes del horario cuando asumo algún compromiso con alguien. De esa forma, no corro el riesgo de llegar tarde.

–¿Usted ya almorzó?

–Sí, Doña Elsa. No se preocupe.

–¿Compró más abridores?

–Sí, pero no se lo cuente a nadie, pues mis ventas en esta ciudad están cerradas.

–Usted podría hacerse rico, hermano Agenor –acota la mujer riéndose.

–No quiero tener más esa tentación, Doña Elsa – responde, a modo de broma, y se ríen de la situación.

–Si quieren irse, estoy dispuesto para trabajar.

–Muy bien. Éste es Jorge, nuestro colaborador que se encarga de la caja. Más tarde, él será sustituido. Vamos a almorzar, pero, pronto, estaremos de vuelta y más tarde vendrán otros voluntarios. En este horario habrá poca afluencia de personas en la feria y creo que el señor Jorge podrá atenderlos a todos.

–Pueden irse tranquilos.

–Si necesitasen de algo, basta que me telefonen. Jorge sabe el número de mi celular.

–Muy bien.

Doña Elsa y otras tres personas más se retiran para ir a almorzar y Agenor y Jorge se quedan encargados.

* * *

Son las catorce horas y quince minutos cuando Doña Elsa se aproxima a la plaza, junto a otras personas más que se quedarán en la feria durante toda la tarde y, cuando llegan a una esquina, de donde pueden ver la barraca, un señor que forma parte de aquella comitiva, exclama:

–Pero, ¿qué es lo que está sucediendo allá en la feria?

–¡Dios mío! ¡Cuánta gente! –exclama una de las mujeres–. Doña Elsa, apriete el paso –pide, puesto que Elsa y dos voluntarias más se encuentran más atrás.

–¿Y qué es lo que pasa, Matilde? –pregunta, aproximándose.

–¡Vea!

–Pero, ¿qué es aquello? ¡Vamos, deprisa! El hermano Agenor y Jorge deben estar en apuros.

Llegan casi corriendo en dirección a la barraca. Cuando se aproximan más, perciben que existe una fila de cerca de unas veinte personas aguardando su turno para efectuar el pago de los libros que cargan en la caja, y otras tantas más queriendo hablar personalmente con el hermano Agenor, que se estaba sentado en una silla mientras alguien, sentado en otra, al frente suyo le oye. Aquellos que aguardan su turno para hablar con el indigente andariego procuran mantenerse a una cierta distancia, a fin de no cohibir al consultante. Entran, ahora, en la barraca, con más calma, para observar lo que está sucediendo. Doña Elsa procura, entonces, ver los libros que las personas están comprando y casi no cree en lo que está viendo, pues la mayoría está adquiriendo varios ejemplares de “El Evangelio según el Espiritismo” y algún otro libro. Algunos llegaron a comprar más de diez ejemplares de ese Evangelio. Y muchos, elogiaban al andariego, incluso, algunos, lo comparaban con un santo. Entonces, se aproxima al hermano Agenor y oye parte del final de una de sus conversaciones:

–Mi hermano, formamos parte de un porcentaje muy pequeño de personas que, por el conocimiento que tenemos de la Doctrina Espírita, de la continuidad de la vida, de las leyes de justicia, de las opciones que Dios, nuestro creador, nos ofrece, de la oportunidad de reencontrarnos con los seres a quienes más amamos, después de la desencarnación, de la posibilidad del contacto mediúmnico con aquellos con quien tenemos más afinidad, por ello, somos más felices que aquellos que aún no tuvieron esa oportunidad de conocer la religión de los Espíritus. Por eso, mi hermano, debemos retribuir todo eso, divulgando esa Religión, propagando esos conocimientos. ¿Y qué podemos hacer? ¿Cómo comenzar? Es muy sencillo: cuando tenga la oportunidad, compre un ejemplar de “El Evangelio según el Espiritismo” y dáselo como regalo a alguien que sabe que está pasando por dificultades, alguien que está sufriendo, o, entonces, si no tuviese a nadie a quien regalárselo, simplemente “olvídelo” en algún lugar concurrido. Puede ser en un banco de la plaza, en un autobús, en una sala de espera de un consultorio médico o en la poltrona de un cine y deje que la Espiritualidad mayor haga el resto. Pues, con toda seguridad, ella sabrá encaminar a un infeliz hasta esa dádiva que son las enseñanzas de Jesús, bajo la óptica de la Doctrina Espírita. Son benditas herramientas que debemos esparcir para que puedan ser utilizadas por esos trabajadores de Jesús. Esa, también, es una manera de hacer el bien. En cuanto a su problema particular, no se olvide de lo que le dije: mucha fe y crea que la verdadera fe no es ver nuestros deseos satisfechos,

sino tener la seguridad de que suceda lo que nos suceda, eso es lo mejor que Dios, nuestro Padre, nos concede como una manera de que aprendamos y evolucionemos. Muchas veces, las lágrimas limpian de obstrucciones nuestros ojos eliminando partículas que oscurecen nuestra visión.

–Siempre, existirán problemas mayores que los nuestros, ¿no es así, hermano Agenor?

–Siempre existirán, pero que la visión de esos problemas de nuestro prójimo no sean vistos tan sólo para que nos conformemos con los nuestros, sino que los veamos como una bendita oportunidad de servir. Porque Dios siempre auxilia a sus hijos a través de las manos de otros hijos suyos.

–Dios le pague por sus palabras, hermano Agenor. No imagina usted como salgo de aquí con el corazón más reconfortado y con mucha esperanza en el porvenir.

–Que Dios nos bendiga, mi hermano. Que nos bendiga y nos auxilie siempre para aliviar los dolores y para que podamos ser aliviados también.

La persona se levanta y Doña Elsa puede ver ahora, que ella tiene los ojos llenos de lágrimas. Ahora es una mujer la que se sienta frente al hermano Agenor, mientras el hombre que había terminado de consultar al Hermano, toma varios Evangelios y se dirige a la fila de la caja. Doña Elsa, percibe entonces, que muchos al saber de la presencia de Agenor, en aquel horario, se dirigieron para allá a fin de consultarlo y comienza a preocuparse, pues

cada vez llegan más y más personas con esa finalidad. Las horas pasan y el hombre continúa atendiendo, sin que parezca estar cansado. Ya comienza a anochecer y llega Carlos el Presidente del Centro, y Doña Elsa le relata lo que está sucediendo desde la hora del almuerzo y que está preocupada porque la fila continúa aumentando. Carlos explica que vino hasta allí porque le telefonaron informándole del alto tenor de las palabras del indigente andariego y que muchas personas se estaban dirigiendo hacia allá para hacerle una consulta.

–Tenemos que hacer algo, Carlos. El hermano Agenor ya debe estar muy cansado y, si eso continúa así, ¿cómo será en los próximos días? La noticia se va a propagar y, por lo que veo, ya está sucediendo, porque la fila cada vez va en aumento.

–¿Y, usted qué opina, Eusebio? –pregunta Carlos a otro director de la Casa Espírita.

–También estoy preocupado, a pesar de que él no parece estar nada cansado. La sonrisa no le sale de los labios.

–Veo a muchos Espíritus a su lado –dice Doña Giomar, médium vidente–. Mientras uno, en especial, parece inspirar sus palabras, otros le dan energía con el propósito de revitalizarlo.

–Aun así, me preocupo –insiste doña Elsa.

Entonces, Carlos, solicita un pequeño intervalo y conversa con Agenor:

–Por favor, mi hermano, quisiera saber si está cansado, pues hace varias horas que está atendiendo.

–No me siento ni siquiera un poco cansado, señor Carlos.

–Pero debe tener hambre –dice Doña Elsa.

–Las ganas de comer pueden esperar –responde, humildemente.

–¿Usted me permite que yo organice mejor la atención a esta gente necesitada? Tenemos aún siete días más y podríamos establecer horarios, con citas anticipadas, por ejemplo...

–Usted puede organizar este trabajo como lo desee, señor Carlos. Pero, insisto en decir que no me canso con lo que hago, pues, los Espíritus me auxilian y me siento muy bien.

–Bueno, usted es quién sabe. De cualquier manera, pretendo limitar la atención diaria a sólo treinta personas y realizarla en aquella otra barraca al lado, levantada para el acto de la clausura donde, todos los años, organizamos una conferencia el domingo. Eso se podrá hacer de la siguiente forma: las preguntas serán hechas por escrito y seleccionadas, a fin de que no se repitan. Estoy seguro que así, casi todas las dudas serían respondidas, permitiendo que todos oyesen y aprendiesen sobre más asuntos que los particulares. ¿Qué me dice?

–Puede ser, señor Carlos.

Entonces, Carlos pide la atención de todos y explica

cómo serán organizadas las consultas al hermano Agenor, a partir del día siguiente. Improvisa algunos cartones numerados, y marcados con su firma para certificarlas y los entrega a los que se encuentran en la fila, partiendo del primero que sería atendido, informando que el hermano Agenor, de ahora en adelante, atenderá en el horario comprendido de las trece a las dieciséis horas. Y que esperaba que todos entendiesen esa medida como una manera de cuidar de aquel hombre, concluyendo así la consulta de aquel día. Los presentes aceptaron la idea y, uno a uno, se despiden del andariego.

–¿No le gustaría descansar un poco, ahora? –le pregunta Doña Elsa.

–Sí, que me gustaría, pues hasta este momento, mientras estaba atendiendo, no sentía ningún tipo de cansancio, pero, ahora, tengo mucho sueño. Y pretendo volver al albergue.

–Nosotros lo llevaremos hasta allá, hermano Agenor. A propósito, pedí a los voluntarios que preparan la comida que reservasen un poco de sopa para usted.

–Se lo agradezco mucho, Doña Elsa.

–Entonces, vamos para allá...

LAS ENSEÑANZAS DEL CAMINANTE

Al día siguiente, a las trece horas, el recinto de la feria se encontraba bastante concurrido, pues, además de las personas que poseían un número para ser atendidas en aquella tarde, muchas otras se encontraban allí, atraídas por la curiosidad, teniendo en cuenta que la noticia se había esparcido rápidamente. Muchas querían comprar un abridor de latas, pero Agenor informa que no posee más para la venta, evitando, así, una imagen de mercantilismo que no le gustaría que se formase. El día anterior había vendido casi todo lo que tenía porque no había encontrado una disculpa. En verdad, prefiere venderlos de puerta en puerta y a quien no le conozca. Generalmente, hace eso al llegar a una ciudad.

En ese momento, Carlos llama a las treinta personas que tienen cita y, distribuyendo papeles y bolígrafos, les pide que escriban una pregunta que resuma su problema

o la duda de cada uno. A continuación, explica, a todos los presentes, como se realizará el acto. Espera algunos minutos, recoge las indagaciones, las examina, retirando algunas preguntas que poseen el mismo tenor. Entonces las pasa, a Doña Elsa, que pidiendo silencio, lee la primera:

–¿Qué es necesario para tener fe y cómo esa fe podrá resolver un problema?

El hermano Agenor se levanta, reflexiona durante algunos segundos y responde:

–Bien, pienso que ya he hablado sobre eso ayer con una persona en particular. Ahora intentaré abordar esa cuestión para que todos tomen conocimiento de ella, pero, antes de nada debo decirles que, a partir de ahora, no seré yo quien habla, sino los Espíritus, a través de mi mediumnidad.

Diciendo eso, cierra los ojos, hace una sentida oración, en silencio, rogando la presencia y el auxilio de la espiritualidad. Algunos segundos pasan y, volviendo a mirar a los presentes, responde:

–Mis hermanos, la fe, la verdadera fe no es lo que todos piensan. La fe no significa tener la certeza de alcanzar aquello que deseamos, porque no siempre lo que deseamos es lo mejor para nosotros y solamente Dios, nuestro padre y creador, aquel que más nos ama, sabe lo que más necesitamos. Por eso, la fe, en verdad, es la certeza de que, cualquier cosa que nos suceda, eso es lo mejor que podría sernos concedido para nuestra evolución espiritual. Y pueden creer que recibimos mucho.

Ahora, lo importante es que sepamos que Dios nos concede gracias, siempre a través de acciones realizadas por hermanos que se cruzan en nuestro camino. Y, de la misma forma, espera que hagamos algo por todas las criaturas que creemos necesitadas, porque, ciertamente, ellas también rogaron auxilio al Padre. Precisamos, siempre, ver en el prójimo un probable espejo de nuestro pasado porque, si él necesita de nuestra ayuda, con certeza, un día, en el pasado, también debimos de haber atravesado por dificultades semejantes a las de él y que, con certeza, hemos sido ayudados por otra u otras personas. ¿No será que Dios espera que hagamos a otros el bien que un día, otros, nos hicieron? También, tenemos que ver en nuestro prójimo un espejo de nuestro futuro, porque, hoy, un semejante puede necesitarnos, pero, un día podremos estar enfrentando un problema similar al de él. Todos sabemos que tenemos que pasar por varias experiencias en la vida para poder aprender con ellas. También podemos hacer una simple experiencia, siempre que la oportunidad surja. Procuremos ver en el necesitado que toca a nuestra puerta o que nos extiende las manos en nuestro camino, la imagen de un ser querido. Imaginemos, por ejemplo, a uno de nuestros hijos pasando por aquella dificultad y veremos cómo nuestro corazón será tocado por la caridad, la gran llave para abrirnos las puertas de la felicidad. Actuemos con ellos como nos gustaría que otros actuaran con los nuestros.

En ese momento, Agenor retira de uno de los bolsos un abridor de latas y lo muestra en alto para que todos lo vean.

–La fe es como este abridor de latas, sólo que ella abre los corazones para la felicidad. Pero así como se tiene que practicar una acción para abrir las latas, también es así mismo para abrir el corazón. Y esa acción es la práctica de la caridad, la práctica de las buenas obras y buenos pensamientos que, por la justicia y bondad del Padre, que mucho espera de nosotros, nos remite a la felicidad.

En ese momento, algunas personas, disimuladamente, se enjugan algunas lágrimas que no quieren abandonar los ojos, porque, además de recibir el influjo de las palabras de Agenor, se encuentran amparadas por Espíritus que, presentes allí, las envuelven en vibraciones de mucho equilibrio y paz.

El hermano Agenor guarda silencio, cierra los ojos y Doña Elsa, entendiendo que él ya había respondido sobre el tema presentado, lee la próxima pregunta:

–Otra pregunta: *¿Cuál sería el secreto de la felicidad?*

Agenor abre los ojos y responde:

–Los Espíritus nos enseñan, evidentemente, con base en las enseñanzas del Maestro Jesús, que el secreto de la felicidad es muy sencillo. Dicen que la única y verdadera felicidad solamente será alcanzada a partir del momento en que pasemos a desear, a alegrarnos y a propiciar la felicidad del prójimo, porque si tan sólo nos regocijamos con las cosas buenas que nos suceden, eso es muy poco comparado con la alegría que sentimos cada vez que veamos o hubiésemos hecho a alguien feliz, por-

que la felicidad proveniente de aquello que nos ocurre es limitada, pero la felicidad que sentimos con la dicha del prójimo es una suma infinita, porque es infinito el número de hermanos, hijos de Dios. Y sólo para que podamos ejemplificar, vamos a utilizar dos palabras que, a pesar de ser sinónimas en el diccionario, las consideramos un poco diferentes, en la forma, para podernos entender mejor. Son las palabras felicidad y contentamiento. Y vamos a usar el ejemplo de los niños. Por ejemplo, cuando un niño recibe un dulce, se pone muy contento. Pero, se trata de una dicha pasajera, pues ella se acaba tan pronto como el dulce se termina. También, podemos usar, como ejemplo, un juguete regalado. Vemos que el niño se pone muy contento en el momento en que lo recibe y juega con él hasta que se cansa, o sea, y con el tiempo, ya no se interesa más por él, y evidentemente, desea otro. No sucede lo mismo con la felicidad de ese niño, proveniente, por ejemplo, del cariño, de la atención y de la dedicación de los padres. Esa felicidad puede perdurar para siempre. Ahora, profundicemos un poco más en nuestro razonamiento. El dulce o el juguete se pueden comprar; la felicidad no. O sea, podemos comprar una alegría momentánea, pero no se puede comprar la felicidad, el contentamiento es pasajero, mientras que la felicidad puede ser perenne. La vida no está en contra del hecho de que el hombre compre objetos de su agrado, pero, sí, en contra de su exageración, equivocado como se encuentra, confundiendo felicidad con contentamiento. Y, muchas veces, el Espíritu pasa toda una encarnación adquiriendo alegrías efímeras y siempre

buscando más, al punto que no tiene ni tiempo para ser feliz. Eso cuando no los usa para mantener contenta a su familia, sin darse cuenta que lo que ellos realmente necesitan es felicidad. Sin hablar de aquellos otros que no pueden comprarlos y, sin saber que es la felicidad lo que se tiene que conquistar, sufren y hacen sufrir a los suyos. Entonces mis hermanos, el secreto de la felicidad, aquel que realmente nos fue revelado por Jesús, solamente se alcanzará amando al prójimo, sintiendo alegría con la alegría del hermano. Resumiendo, la felicidad se adquiere sirviendo.

–Ahora –toma la palabra Doña Elsa–, por el tenor de la pregunta y de la respuesta anterior, voy a leer esta pensando que, debe tener vinculación con ella. La pregunta es: *¿El dinero es un mal?*

–El hermano Agenor, inspirado por los Espíritus, responde enseguida:

–El dinero no es un mal. Somos nosotros los que hacemos mal uso de él, cuando lo usamos para adquirir lo superfluo, que nada tiene que ver con lo que realmente necesitamos. Muchas personas ven el dinero como algo que deba ser idolatrado, y lo colocan en un verdadero pedestal, utilizándolo como una forma de sobresalir, de querer ser objeto de admiración para las demás personas. Y eso es muy ruin porque es extremadamente contrario a las lecciones de Jesús en cuanto a la felicidad. Porque quien desea ser admirado, desea que su prójimo sea inferior a él y eso es contradictorio de la enseñanza del amor al semejante. No es que no se deba trabajar,

ahorrar, mantenerse presentable, todo eso está bien, pero nunca caer en exageraciones. Se puede usar el dinero con la intención de tener un poco más de comodidades, de ofrecerle estudio a los hijos, poseer un automóvil, pero, nunca con el propósito de causar envidia en otros. Y tenemos la obligación moral de donar una parte de lo que tenemos para que otros puedan tener lo imprescindible. Debemos recordar siempre que ayudar al prójimo nos torna ricos espiritualmente. Es posible que al no ayudar, podamos adquirir una cierta riqueza material. Pero, ¿cuál es la mayor riqueza? ¿La de la materia o la del Espíritu? Y, si queremos ser realmente felices, debemos hacer todo lo posible para desapegarnos de todo lo que nos hace dependientes.

Podemos poseer, pero no podemos ser poseídos por lo que tenemos. En verdad, no dependemos de casi nada para ser realmente felices y, es evidente, que cuanto menos dependamos de las cosas materiales o de las sensaciones inferiores, más felices seremos. Resumiendo: el dinero no es malo, así como un vehículo no pasa de ser un medio que puede ser utilizado para trasladar personas para el trabajo o ser un arma en las manos de un conductor mal intencionado. Y si es bien empleado, el dinero se puede transformar en una gran herramienta de auxilio porque podrá traer un poco de paz a corazones angustiados por su falta. Imaginen a una madre con su hijo enfermo y sin recursos para comprarle el medicamento necesario, o a un padre de familia desempleado que ve a los suyos pasar por el sufrimiento del hambre, en fin, el dinero puede ser que no traiga la verdade-

ra felicidad, pero su carencia puede traer mucho sufrimiento. ¿Y acaso ese sufrimiento no podría ser atenuado por aquellos que poseen algo más que lo necesario? El Espíritu encarnado debe tener mucho cuidado con la responsabilidad que detenta en base a la moneda que le sobra y que le es perfectamente dispensable.

–Ahora, una pregunta ecológica: *¿Qué piensa usted con respecto a la polución que asola al planeta?*

–En cuanto a la solución de la polución del planeta, debemos todos seguir las orientaciones de los técnicos y científicos en cuanto al respeto a la Madre Naturaleza y al buen uso del progreso, y en especial del destino de la basura, de lo que es recuperable, etc. Pero lo más importante para que podamos tener la conciencia de solucionar y colaborar por la limpieza y por el cuidado del planeta es preocuparnos, también, cuanto antes, con la limpieza y con cuidado de nuestro Espíritu, de nuestra alma o de nuestra mente, como quieran clasificarlas. Sí, necesitamos prestar mucha atención a eso para poder preservar nuestra mente. Necesitamos hacer una profunda limpieza en nuestro mundo íntimo para evitar que seamos contaminados de suciedad y de polución de la ambición, del odio, de la vanidad, de la envidia, del egoísmo, del juicio inapropiado a los semejantes, de las ilusiones, de los deseos de riqueza, fama, etc. Y, también, vigilar las emanaciones maculadas, de nuestra manera de hablar usando palabras de odio, de negatividad, de intrigas y de intolerancia. Recordando siempre que así como la Naturaleza, la vida nos devuelve la polución

que vaciamos sobre nuestros semejantes. Buenos pensamientos nos traerán felicidad y salud. Malos pensamientos nos traerán vida miserable.

En ese momento, Doña Elsa no consigue hacer la siguiente pregunta pues alguien hace otra en voz alta, continuando con el asunto:

–¿Y el miedo, hermano Agenor? ¿También es un tipo de polución?

–El miedo, mi hermano –aclara–, a veces, es un sentimiento de preocupación con lo que puede o no sucedernos. Puede ser benéfico si sólo lo utilizamos como precaución. Un ejemplo de miedo sano es aquel que nos impide entrar en una jaula con un tigre, pues, lo más probable, es que seríamos heridos y quizás devorados. Muchas veces en nuestra vida podemos resolver los problemas, en vez de sufrir por anticipado con los supuestos males que acarrear. ¿Para qué tener miedo? Todo puede ser resuelto, pues la vida continúa y es eterna. Pero, para eso, no podemos prendernos a las cosas terrenales, para luego llegar a sentir miedo. La mayoría de las veces, la solución de nuestros problemas es bastante sencilla y nosotros la complicamos, hasta tal punto, que acabamos por no resolverlos. Y como ya dije, sufrimos por anticipado, a causa del miedo de que se avecinen esos problemas. Simplifiquemos las cosas. Por ejemplo, si estuviésemos hambrientos, ¿por qué no comer un simple bocadillo en vez de quedarnos esperando que un suntuoso plato nos sea ofrecido? Si nos encontramos desempleados, ¿por qué, no aceptar un trabajo, aunque

esté poco remunerado?, y por el mismo motivo, ¿por qué no procuramos controlar gastos superfluos, disminuyendo nuestro apegos, como por ejemplo, cambiar nuestro automóvil del año por un modelo más antiguo y por ende más barato? ¿Por qué no podemos utilizar una bicicleta si eso fuese una solución? En vez de eso, muchas veces se busca afanosamente empleo igual o mejor de aquel que se poseía. Existen personas ricas o de clase media, felices, pero existen pobres que también son felices, y muchas veces más que muchos ricos y de clase media, porque la felicidad no depende de lo que se tiene, sino de lo que se es. Y debemos asimilar esa idea, esa posición ante la vida, en nuestra familia, en la esposa, en los hijos, en los amigos y en todos los que se crucen en nuestro camino.

En ese instante, uno de los presentes hizo una pregunta, en verdad, un asunto desencadena otro y Doña Elsa no consigue seguir las reglas acordadas con anterioridad. Agenor no se incomoda ni tampoco los presentes, que parecen estar contentos con la forma como todo está aconteciendo.

—¿Debemos llevar nuestra vida sin preocuparnos por nada?

—Sí debemos preocuparnos, hermano mío. Debemos preocuparnos en hacer el bien, porque los Espíritus nos enseñan que no sólo seremos juzgados por el mal que hayamos cometido, sino también por el bien que hayamos dejado de hacer y, principalmente, por todos los efectos negativos que son consecuencia de ese bien que no

hicimos, habiendo tenido la oportunidad para ello. Y sigamos con los ejemplos de los niños.

Diciendo eso, Agenor abre una página de *El Evangelio según el Espiritismo* y continúa:

Jesús dijo: *Dejad venir a mí a los niños, y no se lo impedáis, porque el Reino de los Cielos es para aquellos que se les asemejan.* Presten bastante atención a estas palabras: *que se les asemejan.* ¿Qué significa esto? ¿Qué fue lo que Jesús nos quiso decir? Él nos dijo que debemos tener el desprendimiento y la sencillez del niño, que no juzga a sus semejantes y que comparte sus juguetes con otro. El niño no se aferra mucho a lo que acaba de acontecerle; él perdona todo y a todos. Puede llorar al ser contrariado, pero, enseguida, está sonriendo y no se acuerda más de qué o de quién lo contrarió. Vivamos más en el presente, porque olvidando el pasado, no tendremos nada que perdonar, además, Dios ya nos dio el ejemplo de que el pasado no debe ser recordado, sino veamos, el olvido de nuestras encarnaciones anteriores. En fin, emulemos la sencillez del niño que no le da importancia a las apariencias, sino a la realidad de los acontecimientos, sabiendo cómo vivir en armonía con los demás, en el desprendimiento de compartir y en la humildad de recibir lo que le es ofrecido.

—¿Realmente, *el mal atrae el mal*, como se dice? — pregunta otra señora, aprovechando una pausa en la charla del caminante.

—Lo que ocurre, señora, es que la encarnación es como una escuela, digámoslo así, como una profesora.

Si no encaramos nuestros problemas, nuestras pruebas, con fe y esperanza, entendiendo y procurando resolver todo de la mejor manera posible y nos limitamos a quedar lamentándonos, esa profesora entenderá que no aprendemos lo que deberíamos aprender y nos ofrecerá otros ejercicios de refuerzo de los aprendizajes. Es por eso que sinsabores pueden atraer sinsabores cuando simplemente cruzamos los brazos y no hacemos nada. La vida quiere que aprendamos y, ante nuestras lamentaciones, nos da más lecciones para ejercitarnos.

–Entonces, Carlos, ¿le está gustando?

–Mucho, Elsa. El hermano Agenor habla con tanta facilidad y nos da ejemplos tan sencillos sobre la vida, que estoy impresionado. ¿Cómo puede un indigente hablar sobre todo eso?

–No sabemos casi nada sobre él, debe haber estudiado y leído muchos libros antes de entrar en esa vida de caminante sin destino cierto.

En ese momento, una señora, médium vidente, al oír la conversación de Elsa con Carlos, se pronuncia:

–Ese hombre es un gran conocedor de la Doctrina, realmente, y un médium.

–¿Qué es lo que usted está viendo, Leontina?

–Él está rodeado por varios Espíritus iluminados que lo auxilian, principalmente por uno de ellos, en especial.

–¿Y cómo es él?

–Se trata de un negro de cabellos blancos, bigote y barba y, por la ropa y por lo que refleja su apariencia, tengo la certeza de que haya sido un esclavo en otra encarnación.

–¿Un negro viejo, Leontina?

–Eso mismo: un negro viejo de mucha luz.

En ese momento, otra persona le pregunta:

–*¿Qué nos puede decir de los vicios?*, hermano Agenor.

–Bien, todos ya saben que el peor de ellos es el egoísmo, porque el egoísmo nos impide que hagamos el bien al prójimo, pero existe otro, fruto del egoísmo, y que nos trae muchos maleficios, que es la envidia. ¿Y, cómo combatirla? Es muy sencillo. Basta que procuremos ser felices con lo que tenemos y con lo que somos. Podemos mejorar nuestra vida y nuestro yo, Espíritu, pero nunca envidiar lo que posee nuestro prójimo o lo que él es, porque corremos el riesgo de adquirir ese vicio y nunca conseguir ser felices por más que tengamos o seamos. Y, como ya dije anteriormente, nunca debemos provocar la envidia en el semejante, porque es un mal tan grande para aquel que la posee como para quien la provoca. Y éste último adquiere con ello, un gran débito ante la vida, porque ¡ay de aquél que cause un mal al prójimo! Por ese motivo, debemos, ser sencillos y humildes, sin ostentación.

–Hermano Agenor, comencé hace poco tiempo a estudiar la doctrina y aún soy bastante novato en algunos

asuntos. Por ese motivo, perdóneme si le hago una pregunta, tal vez, inapropiada.

–Pregunte mi hermano:

–*¿Debemos apartarnos de las personas que sufren porque erraron en el pasado?*

–No, porque no debemos juzgar a las personas por los problemas que puedan presentar, tales como la pobreza, los defectos físicos o morales, pensando que si ella es así es porque algo malo debe haber hecho en el pasado, en vidas anteriores y que fue Dios quien la puso en esa situación. Realmente, la vida la puso en esa situación, principalmente por lo que hizo en el pasado, pero Dios permite que eso ocurra en ella por dos motivos: el primero es para que aprenda con esas pruebas y experiencias, y el segundo, es para que las personas que se crucen en su camino también puedan aprender, auxiliándola. Si tenemos débitos, y no existe nadie en este planeta que no los tenga, y queremos aprender a ser buenos, aprovechando la oportunidad de una nueva encarnación, tenemos que aproximarnos a los infelices.

–Hermano Agenor, no soy espírita. Sólo estaba pasando por aquí y comencé a escucharle y me agrada su plática. Deseo hacerle una pregunta. En verdad son tres, relacionadas unas con las otras. ¿Puedo hacerlas?

–Puede y debe, hermano.

–*¿Y las religiones? ¿Qué decir de aquellos que las representan? Y, por último, ¿sólo los espíritas están en lo cierto?*

–Muy buena su pregunta. En primer lugar, debo decirle que Jesús no creó ni fundó ninguna de las religiones que el hombre profesa hoy. Las religiones son la manera que el hombre creó para explicar la vida y, principalmente, cómo debemos encararla y cuál es su destino después de la muerte. El Espiritismo tiene su manera de encarar todo eso y creemos en todo lo bueno que los Espíritus Superiores nos enseñaron y continúan enseñándonos a través de sus comunicaciones, además, una de las certidumbres del espírita, que es la de la posibilidad de comunicación entre los dos lados de la vida, o sea, este más material con el espiritual. También estamos seguros de la existencia de las leyes de causa y efecto y de la reencarnación, porque son un medio de hacer justicia y, principalmente, de propiciar un aprendizaje a los Espíritus. En cuanto a los representantes de Dios en la Tierra, creo que no debemos considerarnos así, pues ¿quiénes somos nosotros, en este planeta inferior, de pruebas y expiaciones? No podemos colocarnos como representantes de Dios para juzgar y condenar a nadie, porque el mismo Dios, de quien, muchas veces el hombre se autoproclama su representante, perdona siempre y da nuevas oportunidades a los pecadores. En verdad, Dios quiere que sólo lo representemos para ayudar a sus hijos que se desviaron del camino correcto y también a los que sufren, especialmente a los pobres. Y, muchas veces, sólo somos capaces de olvidar un perjuicio impuesto por un semejante, cuando, en verdad, deberíamos también, además de olvidar ese mal, perdonarlo como un hermano que es, y principalmente, ayudarlo para que no siga

cometiendo errores. Y, todos nosotros, religiosos como somos, no deberíamos estar criticándonos unos a otros. Lo que sí deberíamos, es unir nuestras fuerzas, para cumplir con las enseñanzas de Jesús, o sea realizando buenas obras en beneficio del prójimo. En cuanto al Espiritismo, debo decirle que no podemos pensar que nuestra Doctrina ya posee todas las verdades porque tenemos muchas cosas que aprender aún, pues nos encontramos en un planeta muy inferior. Pienso que el Espiritismo no será la religión del futuro, sino el futuro de la Religión.

–Tampoco soy espírita –dice una señora–, pero me agradaría preguntarle: *¿Dónde encontrar a Jesús? ¿En los templos? ¿En las casas espíritas?*

–Voy a contarle una historia verídica, narrada por un negro esclavo, más concretamente, por un negro anciano.

–Debe de haber sido influenciada por aquel Espíritu que veo al lado del hermano Agenor, Doña Elsa –dice Leontina.

–Ese Espíritu nos contó que, cuando era esclavo, trabajó en la construcción de una capilla en la hacienda y que el patrón, una y otra vez, traía a un sacerdote para officiar una misa y que ellos asistían desde fuera. Pasado algún tiempo, trajeron otro sacerdote, joven aún, que había asumido la parroquia de una ciudad próxima y que era la primera vez que venía a rezar allí. Pero, en aquel momento, próximo al horario de la misa, dos negreros estaban castigando a un esclavo en el tronco. Cuando vieron que el sacerdote se acercaba, rápidamente

desamarraron al esclavo y con la prisa, lo dejaron tendido allí en el suelo, y el clérigo vio al pobre desgraciado. Ese padre entró en la capilla, donde todos estaban reunidos, pero cuando fue a comenzar la misa, invitó a todos para que salieran de la pequeña iglesia y los llevó hasta el tronco, diciendo que iría a decir la misa donde Jesús estaba, porque el Cristo estaba siempre donde había sufrimiento, y pidió a los presentes que observasen bien la posición en la que el negro se encontraba. Todos volvieron la mirada hacia el esclavo tendido en el suelo, y entonces el sacerdote les preguntó si no les parecía que el pobre hombre estaba recostado sobre los brazos de Jesús. Y completó que, para algunos, encontrar a Jesús era difícil, pero que, para otros, era muy fácil. Y que para encontrarlo, bastaría que buscásemos a los más necesitados y allí lo veríamos, ciertamente, esperándonos para ayudarlo en el socorro a esos infelices. Y repito: nada de lo que Jesús nos enseñó es imposible y difícil de seguir, tanto que todas sus enseñanzas poseen el único objetivo de encaminarnos a la verdadera felicidad.

—Hermano Agenor, *¿usted es feliz en la soledad en la que vive?*

El hombre piensa por algunos segundos y responde:

—A pesar de las apariencias, no soy totalmente un caminante solitario, porque he encontrado y hecho muchos amigos. Realmente, no es como tener una familia. Me gustaría tener una, pero la vida me llevó a andar por estos caminos. Ahora, una cosa les propongo a todos ustedes, como un ejercicio muy saludable.

Procuren, por algunos minutos, caminar o permanecer un poco solos consigo mismos, a fin de pensar y volver a pensar sobre sus actos, sobre la vida que llevan, cómo están actuando y si son felices o si están sofocando la felicidad, a cambio de quimeras que la vida les pueda proporcionar. La reflexión y el análisis sencillo y sincero, será muy importante para la vida de todos nosotros.

Y, así Agenor continúa respondiendo a más preguntas antes de regresar al albergue para descansar.

LA CONVERSACIÓN CON AILTON

Son las nueve horas, cuando Agenor camina por las calles de la ciudad. Quería llegar a la feria antes de la hora acordada, con la intención de ver si le necesitaban y para leer un poco, aprovechando la generosidad de los organizadores que se lo permitían.

Y cuando pasaba frente a una bella casa, con apariencia de que denotaba ser habitada por personas adineradas, oye una voz:

–¡Señor! ¡Señor!

Alguien lo llamaba y Agenor percibe que la llamada viene de dentro de aquella residencia. Mira a través de las rejas y ve que un hombre, joven aún, de cerca de treinta y pocos años era quien lo solicitaba y venía en su dirección.

–¿Qué desea?, –responde.

–Usted es el hermano Agenor, ¿no es así?

–Sí. ¿Usted me conoce?

–Le conozco y me gustaría hacerle una invitación.

–¿Una invitación?

–Eso mismo. Me agradecería mucho que desayunase conmigo.

–¿Usted quiere que yo desayune con usted?

–Eso fue lo que le dije –responde el hombre, abriendo un portón y extendiendo la mano para saludarlo.

Agenor le ofrece la suya, sorprendido.

–¿Y, entonces? ¿Acepta mi invitación?

–Bueno... no sé...

–Por favor.

–¿Aquí, en su casa?

–¿Y por qué no? ¡Venga! ¡Entre!

Agenor acompaña al hombre, entra por una puerta de madera maciza y con primorosos entalles y le sigue a través de la extensa sala de estar hasta otra puerta, mayor que la primera, de vidrio, que los lleva a una terraza muy bonita, de donde se divisa un jardín y una piscina de agua muy azul y limpia. En esa terraza, el hombre le invita a sentarse en una silla y se sienta en otra frente a él. Entre ellos una mesa redonda, donde la empleada comienza a colocar café, leche, panes y diversos tipos de dulces.

–Mi nombre es Ailton. Pero, por favor, sírvase.

–Me gustaría que usted se sirviese de primero.

–Muy bien, pero siéntase a gusto y coma lo que le apetezca.

–Me agradaría tomar café y un pan con mantequilla –responde Agenor, sirviéndose, un poco cohibido e inicia una conversación–. Usted me llamó por mi nombre y dice conocerme.

–No voy a decirle que le conozco, pero sé su nombre y le oí hablar ayer por la tarde en aquella barraca, allá en la plaza.

–¿El señor es espírita?

–Me gustaría que me llamase por el nombre y también que me permitiese llamarlo por el suyo, sin el “señor” que nos distancia.

–Por mí no hay ningún problema.

–No soy espírita, pero me gustó mucho oírlo hablar. En verdad comencé un período de vacaciones ayer y, hoy mismo, debo seguir para el litoral donde mi esposa y mi hijo de cinco años me esperan. Y ayer pasé por aquella barraca y, como no tenía otra cosa que hacer, me quedé para oírlo. Ya hace tiempo que no tomo unos días de vacaciones y desde temprano caminaba por la ciudad. En verdad, tengo esta casa sólo para pasar algún fin de semana lejos de la polución de la capital, donde trabajo. Soy muy rico, Agenor. Heredé los negocios de mi padre y, prácticamente, tripliqué las ganancias. Poseo una opera-

dora de inversiones e invierto a través de préstamos. Gano mucho dinero. Y oyéndolo hablar, sentí grandes deseos de conversar con usted y, por casualidad, ahora le veo pasar frente a mi casa. No pude resistir la tentación de invitarlo y estamos aquí.

–¿Y sobre qué le gustaría conversar?

–Sabe, Agenor, hallé muy bonito todo lo que dijo y tengo la absoluta certeza de que usted es exactamente como habla y aconseja a las personas a ser, pero me gustaría decirle algo, y, por favor no se ofenda.

–Puede hablar, Ailton.

–Yo creo que usted predica todo aquello y sigue lo que predica, porque es un indigente andariego, un hombre que no posee nada y sin responsabilidades, como, por ejemplo, las que yo tengo. Por favor, comprenda que no lo invité a desayunar conmigo para ofenderlo. Nada más lejos de mí intención, pero fue exactamente eso lo que pensé cuando le oí, y, ahora, vuelvo a decir, por esta feliz coincidencia de usted estar pasando frente a mi casa, resolví decirle lo que pienso. ¿Usted me entiende?

–Entiendo perfectamente cómo piensa, pero debo decirle que si usted sigue todo lo que yo dije, tengo la más absoluta certeza, de que será mucho más feliz de lo que ya es.

–Mi duda, Agenor, es que usted predica la sencillez, la humildad, el desprendimiento de las cosas materiales, etc., etc., pero por lo que me imagino, si todas las personas fuesen a seguir sus consejos, nadie trabajaría, nadie

produciría, y todos andarían vagando como usted por el mundo. Y sólo puedo imaginar a personas muriendo de hambre, si no hubiese personas que produzcan, que promuevan el progreso. Si todos fuesen como usted, sería el caos en el planeta. Una vez más, sepa que no estoy tratando de ofenderlo. De cualquier forma, me gustaría escucharlo y que me explicase todo eso y que se sintiese a gusto para refutar todo lo que le dije.

Agenor sonrío tranquilamente e inicia la explicación solicitada.

–Ailton, usted simplemente confundió mis palabras. En ningún momento, yo dije, que las personas deberían ser como yo, llevar la vida que llevo, pues sólo soy como soy por fuerza de las circunstancias. Lo que hablo y aconsejo es que las personas trabajen por el progreso, que progresen ellas, pero que no se apeguen en demasía a las cosas materiales, porque eso las hará sufrir.

–Pero, ¿cómo Agenor? Vea mi caso. Para que mis negocios tengan éxito, necesito presentarme bien, con ropas costosas, tengo que llegar a reuniones con clientes en un automóvil de lujo, tengo que llevarlos a almorzar a los mejores restaurantes porque todo eso forma parte de una estrategia de mercado que atrae la confianza del cliente. Imagine usted, si yo fuese a hacer un negocio vestido con ropas sencillas, con un automóvil usado y cayéndose a pedazos e invitase a mis clientes a comer un sándwich de mortadela. Lo más seguro es que no depositarían su confianza en mí. Las personas prefieren hacer negocios con personas exitosas económicamente.

Agenor sonríe ante las justificaciones del hombre.

–Usted tiene toda la razón, Ailton. Eso forma parte de su trabajo, así como un médico tiene que vestirse de blanco, un bombero con su atuendo y los jugadores de fútbol con sus uniformes. Nada dije contra eso. Pero, digo y repito, que la criatura humana puede poseer lo que quiera, siempre que no se esclavice a lo que posee. Y no sólo hablo de los que poseen mucha riqueza. Existen personas que se dejan esclavizar por otras personas o que esclavizan a otras personas a través de sentimientos de posesión, sin entender que nadie es de nadie.

–Me gustaría que se explicase mejor.

–No condeno a nadie por querer tener más comodidades, una hermosa casa, un bello automóvil nuevo; sólo aconsejo que no se sometan a todo eso, porque si no, perderá mucho tiempo de su vida detrás de metales, plásticos, tejidos, vidrios y otras muchas cosas. Y pregunto:  para qué deberían existir todas esas cosas? Sólo para servir al hombre y no para esclavizarlo.

Agenor hace una pequeña pausa y pregunta:

– Usted cree en Dios, Ailton?

–No estoy muy vinculado a ninguna religión y, con toda la sinceridad, pienso que aún no llegó a la edad de preocuparme por eso, y tampoco me gusta pensar en ello, porque cuando pensamos en Dios, inevitablemente nos viene a la mente la idea de la muerte.

–Pues debería venirle a la mente la idea de la vida,

porque Dios es la vida y la muerte no existe. Sólo el cuerpo fenece, ¿o usted cree que todo termina con la muerte?

–Creo que no, pero no quiero preocuparme ahora por ese tema. Pienso que esos son asuntos de los cuales se deben preocupar los ancianos.

–¿Cree usted que sólo los ancianos abandonan el cuerpo físico?

–No. Evidentemente, los jóvenes también mueren, pero la probabilidad es menor. Y quiero vivir hasta los cien años, si fuese posible.

–¿Y si eso no ocurriese? Y, además, cien años pasan deprisa, si los comparamos con la eternidad de la vida.

–¿Qué quiere usted decir?

–¿Cómo afrontaría usted la idea de tener que dejar todo lo que posee y pasar al otro lado de la vida con las manos vacías?

–No quiero ni pensar en eso.

–Ailton, tengo la certeza de que no le va a suceder eso; usted es un hombre joven y fuerte y se nota que está rebotante de salud. Pero, ¿y si ocurriera? ¿No sufriría mucho abandonando sus posesiones aquí en el plano de la materia?

–Si sufriría, Agenor. Estoy seguro de eso.

–Es a eso a lo que me refiero. Procuero alertar a las personas para evitar esa sumisión. Para que no se atenen, no se esclavicen.

–Pero, ¿cómo conseguirlo, Agenor? ¿Acaso, no poseyendo nada?

–No, Ailton. No poseer no traería ninguna lección, porque la mayor lección, el mayor mérito es tener y conseguir ser humilde, bueno, generoso, comprensivo, sin opulencia, sin deseos de causar envidia a los otros.

El hombre permanece pensativo por algunos instantes hasta tomar la palabra de nuevo.

–Ya entiendo Agenor, y de alguna manera, usted no deja de tener razón.

–Sabe, mi amigo, voy a resumirle todo: no es malo poseer las cosas, no hay mal alguno en tener, pero es necesario, antes de todo, ser, para conquistar la felicidad. Y ser es un verbo de doble sentido, porque él puede estar siempre apuntando hacia cualquiera de las condiciones antagónicas de la naturaleza, sea ésta material, fenoménica o humana. Aquello puede ser claro u oscuro, en un momento del tiempo puede ser de día o de noche, puede hacer frío o calor y la criatura humana puede ser buena o mala y, consecuentemente, feliz o infeliz. Y lo que predico a las personas es que, siguiendo las enseñanzas de Jesús, podrán ser buenas y felices, independientemente de los bienes que posean, desde que hagan buen provecho de los bienes materiales en el sentido de emplearlos, de la mejor manera posible, para la felicidad del prójimo y no sólo de ellas mismas. Y de ahí se derivan dos actitudes ante la vida: la del desprendimiento y la del amor al semejante.

Ailton mira de soslayo a Agenor con la fisonomía grave de quien lo entendió todo y comienza a preocuparse.

–Véase a usted mismo, Ailton. Dice que ya hace mucho tiempo que no tiene vacaciones. El trabajo es ennoblecedor, pero ni siquiera a él tenemos que esclavizarnos con el afán de ganar cada vez más, porque el tiempo es implacable y, cuando menos lo esperamos, somos llamados de regreso, y, ¿qué aprendimos de provechoso en nuestra estancia aquí? ¿Cuánto amor distribuimos? Usted habló de que si todas las personas siguiesen mi modo de vida, sin hacer nada, que el mundo se volvería un caos. Y usted tiene toda la razón. Sí señor, toda la razón. La más profunda razón. Pero el mundo, ¿no sería también un caos si no permitiésemos que otros también tuviesen la oportunidad de trabajar a causa de nuestro comportamiento egoísta al querer conquistar la mayor cantidad de trabajo para poder ganar y poseer cada vez más? ¿Por qué desear tanto si podemos ser más felices con un poco menos? Porque si no tuviésemos tiempo para ser felices... ¿Y de qué sirve tener tanto, si estuviésemos rodeados de infelices, porque poco consiguen en la vida, a veces ni comida, ni medicinas para sus hijos? He visto muchas cosas, Ailton. Y nadie posee más, simplemente porque Dios lo escogió para ser más feliz que los otros, sino Dios sería injusto, por el mismo motivo que nadie tiene tan poco para ser más infeliz. Es por eso que le dije que lo más importante no es tener, sino ser. Lo que Dios desea es que aprendamos a lidiar con los dos lados de la moneda y es por eso que

las encarnaciones sucesivas son la única manera de que se entienda la justicia y la bondad del Padre.

Ailton permanece pensativo, por un instante.

–Me gustó mucho conversar con usted, Agenor –afirma Ailton, más consciente ahora de las explicaciones recibidas–. Voy a procurar conocer un poco más sobre esa Doctrina de los Espíritus. Hoy mismo, antes de viajar, pasaré por la Feria del Libro y pediré a alguien que me indique alguna obra. Si usted estuviese allá me encantaría que me indicase una.

–Será un placer.

–Perdóneme, Agenor, por la manera en que le expuse lo que pensaba. En verdad, pienso que quería, incluso, provocarlo un poco para que me convenciese de algo que no sabía bien lo que era.

–Comprendo.

–De cualquier manera, me agradó mucho su compañía. Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Creo que esa historia de energía positiva debe ser real, porque siento que he sido arropado por la suya.

* * *

Más tarde...

–Qué bueno que lo encontré aquí, Agenor –dice Ailton, llegando a la Feria, alrededor del medio día–. Así, podrá indicarme algunos libros.

–¡Qué bueno!

–Bien, tenemos libros de estudio y novelas que también enseñan mucho. Para comenzar, me gustaría que leyese aquel que considero el más importante, que es *El Evangelio según el Espiritismo*. Después, si quiere conocer más a fondo, le indicaría las otras obras de Allan Kardec y las novelas del Espíritu André Luiz, psicografiadas por Chico Xavier, que vienen a complementar las primeras.

–¿Dígame una cosa, Agenor: el Espiritismo es muy antiguo?

En ese momento, algunas personas, presentes en el local, se aproximan más a los dos, para oír las explicaciones del caminante.

–En verdad, Ailton, la esencia del Espiritismo se pierde en el tiempo. Para que usted tenga una idea, y podrá leer sobre eso en las páginas del libro que le indiqué, Sócrates, filósofo griego, cuatrocientos años antes del Cristo, seguido por su discípulo Platón, ya presentían la idea cristiana y los principios del Espiritismo.

–¿Sócrates y Platón?

–Sí. Varias de sus enseñanzas fueron muy coherentes con las verdades proclamadas por el Espiritismo. Sus enunciados ya decían que el hombre es un alma encarnada y que se perjudica cuando se ata a las cosas materiales y que a medida que se desliga de ellas, se dirige hacia lo que es más puro, volviéndose hacia su propia esencia; que el alma, cuando se encuentra libre de su

cuerpo, carga los rasgos de sus carácter, de sus afectos y las marcas de su vida y que la mayor desgracia para el hombre es ir hacia el otro mundo con el alma cargada de crímenes. Hablaban sobre la injusticia, diciendo que es mejor recibir una injusticia que cometerla, que nunca debemos retribuir un error con otro error, ni hacer mal a nadie, sea por el pretexto que fuese. Comparaban las buenas acciones con las ofrendas o con las bellas oraciones, diciendo que a los ojos de Dios más valen las primeras. Y que, liberada del cuerpo, el alma, después de juzgada, sería conducida de nuevo a esta vida material como aprendizaje para ella.

–¿Y en cuánto a Allan Kardec?

–¿Usted quiere saber un poco sobre él?

–Si usted tuviese tiempo, me gustaría que me hablase sobre él.

–En verdad, los fenómenos mediúmnicos o la influencia del mundo espiritual en nuestro planeta existen desde la más remota antigüedad y ya eran notados por los más antiguos religiosos, pero, en el siglo XIX, fue cuando esos fenómenos comenzaron a ser más constatados por el pueblo. Ruidos, golpes y estruendos inexplicables, movimientos de objetos, en poco tiempo fueron considerados fruto de alguna fuerza desconocida, pero inteligente. Y, en el período de 1853 a 1855, esos fenómenos acabaron tornándose en un tipo de pasatiempo en reuniones de salón, cuando pasaron a usar lo que llamaban “mesas giratorias”.

–¿Mesas giratorias?

–Sí. La “mesa giratoria” era una pequeña mesa con tapa redonda, con una columna al centro y que se apoyaba en el suelo por medio de tres pies.

–¿Y para qué servía?

–Las personas se sentaban alrededor de esa pequeña mesa, colocando las palmas de las manos sobre ella. Y entonces, la mesa adquiría lo que se acostumbra a llamar una vida facticia, moviéndose en todos los sentidos y, muchas veces hasta, elevándose en el aire como si estuviese fluctuando. Y las personas descubrieron que si le hacían preguntas a esa mesa, ésta les respondía por medio de golpes con el pie.

–¿Y cómo dice que respondía?

–La mesa golpeaba con el pie a pequeños intervalos y las personas hacían corresponder el número de golpes con una letra del alfabeto. Por ejemplo: un golpe representaba la letra “A”, dos golpes, la letra “B”, y así de esa manera, uniendo las letras, formaban palabras y frases. En fin, conversaban con la mesa. Le hacían preguntas y ésta les respondía. Es evidente que, para entonces, las preguntas eran frívolas y, por consiguiente, las respuestas también lo eran. Fue entonces, cuando surgió un renombrado y respetado profesor, autor de varios libros pedagógicos y dedicado investigador de nombre Hippolyte Léon Denizard Rivail, que después adoptó el pseudónimo de Allan Kardec, porque un Espíritu de nombre Zéfiro, le reveló que ese había sido

su nombre, en otra reencarnación, en las Galias, cuando él vivió allá como un sacerdote druida.

–Interesante.

–Y Allan Kardec, al asistir, invitado, a una de esas reuniones, decidió realizar una investigación muy seria, pues había percibido que una inteligencia desconocida movía la mesa. Ahora, ya no se preguntaban frivolidades a la fuerza inteligente que movía la mesa, sino cuestiones de gran seriedad, efectuadas con profundo cuño científico y, ahora, las respuestas eran también serias y reveladoras, porque los Espíritus que le respondían a Kardec eran, ahora, Espíritus Superiores y no Espíritus que se prestaban a juegos de salón. Allan Kardec trabajaba con mucha organización, haciendo preguntas que, al ser respondidas, eran anotadas. Fue entonces cuando, teniendo esas preguntas y respuestas, compiló un libro que lanzó en 1857, denominado *El Libro de los Espíritus*. Lo más importante de todo eso es que el Espiritismo no es una doctrina creada por el hombre, y, sí, revelada por los Espíritus. Y, por el mismo método y contando también con la ayuda de algunos médiums, editó otras obras importantísimas, como *El Libro de los Médiums*, *El Evangelio según el Espiritismo*, *El Cielo y el Infierno o la Justicia Divina* y *La Génesis*. Fundó una revista denominada *Revista Espírita*, *Diario de Estudios Psicológicos* y un pequeño libro titulado *Qué es el Espiritismo*. Allan Kardec se consagró tanto a la divulgación del Espiritismo, término ese de su autoría que, después de su desencarnación, fue posible lanzar el

libro *Obras Póstumas* con parte del material que había llegado para su publicación.

–Quiero adquirir toda la colección de Kardec y las novelas que me comentó... de un Espíritu...

–André Luiz.

–Psicografiados por Chico Xavier, ¿no es así?

–Eso mismo.

A continuación, solicita a uno de los voluntarios que atienden en la Feria que traiga el pedido de libros para Ailton y, éste al recibirlos, le hace una pregunta más:

–Agenor, para ser un indigente, me parece que es demasiado inteligente. ¿Usted tuvo estudios?

–Tuve, sí Ailton, pero ese es un asunto, que si me lo permite, lo dejaremos para otra ocasión.

–Comprendo. Bien, ahora debo irme. Y muchas gracias por todo, mi amigo. Considero que el día de hoy ha sido muy importante para mí. De nuevo, muchas gracias.

–Soy yo quien le agradece su hospitalidad de esta mañana, y le deseo un buen viaje y que Dios le bendiga, a su esposa y a su hijo. Vaya en paz.

–Hasta otro día.

ESCLARECEDOR ENCUENTRO
DE NELSON CON EL
HERMANO HAROLDO

–Buenas noches, hermano Haroldo.

–Buenas noches, Nelson. Por favor, entre –invita el antiguo amigo–. Siéntese y póngase cómodo. Ester, tenemos visita.

–No necesita incomodar a su esposa, Haroldo. Sólo quiero conversar un poco con usted.

–Buenas noches, Dr. Nelson –saluda la esposa de Haroldo, entrando a la sala.

–Buenas noches, Ester y, por favor, no precisa tratarme de doctor.

–Buenas noches, entonces, Nelson. ¿Qué tal está?

–Le pregunta. En verdad, Ester nunca se imaginaría encontrarse de nuevo con aquel hombre que, durante muchos años, fue muy amigo de su marido e incluso asistieron a la boda de él con Carmen, con quien mantuvo estrechos lazos de amistad. Después, su marido se apartó de Nelson, alegando que ya no se entendían bien, sin haberle revelado nunca el motivo. Cuando Carmen falleció, hacía cuatro años y lo supo a través de una amiga en común. Sabía que, ahora, Nelson venía buscando a Haroldo pues se hallaba interesado en la Doctrina Espírita. Y se puso feliz con la reaproximación de ambos.

–Todo bien, Ester. Dentro de lo posible para un hombre que vivió toda su vida corriendo tras los negocios y ganancias. Hoy día poco hago. He dejado toda la carga del trabajo a mis dos hijos varones, Roberto y Narciso. Mara estudia. Cursa Medicina.

–Me siento muy feliz, Nelson. Haroldo ya me había contado sobre sus hijos. Bien, ahora, voy a dejarlos a solas para que conversen. Cuando lo deseen, puedo brindarles un café.

–No se preocupe, Ester. Mi conversación no va a demorar mucho tiempo.

–De cualquier manera, estoy en la cocina. Basta que me llamen para servirles.

Ester se retira y Haroldo toma la iniciativa de la conversación:

–¿Y, entonces, Nelson? ¿Ha estudiado bastante?

–He leído mucho. Principalmente los manuscritos,

y confieso que esos escritos me han perturbado el ánimo y necesito leerlos de nuevo, con más calma.

–¿Continúan perturbándolo?

–Sí. Ya le hablé sobre lo que el Padre Sebastián me dijo, sobre la deuda que dice tener conmigo y que le gustaría que yo le ayudase en la educación moral de otros esclavos que estuvieron relacionados con nosotros.

–Sí, ya lo sé.

–Y quería hablarle sobre eso. Sabe, Haroldo, tengo la impresión que todo lo que he leído allí, ya lo he vivido en otra vida. A veces me parece que estoy viendo o, incluso, recordando aquel ambiente. Me parece conocerlo. Llego a pensar que tengo algo que ver con Celestino.

–¿Con Celestino? ¿Y qué ligazón podría ser esa?

Nelson permanece algunos segundos en silencio hasta responder de un solo aliento y con mucho valor:

–Tengo la sensación de haber sido uno de los esclavos, más concretamente, Noal, que quería vengarse de él en esa pasada encarnación.

–¿Algo más en esa historia le hace pensar así? ¿Digamos, algo más expresivo, más contundente, más real?

–Sí. Bien, usted conoce un lado negativo de mi pasado, en esta presente encarnación...

–Lo conozco.

–Y hasta intentó disuadirme para que no continuara haciéndolo.

–Es verdad. Hasta llegué a apartarme de usted porque no estaba de acuerdo con todo aquello.

–Cierto, y no lo culpo por eso. Lo que ocurre, Haroldo, es que la noche pasada tuve un sueño muy real. Primero con mi esposa, después con el Padre Sebastián, y tuve una visión.

–¿Y qué visión fue esa?

–Vi el rostro de Celestino como si una fotografía me hubiese sido presentada por el negro viejo.

–¿Una fotografía?

–No fue exactamente una fotografía. El Padre Sebastián aproximó la palma de su mano derecha sobre mis ojos y, cerrándolos, vi nítidamente el rostro del capataz.

–¿Y usted lo reconoció?

–Y no sólo eso. Cuando fijé bien mi mirada sobre aquella visión, ésta se transformó en un rostro bien conocido por mí.

–El de la persona que usted perjudicó –concluyó Haroldo, con seguridad.

–Así es. Usted no se puede imaginar, Haroldo, como duele un remordimiento –exclama el hombre, con los ojos llenos de lágrimas.

–Sí, lo puedo imaginar. Pero, ¿por qué no lo busca? ¿Por qué no lo busca y lo ayuda?

–Porque él está muerto.

–¿Muerto?

–Eso mismo. Hasta sé donde está enterrado. Y pienso que podría haber sido un suicidio.

–¿Suicidio?

–Sí. Fue atropellado en una avenida con bastante tráfico. Por lo menos, eso fue lo que mi funcionario pudo descubrir.

–¡Dios mío! ¡Pobre hombre! Si recuerdo bien, su nombre era Claudio, ¿no?

–Sí. ¿Sabe usted si él tenía parientes, Haroldo?

–Tengo la seguridad de que no. Como usted sabe, Claudio frecuentó por mucho tiempo este Centro y en la época en la que todo ocurrió éramos jóvenes, él un poco mayor, pero no teníamos mucho contacto. Él era un gran conocedor de la Doctrina y prestaba una preciosa colaboración a esta Casa. Cuando supe lo que usted estaba haciendo, procuré disuadirlo de su intento.

–Me acuerdo.

–Por aquella época, sus padres ya habían desencarnado y después de todo lo que aconteció con él, sé que algunos amigos lo acogieron. Pero, de repente, no lo vi más y por lo que supe, no tenía ningún pariente y nunca más tuve noticias suyas. Y, ahora, usted me dice que él parece que se suicidó, o, por lo menos, que ya desencarnó, teniendo en cuenta la tumba encontrada.

–Eso fue lo que pude descubrir. Un funcionario mío

realizó una investigación bastante minuciosa. A causa de los negocios, aún teníamos en nuestros archivos el número de su cédula de identidad y, por ese número, fue localizado el lugar en que se encuentra sepultado. Mi funcionario verificó los documentos del cementerio. Es él mismo. Pero, también, vine a hablar con usted, Haroldo, porque ocurrió algo muy extraño con uno de mis funcionarios, inclusive, el que, para la época, fue mi portavoz de toda la negociación, o, si quisiera denominarla mejor, de toda la trama.

–¿Qué fue lo que pasó, Nelson?

–Supe que Octavio está pasando por un grave problema depresivo desde hace casi un mes. Faltó varios días al trabajo. Su esposa pensaba que él estaba acudiendo al trabajo, pero se enteró por un conocido que se pasaba el día caminando por la ciudad o sentado en una plaza, el conocido creyó que él estaba de vacaciones. Después se encerró en su cuarto. Ahora, con un tratamiento psiquiátrico, con medicamentos, ya está consiguiendo frecuentar otras habitaciones de la casa y consiguió hablar conmigo en privado, cuando fui a visitarlo. Por suerte, quiso hablar conmigo a solas. Pienso, también, que está necesitando de auxilio espiritual.

–¿Y qué podemos hacer por él? ¿Él le contó lo que lo dejó en ese estado?

–Sí, me contó, y el caso es grave, por lo menos para mí, y no sé que decir sobre eso. Pienso que él está en un proceso, como el mío, de desarrollo de la videncia.

–Y sospecho que él debe de haber visto algo que le impactó hasta tal punto que cayó en ese estado depresivo.

–Estoy seguro de que fue eso.

¿Y qué fue, o concretamente, a quién fue que él vio?

Nelson asume una actitud grave y responde:

–Él dice que vio a Claudio.

–¿Él vio a Claudio? ¿Está seguro de eso?

–Sí lo está.

–Entonces, él debe haber visto a su Espíritu.

–Fue lo que pensé.

–¿Y en qué condiciones ocurrió eso? ¿Y qué fue lo que él hizo?

–Octavio me relató que había ido, un fin de semana, hasta una ciudad de... me olvidé el nombre, ahora... bueno, no importa. Él me dijo que había ido a una ciudad, con unos amigos, para pescar. Cuando estaban cerca de su destino, pararon en un restaurante, de esos a la orilla de la autopista, para comer algo. De repente, distraído como estaba, miró hacia fuera, para el patio, donde se localizaba un puesto de combustible, y vio a alguien que le llamó la atención. En aquel momento, sin saber el por qué. Era una persona que venía caminando en dirección a una de las vidrieras del restaurante y que, al llegar cerca de esta, casi llegó a pegar la cabeza en el vidrio para mirar en su interior. Y fue entonces cuando él se llevó un gran shock.

–¿Era Claudio?

–Él dice que sí y que, después de algunos segundos sin saber qué hacer, no pudo resistirse y corrió fuera del recinto, con la mirada presa en aquel rostro, pero, como tuvo que pasar entre un corredor de productos que se encontraban a la venta, en ese momento lo perdió de vista. Dice él que la puerta de salida se encontraba a cerca de dos metros de aquella vidriera, pero que, tan pronto como pudo salir, a los pocos segundos, corrió hacia los dos lados de la construcción, pero no lo vio más.

–Él pudo haberse confundido.

–Fue lo que yo le dije. Porque, conforme me lo describió, Claudio se encontraba mucho más viejo y traía el semblante bastante sereno. La única cosa que puedo deducir es que él haya visto su Espíritu.

–Bien Nelson, yo tengo dos consideraciones para hacer: la primera es que si Claudio desencarnó joven aún, y buena gente como era, aun con la hipótesis de que se haya suicidado, con certeza, su apariencia espiritual, si lo viésemos hoy, a través de la mediumnidad, sería similar a la imagen de aquella época y no envejecida, principalmente si su semblante estuviese tan sereno como Octavio lo describe.

–Entiendo.

–Otro punto a tener en consideración es que tal vez, Octavio se haya culpabilizado por todos esos años, y cuando vio a alguien que le recordó a Claudio, tuvo ese shock. A propósito, ¿él sabía que Claudio ya había desencarnado?

–No lo sabía.

–¿Y usted se lo dijo?

–Aún no. Él cree tanto que lo ha encontrado, que pienso que esa revelación no sería conveniente en su estado.

–Bien, Nelson, pienso que no debe preocuparse mucho por eso, porque por las explicaciones que le di, no hay manera de que esa persona que él vio sea un Espíritu.

–No estoy tan seguro, Haroldo –insiste Nelson.

–¿Por qué?

–Porque a Octavio le ocurrió algo más.

–¿Y qué fue?

–Cuando él regresó a la ciudad, después de algunas horas de pesca, vio a Claudio nuevamente.

–¿Lo vio?

–Sí, sólo que esta vez, logró hablar con él.

Haroldo, que está sentado frente de Nelson, inclina el cuerpo hacia delante, con la intención de no perderse una sola palabra de lo que relata el amigo, por el interés y por el rumbo que aquella conversación estaba siguiendo.

–¿Habló con él?

–Eso mismo. Octavio, en un momento en el que sus compañeros de pesca estaban en una tienda especializada en artículos de pesca, escogiendo materiales, salió en dirección a una plaza frente a la tienda y vio que

Claudio caminaba por una calzada del otro lado de aquel paseo público. Esta vez, no se permitió perderlo y lo cercó, haciéndolo parar. Me contó él que era el mismo Claudio. Lo reconoció enseguida.

—¿Y, entonces?

—Me dijo que le preguntó si él era Claudio y el hombre lo miró fijamente y le preguntó por qué lo quería saber. Octavio entonces le dijo que para él era muy importante saberlo. Y Claudio nuevamente le preguntó por qué motivo le hacía aquella pregunta y si valdría la pena saberlo. Y Octavio, con lágrimas en los ojos, le pidió perdón por todo el mal que le había hecho.

—¿Y Claudio?

—El hombre le dijo que nunca más se preocupara por eso, que el pasado era pasado y que todos nosotros tenemos que vivir en el presente y que él estaba viviendo feliz con el suyo. Octavio no tuvo más dudas y le preguntó si él lo perdonaba y si él, Octavio, podría hacer algo en su beneficio. Claudio le sonrió, colocó ambas manos sobre sus hombros, le hizo un gesto de cariño en sus cabellos y le dijo que si eso era tan importante para él, que supiese que ya lo había perdonado desde hacía mucho tiempo.

—¿Pero no podría ese hombre estar intentando resolver el problema de un desconocido que sufría porque quería ser perdonado por alguien y que le había confundido con esa persona?

—No, Haroldo, porque ese hombre le dijo que ya lo había perdonado y a mí, citando mi nombre y el de

Carmen, mi esposa. Después, abrazó fuertemente a Octavio, pidió que Dios nos bendijese a todos y, despidiéndose, dobló por la esquina y desapareció. Ahora, le pregunto: ¿por qué Octavio se deprimió tanto? Para mí, él sólo pudo haber visto un Espíritu, porque solamente Claudio podría haberle dicho lo que le dijo.

–En parte usted tiene la razón, pero si no fuese así, Octavio debe estar desarrollando varios tipos de mediumnidad al mismo tiempo, principalmente por haber sentido el abrazo del Espíritu.

–Eso es una de las cosas que más me extraña, Haroldo, porque uno de sus amigos que se encontraban en la tienda vio cuando Octavio fue abrazado por Claudio. ¿Habría ocurrido una materialización?

–Bueno, Nelson, si todo eso realmente sucedió así, esa sería la única explicación a menos que ese amigo de Octavio también tenga videncia o que haya sido una gran coincidencia. Lo que me deja más confuso es la apariencia de Claudio, más envejecido...

–No sé qué hacer.

–Hagamos lo siguiente: dejemos que Octavio piense que, realmente, Claudio está encarnado y que conversaron. Para él, todo no pasará de ser un problema de conciencia que el psiquiatra podrá solventar con medicamentos, y reservemos nuestro auxilio para el futuro por si acaso él vuelve a tener visiones que, comprobadamente, nos lleven a la plena convicción de que la causa sea la videncia.

–Estoy completamente de acuerdo con usted, Haroldo, pero, ahora, tengo mis dudas sobre este asunto, porque... ¿y si, realmente, ocurrió esa doble videncia, o tal vez una materialización? Algún motivo debe de haber para que sucediera así. A fin de cuentas, es mucha coincidencia. Una mediumnidad desarrollada en mí, repentinamente, después la lectura de esos manuscritos del Padre Sebastián, donde me veo formando parte de esa encarnación, incluso, identificándome con el esclavo Noal, la identificación de Celestino con Claudio durante el sueño, algo muy real y, ahora, esa aparición, justamente con Octavio. No sé qué pensar, Haroldo. Me siento muy confuso y mi remordimiento aumenta cada vez más.

En ese momento, Nelson comienza a llorar, mientras Haroldo procura calmarlo, dándole pases. Cuando el hombre se calma, Haroldo le revela:

–Sabe, Nelson, Recibí ayer un nuevo manuscrito y, junto a él, una carta del indigente andariego diciéndome que esos escritos no le parecía que fuesen la continuación del libro que podría ser editado, sino, un recado del Padre Sebastián.

–¿Cómo es eso?

–Voy a buscarlo y le pediría que usted lo leyese para que podamos discutir mejor sobre ese asunto.

–Pues, hágame ese favor, Haroldo.

LA LECTURA DEL QUINTO MANUSCRITO

Entonces, comenzamos a emprender el camino de regreso, en dirección a la colonia. Caminábamos en silencio y pude percibir que, cuanto más nos aproximábamos a nuestro destino, las seis entidades que estábamos trayendo comenzaron a sentir los efectos, aun desconocidos para mí, del cambio de vibraciones. El aire, realmente, se tornaba más ligero y la sensación de pesar menos se hacía sentir, al punto de que ellos debieron de ser amparados por nosotros. Al llegar, los llevamos, con la ayuda de enfermeros, a uno de los barracones y los acomodamos en lechos. En ese momento, nos despedimos y salí, no sin antes prometerles que, cuando fuera conveniente, vendría a visitarlos. Mi mayor preocupación era por el esclavo Noal, que me parecía aún un poco resentido, aun-

que, como líder de los otros, estuvo de acuerdo en acompañarnos. No obstante, según entramos en la colonia, percibí en su mirada, igual que en la de los demás, cierto asombro con todo lo que veía, se notaba que estaba buscando a alguien, seguramente al capataz, Celestino. Estuve cerca de tres semanas sin hacer contacto con ellos, obedeciendo la recomendación de Deodato, mientras continuaba mi tarea junto a Celestino, ya bastante confiado en el futuro y con más conocimientos sobre la Doctrina de los Espíritus y de las enseñanzas de Jesús. Cierta tarde, Deodato me mandó a llamar.

–Hermano Deodato, ¿usted desea hablar conmigo?

–Sí, Sebastián. Quiero que, a partir de hoy, comience a cuidar a los seis esclavos que rescatamos. Le pido que realice esa tarea por la ascendencia que posee sobre ellos. Muéstreles lo que sea posible de esta colonia e inícielos en las enseñanzas de la vida. Usted ya sabe cómo hacerlo.

–Trataré de hacer lo mejor que esté a mi alcance. ¿Y en cuanto a Celestino?

–Ya solicité a la hermana Rosana que pase a acompañarlo en sus estudios.

–¿Y existe la posibilidad de que ellos se encuentren con el capataz?

–Sí. Ese procedimiento formará parte del tratamiento, pero sólo cuando usted crea que están preparados para ese reencuentro. Pues, será un momento muy delicado.

–Lo sé, hermano, sobre todo por Noal.

–Si necesita de ayuda, basta que me lo comunique.

–Gracias, hermano Deodato. Iré de inmediato con ellos.

Salí de allí dirigiéndome al barracón que los acogía. Sentí una profunda alegría al verlos bien, por lo menos, desde el punto de vista periespiritual. Ya no permanecían acostados y los seis estaban ayudando en la limpieza.

–¿Cómo se sienten? –les pregunté.

–¡Padre Sebastián! –respondieron todos dejando de lado los instrumentos de limpieza, corriendo hasta mí, abrazándome efusivamente.

–Todos le echábamos de menos, Padre Sebastián – me dijo Noal–. Pensábamos que ya nos había olvidado.

–De ninguna manera. Os llevo en la mente desde que os dejé aquí. Y he orado mucho por ustedes.

–¿Y ahora, Padre Sebastián? ¿Qué vamos a hacer? –preguntó otro.

–Bueno, a partir de ahora, tendrán que recorrer una nueva etapa, si de verdad quieren buscar la felicidad. He sido designado para esclarecerles todo lo que sé sobre la vida y las enseñanzas de Jesús, que es el único camino para esa búsqueda.

–¿Continuaremos morando en este barracón?

–Todavía por un tiempo. Después serán transferidos

a otro lugar que acoge a los que ya se encuentran en condiciones de trabajar en beneficio del prójimo.

*–¿Y podremos salir? ¿Caminar fuera del recinto?
–preguntó Noal.*

–Sí podrán, pero con ciertas restricciones. Hasta que les sea dada autorización, no deben de entrar en ninguno de los barracones, sólo este de aquí y en el del centro, uno mayor, que les voy a mostrar, y eso cuando vayan a estudiar conmigo. ¿Ustedes ya terminaron el servicio de limpieza?

–Falta poco, Padre Sebastián.

–Pues yo les espero junto a aquella puerta. Cuando terminen, me pueden encontrar allá.

Los dejé con la tarea que les competía y me dirigí hasta la salida, procurando, por el camino, parar un poco delante de algunas camas y hacer una oración en beneficio de los internados allí en recuperación. Poco tiempo después, mis amigos llegaron hasta mí y los llevé a conocer la colonia. Realmente, se quedaron boquiabiertos con la belleza de los jardines y de las instalaciones que, a pesar de ser bastante sencillas, estaban, todas, muy bien cuidadas, siendo la mayor sorpresa en lo tocante a las plantas y árboles, desconocidos por ellos, que aún no los habían visto con todo detalle, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraban cuando llegaron.

–Pero este lugar es muy bonito, Padre Sebastián –

me dijo Antonio, uno de los esclavos-. Nunca vi algo así. Y vea que ya trabajé en una hacienda que era muy linda. Pero nada se le compara. ¿Merecemos todo esto?

–Recuerden, mis amigos Antonio, Bento, Luis, Caco, Mercedes y Noal –y vean que me acuerdo de los nombres de ustedes– todavía ninguno de nosotros merecemos esto. Y aprendan la primera lección: Dios, confiando en las buenas intenciones de sus hijos, siempre les anticipa beneficios, que ellos tendrán que esforzarse por merecer. Por eso, no pierdan esta oportunidad. ¿Alguna pregunta?

–Deseo hacerle una –respondió Caco.

–Pues hágala.

–Me gustaría saber el destino de nuestros otros compañeros y, principalmente, de nuestras mujeres e hijos.

–Muchos de nuestros compañeros de sufrimiento se encuentran aún prisioneros, como ustedes se encontraban, en luchas de odio y de venganza y, así como me fue pedido para auxiliarlos, también les serán solicitados los servicios de socorro y rescate a muchos de ellos. Otros se encuentran en varias colonias como esta. En cuanto a sus familiares, procuraré informarme al respecto. Ese también es un ejercicio que Dios nos concede: el de la paciencia y de la esperanza. Quédense tranquilos que un día los encontrarán, porque el amor verdadero no separa a los que se aman.

–También me gustaría hacerle una pregunta, Padre Sebastián –pidió Noal.

–Por supuesto.

–Usted nos dijo que Celestino se encuentra aquí en esta colonia. ¿Nos encontraremos con él? O, por lo menos, ¿podría decirnos dónde se encuentra él?

Noté, en las palabras de Noal, en su entonación de voz, mucha amargura y, ciertamente, un tono de resentimiento. Le respondí con calma:

–Sobre el lugar donde él se encuentre alojado, no podré responderles ahora, pero puede ser que coincidan con él en el trabajo al que ahora se dedica en esta colonia. Ahora, voy a hacer una pregunta y me gustaría oír una respuesta sincera: ¿cómo van a reaccionar ustedes cuando se encuentren con él?

Se hizo un profundo silencio, hasta que Antonio me respondió:

–Pienso que, al principio me haré la cuenta de que no lo conozco, además porque no sabría que decirle. Después de lo que nos dijo en el claro del bosque, ya no siento ningún deseo de perjudicarlo.

Los otros cuatro esclavos estuvieron de acuerdo con lo que pensaba Antonio. Sólo Noal se mantuvo en silencio.

–Y usted, Noal. ¿Qué me dice?

–Usted nos pidió sinceridad, Padre Sebastián y no quiero faltar a la verdad. Sólo le puedo decir que no sé cuál sería mi reacción. Aún no consigo entender bien esa historia de vidas pasadas y que puedo ser un deudor de Celestino. De cualquier manera, creo que no haré nada

que le haga sufrir, dada la ayuda que nos prestó. Por lo menos, hasta que yo consiga entender bien los caminos de la vida. Hoy, solamente sé que he muerto y que aún me encuentro vivo en otro lugar. Que ya sufrí bastante y que ahora estoy en el mejor lugar que he podido estar en toda mi vida, por lo menos en esta última.

–Jesús nos enseñó que seamos buenos, Noal, y que el perdón es el acto más valiente que un Espíritu puede realizar. Y que el perdón es la mejor herramienta que podemos usar para que aquella persona que nos hirió no vaya a herir a nadie más. ¿De qué nos sirve herir a quien nos hirió? Nada será resuelto de esa manera y puede incluso en la mayoría de las veces, empeorar la situación. Mientras el perdón por su edificante ejemplo, puede transformar corazones.

–Pero es difícil, Padre Sebastián.

–Por eso mismo es considerado un acto extremo de valor, porque requiere gran renuncia y desprendimiento por nuestra parte. Y sólo los más fuertes lo consiguen. Porque los débiles son aquellos que se quedan lamentándose, esclavizados a los que odian.

–Si eso es verdad, pienso que no paso de ser un cobarde.

–Será valiente con Jesús. ¿No conoce su historia?

–Un poco, a través de lo que los sacerdotes nos decían en la hacienda.

–Muy bien. Entonces, sabe que él fue crucificado

por los hombres; clavado en la cruz, por las manos y por los pies.

–Sé de eso.

–¿Y por qué no hizo nada para vengarse?

–No lo sé.

–Pues yo se lo explico: Él no hizo nada porque eso no ayudaría al progreso de los hombres. Él no hizo nada, para que los hombres le recuerden como ejemplo de las propias lecciones que propugnaba. Y una de ellas es la del perdón. El comportamiento enseña más que cualquier otra cosa, Noal.

–Entiendo, pero no puedo adelantarle nada al respecto, si soy sincero con usted.

El tiempo fue pasando y mis seis tutelados aprendían rápido las lecciones que yo les enseñaba, a pesar de mi natural ignorancia. Asistían a las clases de la señora Durvalina para aprender a leer y cooperaban en lo que podían en las diversas actividades de la colonia, en verdad, realizando trabajos fuertes en la preservación de aquel lugar. Ya se habían integrado con los demás moradores y se intercambiaban informaciones entre ellos. Todos deseaban tener noticias de sus amigos, sus mujeres e hijos. En esa colonia habitaban seres de ambos sexos, pero no se comunicaban entre sí. Ellas también tenían interés por noticias, cuando alguien llegaba a la colonia. Existían diversas parejas que vivían en armonía entre ellos y se habían encontrado allí. Eran marido y mujer y, también hijos e hijas, como en una pequeña ciudad. En

el caso específico de Noal, llegué a percibir, varias veces, su interés en saber dónde estaba Celestino. Pero como había allí también bastantes blancos instalados, era difícil conseguir la información, pues eran muchos los Espíritus, moradores de aquella colonia de socorro. Un día, me encontraba sentado a la sombra de un árbol, después de la comida, descansando un poco para reiniciar mis actividades, cuando Noal se aproximó.

–Siéntese aquí, mi amigo.

–Deseo hablarle, Padre Sebastián.

–Pues hable.

Noal permaneció algunos segundos en silencio, como pensando de que manera iniciar la conversación.

–Padre Sebastián, necesito que me haga un favor.

–Estoy a su disposición.

–Ya sé dónde se encuentra Celestino.

–Sí...

–Me gustaría verlo y quería que usted viniese conmigo.

–¿Y por qué quieres verlo?

Noal bajó los ojos y me respondió, creo que con toda la sinceridad de su corazón.

–Necesito verlo, Padre Sebastián, pero temo ir allá yo solo y no conseguir contenerme. Aún no me encuentro preparado para tenerlo frente a mí. Y tengo miedo de no resistir a la tentación de ir hasta allá.

–Creo que todavía no ha llegado la hora, Noal.

–Lo sé, pero como le dije, recelo de que no pueda resistirme. Tal vez, si usted me acompañase...

Entonces, me vi en una difícil situación. Realmente, sería desastroso que él fuese allá, solo y movido por un deseo de venganza. ¿Qué hacer? Tal vez podría hablar con Deodato y proponerle que cambiase a Celestino a algún otro lugar. Y fue eso lo que resolví. Pedí a Noal que me diera un plazo hasta la noche para pensar y antes yo decidiría. Por su parte, él, me prometió que esperaría por mi respuesta. Inmediatamente, fui a hablar con Deodato.

–Sebastián –me respondió Deodato–, no podemos estar transfiriendo albergados, cada vez que algún enemigo aparece por aquí.

–¿Y qué debemos hacer?

–Sabe, Sebastián, a veces, tenemos que permitir que los hermanos aprendan de manera natural como debe ser encarada la vida y que pasos deben ser dados para encontrar la paz y la felicidad, aunque eso les cueste algún sufrimiento. O nadie aprenderá nunca.

–¿Y qué consejo me da en relación a Noal?

–Dígale que debe contener ese impulso, pues aún no le es permitida la visita a Celestino. Dígale más. Sí, dígale que él fue amparado y acogido aquí en esta colonia con mucho cariño y que estamos haciendo todo lo posible por él, pero que tenemos reglas que deben ser cumplidas. Manténgase firme, Sebastián. Es la hora del sí, sí, no, no.

–Comprendo perfectamente, Deodato. Hasta pronto.

–Hasta pronto, Sebastián y que Dios le bendiga.

Esperé a que oscureciera y busqué a Noal en su alojamiento, solicitando que me acompañase a un paseo.

–¿Vamos a ver a Celestino pronto? Me inquieta su respuesta.

–No, Noal. Y esta decisión no es mía. Consulté a un superior y decidimos, que para su propio bien, aún no es conveniente de que usted vea a Celestino. Usted tendrá que tener un poco más de paciencia, contener ese ímpetu y, permítame darle un consejo: cada vez que piense en ese asunto, abra el Evangelio y lea con mucha atención hasta calmar sus impulsos.

Noal bajó los ojos y me respondió:

–He procurado ser sincero con usted, Padre Sebastián, y voy a continuar siéndolo. Voy a intentarlo, pero no sé si voy a conseguirlo. Entiendo bien su decisión, puede creerme. Sé que tiene toda la razón, pero no sé...

–Y debo decirle algo más, Noal. Esta colonia tiene sus normas, sus reglamentos para que todos los que se encuentran aquí puedan estar seguros y en paz. Por tanto debo prevenirle de que este complejo habitacional, posee, a través de todas sus vibraciones de amor, un sistema de defensa muy rígido, valiéndose, para tal finalidad, de las propias vibraciones negativas que, por ventura, puedan ocurrir aquí dentro. Por eso, mi amigo, no haga

nada que pueda perjudicarle por medio de usted mismo, de su propio pensamiento inferior.

–Pensaré en eso, Padre Sebastián. Estoy agradecido por su preocupación y perdóneme por el trabajo que le estoy dando. Voy a procurar contenerme.

–Una cosa más, Noal. Permanezca dentro de la colonia y no se acerque a la salida a la calle. Ya le vi varias veces merodeando por allí.

–Sabe, Padre Sebastián...siento que me llaman en aquel lugar.

–Lo sé y sé también, que sólo lo llaman cuando comienza a sentir el antiguo deseo de venganza en su corazón.

–Es verdad.

–Es por eso que le aconsejo que lea más el Evangelio, principalmente en esas horas. Abra el libro al azar y lea.

–Lo intentaré, lo intentaré.

–Ahora, vuelva a su alojamiento y descanse, no sin antes hacer una lectura y una oración rogando a lo Alto que le ilumine y le bendiga.

–Gracias por todo. Intentaré hacer lo que me pide.

Confieso que me preocupé con aquella situación. Temía perder a Noal, pues si él no conseguía controlar el impulso de la venganza, fatalmente, podría ocurrirle lo peor. ¡Ah! ¡Si los hombres supiesen la fuerza destructiva

de un sentimiento de odio! Principalmente para quien no consigue librarse de ese desatino. Aprisiona más que los grilletes de la esclavitud e hiere más que un azote. Por eso me dediqué a vigilarlo más de cerca, tanto que pedí a Deodato que me concediese el permiso de alojarme en el mismo barracón en que él se hospedaba. En cuatro ocasiones le vi rondando el alojamiento donde se encontraba Celestino y sutilmente conseguí alejarlo de allá, sacando de su mente cualquier idea indigna. Pero, lo peor, lo que yo más temía, acabó ocurriendo y nada pude hacer, pues el libre albedrío es una prerrogativa muy fuerte del Espíritu, a fin de que pueda aprender con sus propios errores y con su propio ejemplo. Poco tiempo después de esos acontecimientos, desperté con un extraño presentimiento y fui hasta el lecho de Noal. Estaba vacío. Me dirigí rápidamente hacia la puerta, salí de aquella edificación y no conseguí verlo en las inmediaciones, lo que no me sería difícil, teniendo en cuenta el blanco resplandor de la luna que iluminaba la colonia, con una intensidad mucho más brillante de lo que puede verla en la Tierra, el Espíritu encarnado. No tuve dudas. Rápidamente, casi corriendo, fui hasta la entrada de la herradura, como acostumbré a denominar el lugar que da acceso a la calle que desciende. De lejos pude distinguir a Noal, allá, en el declive, parado y gesticulando, gritando algo, que desde la distancia en la que me encontraba, no conseguía entender. Apresuré el paso, aproximándome más, vi que la bruma se encontraba muy cerca, y como si formasen parte de ella, diversas figuras de esclavos hablaban con él.

–¡Venganza, Noal! ¡Venguémonos! ¡Tráigalo con nosotros! ¡Queremos venganza! ¡En nombre de todas las víctimas! ¡En nombre de nuestros hermanos! ¡De las madres sufridoras! ¡Tráigalo para acá!

Noal permanecía extático, pero, envolviéndose cada vez más, con los gritos que aumentaban en intensidad, lanzó un alarido, con un aullido lancinante.

–¡Venganza! Venganza!

Giró el cuerpo y, al ver que me aproximaba, me ordenó, con mucho odio en el corazón:

¡Salga de aquí, negro viejo! No me convencerá más. ¡Usted está del lado de los malditos! ¡Salga de aquí!

–No, Noal. En nombre de Dios, escúcheme.

¡Tráigalo, también para acá! ¡Ese viejo nos traicionó! –gritaban, ahora, los infelices.

Y Noal avanzó en mi dirección, pero, en ese momento, teniendo en cuenta la intensa modificación vibratoria de sus sentimientos, un brazo como de espesa nube emergió de la bruma y lo enlazó, llevándolo junto a los otros, y aún pude oír su grito de rabia cuando toda aquella formación de espesa niebla se apartó rápidamente, dejando, ahora, la carretera, iluminada por la brillantez de la luna. Sólo pude ver de lejos la oscuridad. Me arrodillé y oré mucho por Noal y por todos aquellos infelices, víctimas del odio y del resentimiento. Al día siguiente, relaté lo ocurrido a Deodato.

–Me entristece mucho lo sucedido, Sebastián, pero,

Dios nos ofrece el libre albedrío para que podamos decidir sobre nuestros actos.

–Creo que no fui tan eficiente como debería de haber sido. Siento que bien podría haber hecho mucho más por Noal.

–No se culpe, mi hermano. Usted hizo lo que pudo. En verdad, Noal no se encontraba aún en condiciones de asimilar las enseñanzas de Jesús. Pero, tranquilícese. Pues, el tiempo se encargará de ayudarlo a él y a tantos otros infelices. Concentre ahora sus esfuerzos en mantener a los otros cinco en el camino correcto. Y ayude a Celestino.

–Gracias a Dios, me parece que todos están concienciándose bien sobre la dádiva del perdón y Celestino ya se encuentra trabajando activamente, como una forma de comenzar a rescatar sus débitos. Sólo Mercedes está algo alterada con lo ocurrido. Pienso que tenía una estrecha relación con Noal. Voy a dedicarme un poco más a ella.

–Confíe en Dios, Sebastián. Tenemos mucho trabajo por delante.

–Que Dios nos bendiga a todos.

Me despedí y retorné a mi trabajo, con mucho ánimo.

* * *

Y durante años, hemos trabajado en el rescate de

muchos infelices, todos vinculados a la esclavitud, inclusive Noal. Con respecto a ese hermano nuestro, debo decir que pudo olvidar un poco el pasado, pero nunca aceptó la idea de perdonar a Celestino, aunque ese ex negrero ha dado muchos ejemplos de su modificación íntima, aquí en la colonia, tornándose un gran trabajador en la mies de Jesús y, algún tiempo después, fue transferido a otro núcleo de atención, más especializado, integrando un dedicado equipo de rescate en regiones de tinieblas densas. De los otros cinco, Mercedes y Antonio, a pesar de convertirse en buenos colaboradores, también sentían aún cierto resentimiento. Los tres todavía tenían aversión por el Celestino “negrero” y no conseguían admitir su gran transformación. Lo cual estaba impidiendo su evolución. Pero, como la Providencia Divina siempre ofrece variadas oportunidades a sus hijos, tuvo a bien promover la reencarnación de esas cuatro criaturas en la Tierra, desde hace más de setenta años. Todo eso, con un compromiso de los tres de aproximarse a Celestino, y a través de un programa previamente trazado, pudieran hacerse amigos, con oportunidades de trabajar en la divulgación de las enseñanzas de Jesús y de la Doctrina de los Espíritus. Y nosotros, desde aquí, y en algunas incursiones por la Tierra, hemos procurado auxiliar a esos hermanos que, a pesar del compromiso asumido, sólo Bento y Celestino se han dedicado a la labor en la mies de Jesús, mientras que Noal y Antonio, presos aún de su inconsciente y latente aversión por Celestino, le han perjudicado inmensamente, envolviendo también a Mercedes, que se dejó llevar por la ambición. Aún así,

ese hermano, por todo lo que aprendió y asimiló, no se dejó abatir y continúa en el trabajo de la divulgación, bajo duras penalidades, pero tenemos la certeza de que en esa encarnación, conseguirán unirse, apagando las discordias y resentimientos y trabajando para el Cristo, nuestro hermano mayor.

EL DESCUBRIMIENTO

—¡Dios mío!, —exclama Nelson— ¡Somos nosotros! Carmen, Octavio, Celestino, (ahora, como Claudio) y yo. ¿No será que usted también está relacionado con esta historia, Haroldo? Todo encaja. Hasta la aversión que sentí por Claudio, desde la primera vez que le vi. Desgraciadamente, no supe controlarla, y uniendo eso al beneficio económico... ¡Dios mío! ¿Qué podré hacer para redimirme de lo que hice?

Y Nelson comienza de nuevo a llorar.

—Cálmese, Nelson. Preste atención.

—Puede hablar —pide el hombre, enjugando las lágrimas.

—A mi entender, no fue por casualidad que ese Espíritu Padre Sebastián hizo llegar a nuestras manos esos manuscritos. Todo lo cual resulta algo poco usual.

–¿Usted no sabe quién los envió? Tal vez esa persona nos pueda dar una respuesta.

–Es lo que pretendo descubrir, Nelson.

–¿Pero, cómo? ¿Hablando con esa señora que le envió el primer manuscrito?

–Eso mismo. Voy a llamarla, ahora mismo.

Diciendo eso, Haroldo va hasta el teléfono y, busca un número en la agenda, llamando enseguida al Centro Espírita.

–Aló. ¿Con quién hablo? ¿Doña Leontina? Mi nombre es Haroldo y soy amigo de Doña Elsa. ¿Ella se encuentra?... Sí, está en su residencia... ¿Por favor, podría darme el número de su teléfono?... Gracias, Doña Leontina. Puede hablar. Voy a anotar... Muy agradecido y que Dios la bendiga.

Haroldo cuelga el teléfono y hace una nueva llamada.

–Aló. ¿Doña Elsa?

Y del otro lado de la línea:

–Sí.

–Doña Elsa. Soy Haroldo.

–Oh, hermano Haroldo, ¿cómo le va?

–Estoy muy bien.

–¿Usted recibió mi correspondencia?

–Sí, y algunas más. Cada una de una ciudad diferente.

–Es que ese amigo nuestro anda bastante.

–Doña Elsa, necesito algunas informaciones de usted.

–Por supuesto, hermano Haroldo.

–¿Usted podría decirme el nombre de ese indigente?

–Él es conocido como Cal. Todos lo llaman así.

–¿Pero ese es su verdadero nombre? ¿Usted podría decírmelo?

–No estoy segura, hermano Haroldo. No recuerdo si es Carlos o Claudio.

–Doña Elsa, ¿usted no podría verificar eso para mí? Debe haber una ficha de catastro en el albergue.

–Sí, la tenemos.

–¿Y cuándo podría usted verificar eso? Sabe, Doña Elsa, esa información es muy importante para un amigo que cree conocerlo y que se encuentra en este momento aquí en casa y está muy ansioso por esa respuesta. Se trata de una historia bastante interesante y, un día, se la contaré con detalles.

–Bueno... Tendría que ir hasta el Centro Espírita a comprobarlo. El único problema es que el armario que usamos como fichero, a esta hora, se encuentra cerrado y la llave la tiene el hermano Carlos, que es el presidente. Y, ahora, así, no sé si conseguiría localizarlo. A no ser... Espere un poco, Hermano Haroldo. Mi hija acaba de llegar y tal vez ella lo sabe. Casualmente, ella estuvo trabajando

en esas fichas... actualizándolas, por cierto. Aguarde un minuto.

–Espero.

Pasan algunos segundos y Doña Elsa vuelve al teléfono.

–Hermano Haroldo:

–Puede hablar.

–El nombre de él es Claudio, pero mi hija no se acuerda del apellido. Sólo sabe su nombre.

–¡Dios mío!

–¿Qué dice, hermano Haroldo?

–No. Nada, Doña Elsa. Pienso que esta información ya es suficiente, por ahora. ¿Usted me podría informar si él se encuentra hospedado en el albergue?

–Sí, se encuentra, hermano Haroldo, llegó ayer. Usted sabe como es. Ellos hacen una gira por los albergues de la región.

–Sí. Lo sé. Ahora necesito otro favor. Mi amigo y yo deseamos encontrarlo y hablar con él. ¿Podemos ir hasta allá?

–Sería un placer recibirlos, hermano Haroldo. Hasta podrían hospedarse en mi casa. Pues, sería muy fatigante ir y volver el mismo día.

–Nosotros se lo agradecemos, pero usted deberá pedirle que nos espere.

–Claro que lo haré. ¿Cuándo vendrán?

–Seguramente mañana mismo. Pero antes de irnos, yo se lo confirmo. Y no necesita preocuparse por nuestro alojamiento. Nos hospedaríamos en algún hotel de la ciudad.

–Ustedes lo deciden. Si quieren quedarse en casa, será una enorme satisfacción recibirlos.

–Muchas gracias, Doña Elsa. Hoy mismo le telefoneo.

–Estaré esperando su llamada. A propósito, le voy a dar el número de mi teléfono celular, porque en estos días tenemos un Feria de Libros Espíritas en la plaza de la ciudad y también el trabajo en el albergue... Por favor, anote.

–Haroldo anota el número y se despide.

–¿De qué habló tanto tiempo con esa mujer, Haroldo?, –pregunta Nelson, angustiado– ¿Usted le dijo que vamos a ir para allá?

–Usted no tiene ni idea de lo que acabo de descubrir.

¿Y qué fue lo que descubrió?

–¡Nada más y nada menos, que ese indigente que psicografió esas páginas se llama Claudio!

–¿Claudio? Pero... si él está muerto...

–Sí... usted tiene la razón, pero si Octavio dice haberlo visto... Y en cuanto a los documentos que su funcionario dice haber verificado, ¿no se habría equivocado? Sabe, Nelson, pienso que Claudio está vivo.

–Ahora, ya no sé qué pensar. Pero, realmente, es mucha coincidencia. Además, ¿por qué estaría él enviando esos manuscritos? Justo a usted. ¿Y lo de mi esposa? Cuando la vi en la habitación, me pidió que lo buscara. Sí. Pienso que tenemos que ir allá. ¿Y su apellido?

–Doña Elsa, en este momento, no puede tener acceso a las fichas del albergue.

–Pues vamos hasta allá. Oí cuando usted le indicó a la señora que le pidiese a alguien que nos esperase. ¿Usted estaba hablando de él?

–Correcto. Y voy ahora mismo a telefonarle para confirmar nuestro viaje.

Diciendo eso, Haroldo vuelve a hablar con la señora y acuerda con ella la hora para encontrarse. Cuelga el teléfono y le pregunta:

–A propósito, ¿Octavio llegó a describir a ese Claudio que dice haber visto? ¿Cómo es su apariencia? ¿Cómo va vestido? Él pudo haberse equivocado.

–No. Nada me dijo al respecto.

–¿Y si hablásemos con él? Si él nos dijese que vio a Claudio vestido como un indigente, ya podríamos tener una idea del éxito de nuestro viaje.

–Bien pensado.

–¿Cuándo podremos hablar con él?

–Ahora mismo. Vamos hasta allá.

–Sí. Vamos.

Ambos se levantan y Haroldo llama a Ester para despedirse de Nelson.

–¿No acepta un café, Nelson?

–Queda pendiente para una próxima oportunidad, Ester. Muchas gracias.

–Vamos hasta a casa de un amigo, Ester. Ah, sí. Mañana, Nelson y yo haremos un viaje. Y tendremos que pernoctar en esa ciudad. Después le explico.

* * *

Al llegar a la casa de Octavio, son atendidos por Doña Silmara.

–Sabe, Dr. Nelson, usted ya estuvo aquí conversando con él en privado y no sé lo que le prometió, pero, siento que se calmó un poco. Si fue un cargo, puede tener la seguridad de que sería el mejor camino para su recuperación. Ya se lo dije. No es por causa del dinero, usted lo sabe. Se trata de su orgullo.

–Bien que lo sé, Doña Silmara, y puede quedarse tranquila que cuando él se recupere, le daré una óptima promoción, pero ahora, una vez más, nos gustaría hablar a solas con él.

–Puede entrar. Hagan el favor. Solange no se encuentra y voy a tener que ir al supermercado. Demoraré lo suficiente para que tengan tiempo de conversar con él, todo lo que quieran.

–Muchas gracias, Doña Silmara.

Diciendo eso, la mujer ayuda al marido a caminar hasta la sala de estar donde ya se encuentran los dos acomodados.

–Buenos días, Dr. Nelson.

–¿Cómo se siente, Octavio?

–Me siento mejor, después de aquella conversación que tuvimos. ¿Usted está investigando aquello?

–Bien, si me dan permiso, voy al supermercado –informa Silmara y sale de casa.

–Sí, estoy investigando el asunto, Octavio, y necesito algunas informaciones tuyas. A propósito, éste es mi amigo Haroldo. ¿Se acuerda de él?

–Sí, me acuerdo. ¿Cómo le va, hermano Haroldo?

–Todo bien, Octavio.

–Octavio –dice Nelson–, creo que estamos sobre la pista de Claudio.

–¿Saben donde se encuentra? Necesito volver a hablar con él. ¿Ustedes me llevan?

–De momento, no, mi amigo, pero yo le prometo, que, tan pronto como usted se mejore, nosotros lo llevaremos. Pero, como le dije, para que tengamos la certidumbre de que estamos sobre la pista correcta, necesitamos algunos datos suyos.

–¿Qué es lo que quieren saber?

–¿Usted recuerda cómo iba vestido él cuando usted lo encontró?

–¿Cómo se vestía él? Haber... déjeme ver... bien, vestía una ropa muy sencilla, pobre, pero limpia.

–¿Parecía un indigente andariego? ¿Esas personas que viven caminando de ciudad en ciudad?

–No lo sé. Ah, sí... esperen un poco... allá en el restaurante del puesto de gasolina, en la autopista, próximo a la ciudad, cuando lo vi por la ventana, parecía cargar algo en la espalda. Podía ser una mochila.

–¿Usted está, realmente, seguro de haberle visto, algo así como una mochila en la espalda?

–Sí. Ahora me acuerdo bien, y le puedo afirmar que sí.

–Debe ser él, Nelson –afirma Haroldo.

–¡Ojalá que lo sea! Bien, Octavio, ahora descanse un poco. Tan pronto como tengamos alguna noticia, se la comunicaremos.

–Quiero volver a hablar con él

–Si lo encontramos, nosotros o lo traeremos hasta aquí o lo llevaremos a usted hasta donde él esté.

–Que Dios los acompañe.

–¿Usted se siente mejor?

–Mucho mejor. Con los medicamentos que estoy tomando, y principalmente después de nuestra conversación.

XVIII

EL VIAJE

Al día siguiente, Nelson y Haroldo parten hacia la ciudad donde tienen esperanzas de encontrar a Claudio. El viaje es largo y sólo llegarán alrededor de las diecisiete horas, pues tuvieron que salir un poco más tarde del horario que tenían previsto.

–Estoy angustiado y nervioso, Haroldo –confiesa Nelson–. No sé qué le voy a decir si lo encontramos. Ya han pasado más de treinta años e imagino lo que ese hombre debe de haber sufrido, si aún no ha dejado de ser un indigente. ¿Vivirá todavía de esa manera? Por lo que recuerdo, fue un año difícil, con mucho desempleo. ¡Dios mío! ¿Qué fue lo que hice?

–No se martirice así, Nelson. Por lo que Octavio le contó, él le perdonó y a su esposa también.

–Pero es difícil. Sabe, Haroldo, como ya le dije, desde

las primeras lecturas, me identifiqué mucho con Noal y me pongo a pensar: ¿habrá sido Octavio también uno de aquellos esclavos? Recuerdo que cuando le pedí, en aquella época, que perjudicase a Claudio, se preocupó mucho por tener que cumplir una orden como esa, pero cuando tuvo contacto con él, noté un extraño cambio en su comportamiento.

–¿Un cambio en su comportamiento?

–Sí, percibí una cierta satisfacción en hacer lo que estaba haciendo. Llegué a pensar que era por el ascenso que le había prometido cuando le vi titubear.

–Puede ser...de hecho, la vida no da saltos y, muchas veces, el Espíritu vuelve a la carne aún con resentimientos en el corazón y deseos de venganza que tendrá que controlar a fin de elevarse un poco más en la escala evolutiva. Muchas veces, a pesar del olvido del pasado, pueden ocurrir aversiones, de forma latente, contra un desafecto o enemigo de la vida anterior, aunque no lo reconozca y no se acuerde de él ni del hecho acaecido.

–Y yo no superé mi aversión.

–Pero todavía está a tiempo, Nelson. La vida es eterna y si es Claudio, podrá ayudarlo.

–¡Cómo lo deseo!

–A propósito, usted me dijo que, tal vez, yo también formase parte de esa historia. ¿Por qué piensa así?

–No lo sé... una intuición... ¿Recuerda el último

manuscrito en el que el Padre Sebastián dice que sólo Bento y Celestino se han dedicado al trabajo de Jesús?

–Sí.

–Con toda seguridad, el Claudio de hoy es el Celestino de ayer, y el perdón de él significa que sigue los pasos de Jesús, y usted también trabaja para Él desde hace mucho tiempo, dirigiendo aquella Casa Espírita, intentando, inclusive, en aquella época, impedir que cometiese aquella maldad.

–No sé, Nelson. Podría ser.

–Y también podría estar ligado a este asunto por el hecho de que esos manuscritos hayan ido a parar a sus manos.

–El Padre Sebastián también dijo que Mercedes estaba involucrada.

–Ahora tengo casi la seguridad de que ella haya estado entre nosotros como Carmen, mi esposa. A fin de cuentas, ella se me apareció e inició todo este proceso.

–También pienso así, si partimos de ese principio.

–Pero no entiendo una cosa, Haroldo.

–¿Qué?

–Todo cambió en mi vida a partir de esos acontecimientos, de esos manuscritos. ¿Por qué me pasan esas cosas? ¿Por qué el padre Sebastián me está ayudando de esa forma y, creo que a todos nosotros? Me quedo pensando y preguntándome: ¿por qué el mundo espiritual no toma siempre providencias de ese tipo, en el sentido

de acelerar un proceso evolutivo con los Espíritus encarnados? En fin, nadie recuerda su pasado y pienso también que rarísimos son los casos como el que nos acontece. ¿Por qué?

–El olvido del pasado, Nelson, como ya lo sabe, es una dádiva para los Espíritus encarnados, sino no conseguirían convivir unos con otros sabiendo lo que les sucedió en la otra vida. Pero, puede creer que muchos son auxiliados sin percibirlo. Unos, por simple intuición, otros la mayoría, por acontecimientos imprevistos que los hacen pensar de manera diferente. En su caso, más específicamente, tal vez eso haya ocurrido porque, además de que el Padre Sebastián haya podido ayudarlo, lo está encaminando hacia un trabajo en la divulgación de la Doctrina Espírita, pues estoy seguro de que después de que se haya arreglado todo, usted se empeñará en ese trabajo.

–Sí, Haroldo, voy a trabajar con ahínco. Quiero invertir en la divulgación y tengo suficientes recursos para eso, además de que, mis hijos, seguramente, continuarán en esa tarea cuando yo me vaya o, sencillamente, ya no tenga condiciones para ello.

–Ya he visto muchos casos así, Nelson. Personas que se dedican mucho a la divulgación de la Doctrina de Jesús, han sido previamente auxiliadas, incluso en su propia profesión, a fin de que tuviesen condiciones económicas para afrontar los gastos. No sólo para invertir financieramente, también, para que tuviesen ayudas adecuadas para una supervivencia fácil, de manera que pudiesen efectuar un gran trabajo.

–¿Y algunos llegan a fallar?

–Oh, sí, muchos. Infelizmente, tendrán que responder por todo el tiempo y la ayuda que la Espiritualidad les dispensó.

–¿Todavía falta mucho tiempo para concluir el viaje?

–Creo que poco tiempo, Nelson. ¿Por qué?

–Me gustaría aprovechar, mientras tanto, para hacerle algunas preguntas más.

–¿Sobre qué?

–Sobre algunos fenómenos espíritas, por los cuales siento curiosidad, pero que aún no he tenido la oportunidad de estudiar.

–Puede preguntar. Si estoy en condiciones de responder, lo haré con mucho gusto.

–¿Usted me podría explicar mejor cómo funciona el pase?

–Sí, le explico. Es muy sencillo y no tiene nada de espectacular. Acompañe mi razonamiento. Usted, tal vez, deba saber que cuando una corriente eléctrica recorre un hilo conductor, se forma alrededor de éste un campo electromagnético. En verdad, es así como se construyen los transformadores de fuerza que poseen dos bobinas, o sea, alambres enrollados que son recorridos por una corriente eléctrica.

–Sí, he estudiado sobre eso. Tengo buenas nociones de electricidad.

–Pues bien. Cuando la electricidad pasa por el alambre enrollado del transformador, se forma un campo magnético y ese campo magnético, al interactuar con otra bobina, sin contacto físico, hace que ocurra lo inverso, o sea, surge una corriente eléctrica recorriendo el alambre de esa otra bobina. Y así, si bobinas con diferentes números de espiras se interactúan, se consigue modificar la corriente. Todo eso es ciencia. ¿Cierto?

–Sí. Estoy entendiendo.

–Muy bien. Lo que ocurre es que nosotros, Espíritus encarnados, poseemos un cuerpo mental, un periespíritu y un cuerpo carnal, y todos están constituidos por átomos que, a su vez, están constituidos por electrones, protones, neutrones y otras partículas que ya están siendo descubiertas.

–Comprendo.

–También sabemos que las células, que forman nuestro cuerpo, también están constituidas por átomos y que poseen en su membrana plasmática, entre su interior y su parte externa, una diferencia de potencial que no es otra cosa que electricidad. Por consecuencia, la sangre, constituida por células eléctricamente cargadas, recorre todo nuestro cuerpo a través de las venas y arterias, como si fuese la propia electricidad recorriendo un alambre. Nuestras neuronas, que también existen en todo nuestro cuerpo, poseen también electricidad. De esa forma, como todos esos cuerpos nuestros, están constituidos de esa manera, es evidente que, con todo ese movimiento eléctrico, se forma a nuestro alrededor, así como

en el alambre conductor, un campo electromagnético. Ese campo es el que denominamos aura.

–Sí.

–Existe un tipo de cámara fotográfica, llamada Kirlian, que fotografía esa Aura que, conforme como se encuentre nuestro estado mental, posee determinadas formas y colores. Cuando estamos bien, nuestra Aura posee un equilibrio en su vibración, pues todo lo que posee vida posee esa vibración, como si fuesen olas. Ahora, si estamos mal, en lo que atañe a la salud física o emocional, esa Aura pasa a tener vibraciones descontroladas y desequilibradas. Y tanto esas vibraciones desequilibradas o equilibradas, van a actuar en el ambiente en que vivimos, pudiendo alcanzar el Aura de otras personas, desequilibrándolas o equilibrándolas, dependiendo, por cierto, del grado de elevación de esas personas. ¿Me está entendiendo?

–Es por eso que, a veces, cuando nos acercamos a personas que, con su simple presencia, nos hacen sentir una cierta incomodidad o, en otros casos, una sensación de mucha paz, ¿no es así?

–Eso mismo. Ahora vamos a hablar sobre el pase. El pase actúa en el periespíritu y, como consecuencia, en el cuerpo físico, a través de centros de fuerza, que se encuentran ligados a determinados órganos de nuestro cuerpo. Los pasistas, con sus mentes equilibradas, a través de la oración, pueden hacer que, al aproximarse mentalizando energías que salen de sus manos, se reequilibre nuevamente el Aura de aquellos que la tienen

desequilibrada, proporcionándoles calma, tranquilidad, lo que, por cierto, influenciará también a su organismo físico. Lo que ocurre es que esos médiums reciben esas energías de los Espíritus encargados de ese trabajo, a través del centro coronario, localizado en lo alto de sus cabezas. Por cierto, una persona que reciba un pase debe, enseguida y aprovechando esa verdadera “inyección” de ánimo y bienestar, procurar detectar y modificar ciertas actitudes físicas o mentales para que pueda sanar y no volver a tener más problemas de desequilibrios o de dolor. Y la receta para eso es muy sencilla: seguir las enseñanzas de Jesús.

–Muy buena su explicación, Haroldo.

–Ahora bien, el pase también puede ser realizado sólo con buenas intenciones, como los buenos pensamientos de aquellos que rodean a la persona necesitada y también por actitudes que tornen la vida de esa persona bastante tranquila. Una madre o un médico a la cabecera de un hijo o de un enfermo, si tienen en el corazón sentimientos de amor para ese paciente, ya le estarán administrando un pase.

–Por lo que entendí, el pase sólo no ayuda, ¿no es así? La persona tiene que modificar su conducta y su actitud mental, porque si el simple pase fuese suficiente, ¿qué sería de la mayoría que no los toma?

–Con toda seguridad. Existen muchas y muchas personas que ni siquiera saben que el pase existe y son mucho mejores que aquellas que han tenido la oportunidad de recibirlo. Cierta vez, leí una historia en un libro

que puede servir de ejemplo a lo que estamos diciendo.
¿Usted quiere oírlo?

–Sí. Me gustaría

–En cierta fecha, un hombre, sentía mucho dolor en la región abdominal, buscó a un especialista que, después de hacerlo pasar por algunos exámenes, detectó la causa. El médico, le dijo entonces que su problema tenía sus raíces en la mala alimentación que hacía. Le pasó informaciones de cómo debería ser su alimentación, un hábito que debía adquirir y mantener durante toda su vida. Realmente, era una dieta. Y para que él ya tuviese un poco de alivio, le recetó tres inyecciones a fin de librarlo del dolor. Y le dijo que le pusiesen las inyecciones y que hiciese una dieta rigurosa para que nunca más tuviese dolores. Muy bien. Imaginemos, ahora, que ese paciente tiene tres opciones: si toma las inyecciones y hace la dieta, nunca más tendrá dolores; si toma las tres inyecciones, pero no hace dieta, con toda seguridad, tan pronto como pase el efecto del medicamento, volverá a sentir dolores; y finalmente, si aguanta los dolores, no toma las inyecciones ni hace la dieta, sufrirá mucho... De lo que se desprende de este ejemplo es que con el pase ocurre lo mismo. Basta que comparemos el pase con las inyecciones y la dieta con las enseñanzas de Jesús. No sirve de nada tomar pases y no seguir las directrices de comportamiento enseñadas por Jesús. Pero, bastará seguirlas para que seamos felices.

–Es una historia muy interesante.

–Y el tiempo pasó, Nelson, y ya estamos llegando.

* * *

Entran en la ciudad y estacionando en una calle de entrada, Haroldo toma su teléfono celular y llama a Doña Elsa.

–¿Aló?

–¿Doña Elsa? Aquí es Haroldo. Acabamos de llegar.

–Buenas tardes, Haroldo. ¿Hicieron un buen viaje?

–Muy bueno, Doña Elsa. ¿Dónde podremos encontrarla?

–Estoy aquí en el Centro Espírita, exactamente en el albergue. Estamos preparando la comida de hoy. Ustedes podrán venir hasta aquí. Anote la dirección.

–Ya la estoy anotando.

–Voy a explicarle como llegar fácilmente.

La señora explica, entonces, cual es el mejor camino para ir hasta ella y los puntos de referencia en los que podrán orientarse en el trayecto.

–Gracias, Doña Elsa. Dentro de poco estaremos ahí. Haroldo conduce por varias calles hasta llegar al Centro Espírita. Descienden, tocan una campanilla y es Elsa misma quien viene a recibirlos. Después de los saludos, la mujer los lleva hasta una gran cocina, les sirve un poco de café y les informa:

–Ustedes quieren conocer a Cal, o Claudio, ¿no es así?

–Así es, señora –responde Nelson, ansioso– ¿Él está aquí?

–De momento, no. Pero ya le avisé de que el hermano Haroldo desea conocerlo y él estuvo de acuerdo, y un poco más tarde vendrá para tomar su comida. Aún permanecerá aquí por un día más, durmiendo en el albergue. Estos días nos encontramos muy ocupados porque estamos realizando la Feria del Libro Espírita en la plaza principal de la ciudad y eso nos toma mucho tiempo.

–Puedo imaginármelo, Doña Elsa –comenta Haroldo.

La mujer continúa, junto a otros voluntarios, colocando legumbres en una enorme olla, añadiendo también, otros ingredientes para comida de la noche.

–Doña Elsa, deseo hacerle una pregunta –dice Haroldo.

–¿Cómo no?

–¿Usted conoce la historia de ese indigente llamado Claudio?

–Casi no la conozco. Aquí en el albergue, pocos son a los que les gusta contar su propia historia. Y nosotros, tampoco preguntamos. Sólo conocemos lo que nos cuentan espontáneamente.

–¿Y qué es lo que usted sabe al respecto? –pregunta Nelson.

–Como ya le dije, muy poco. Sólo que su negocio

fracasó y nunca más pudo recuperarse económicamente. Acabó en la miseria y no tenía parientes a quienes recurrir y los pocos amigos que supuestamente tenía le cerraron las puertas. Por cierto, ya he visto pasar por aquí muchos casos como este. Algunos, por desilusión amorosa. Otros a causa de la bebida. En fin, son criaturas muy necesitadas. Concretamente Claudio no toma y cuando llevaba una vida normal, era espírita. Posee mucho conocimiento de la Doctrina, y tiene desarrollada su mediumnidad desde hace varios años. Y, alguna que otra vez, nos trae algunos mensajes muy esclarecedores de Espíritus evolucionados. Muchos de ellos llegamos a imprimirlos y distribuirlos aquí en el Centro para los frequentadores. Y hace poco tiempo nos trajo un texto que nos pareció ser el comienzo de un libro. Por ese motivo lo envié a Haroldo para que lo examinase y acordé con Claudio que pasase a remitirle los próximos. Hasta le di algún dinero para pagar los gastos del correo.

—Y como él está siempre andando, cada manuscrito venía de una ciudad diferente.

—Exacto.

—¡Es él, Haroldo! —afirma Nelson emocionado—. Sólo puede ser él.

—Por lo que entendí por su telefonema, hermano Haroldo, usted me dijo que el señor Nelson imagina conocer a Claudio. ¿Pero qué lo hace pensar así?

—Se trata de una larga historia y tiene mucho que ver con aquellos manuscritos.

–Ah, sí. Ayer conversé con él y me dijo que junto con el último envío, le mandó una carta diciendo que pensaba que no iría a escribir más sobre aquel asunto, y que había tenido la intuición de que lo que había escrito era sólo un recado. Sólo que no sabía para quien o para qué.

–Eso mismo. ¿Usted le dijo que yo traería a un amigo que imaginaba conocerlo?

–No le dije nada, hermano Haroldo, porque no sé si él los esperaría sabiendo eso. Sólo le dije que usted quería conversar con él sobre lo que había escrito. Usted me disculpa, pero sólo hice lo que creí mejor.

–No necesita disculparse, Doña Elsa. Usted actuó correctamente.

–Doña Elsa ya casi es la hora.

–Oh, sí María, por favor, abra la puerta de entrada. Dentro de poco todos van llegando.

–Enseguida, Doña Elsa.

Algunos minutos pasan y comienzan a llegar los primeros necesitados que irán a hacer la refección. Nelson no consigue esconder su ansiedad, procurando ver, en cada una de aquellas personas, algún rasgo que lo hiciese recordar a Claudio. Doña Elsa percibe la búsqueda y lo tranquiliza:

–No se preocupe, señor Nelson. Cuando él asome por aquella puerta yo le avisaré.

Pasan diez minutos más y Nelson comienza a mostrarse más angustiado.

–¿No vendrá hoy? –piensa.

Nelson se distrae por algunos segundos y, cuando vuelve a prestar atención a la gente que entra, ve a dos hombres parados, conversando, uno está de espaldas.

–Allá está él, señor Nelson. Aquel, de espaldas.

Nelson lo observa cuidadosamente, intentando reconocerlo por detrás.

–¿Será él, Nelson? –pregunta Haroldo.

–No lo sé...

En eso, Claudio se vuelve y camina en dirección de Doña Elsa, que se encuentra cerca de los dos.

Nelson fija más los ojos en el hombre, intentando reconocerlo, pero la frustración es patente en su fisonomía y en la de Haroldo...

–Buenas tardes, Doña Elsa –saluda.

–Buenas tardes, Cal. Este es el hermano Haroldo al que usted le enviaba los manuscritos.

–Mucho gusto.

–Y éste es el Dr. Nelson, amigo de él.

–¿Cómo le va usted?

–Bien, gracias –responde Nelson, sin conseguir disfrazar una enorme amargura en la mirada.

–¿Ustedes desean hablar conmigo?

Nelson permanece en silencio y es Haroldo quien le responde:

–Sí, Claudio, pero puede alimentarse primero. Después de la comida, si nos puede atender...

–Sí, podemos conversar. Si quieren podemos hablar ahora mismo.

–Cene primero, Cal –pide Doña Elsa.

Claudio, entonces, pide permiso y se dirige hasta una de las mesas y se sienta.

–¿Es él, Dr. Nelson? –pregunta la señora.

–Desgraciadamente, no. Tenía tanta esperanza...

–Lo siento mucho.

–De cualquier manera, Doña Elsa –dice Haroldo–, me gustaría conversar con él.

–¿Por qué no aprovechan y comen, también?

–Muy agradecido –responde Nelson–. Pero no tengo hambre. Si usted quiere, Haroldo...

–No, no. Cenaremos después, en un restaurante de la ciudad. No creo que sea conveniente, pues también tenemos un albergue en nuestro Centro y lo que sobra de comida es distribuida a los frequentadores, al final de la refección. Muchas veces será el almuerzo del día siguiente para ellos. Nosotros se lo agradecemos.

Y permanecen sentados esperando que Claudio termine de cenar.

–No se ponga triste, Nelson. Quién sabe, conseguiremos saber algo de ese hombre. Vamos a hacer, mentalmente, una oración al Padre Sebastián, si estuviese pre-

sente, para que nos ayude, a través de la mediumnidad de Claudio, con alguna pista sobre el destino de nuestro otro Claudio.

–¿Qué coincidencia, no, Haroldo? Que los dos tengan el mismo nombre.

–Es verdad.

Entonces, ambos, cierran los ojos y hacen una sentida oración solicitando ayuda.

* * *

–Podemos conversar ahora –dice Claudio, aproximándose a los dos, después de algún tiempo. En ese momento, casi todos ya se están retirando del recinto.

–¿No quieren ir a una sala, a fin de estar más a gusto, Haroldo?

–Como usted lo considere mejor, Doña Elsa.

–Voy a llevarlos. Por favor, acompañenme.

Doña Elsa los encamina hasta una pequeña sala, donde, normalmente, es realizado el primer contacto con los necesitados que vienen allí por primera vez, a fin de ser realizada una entrevista y se cumplimenta de una ficha personal. Haroldo se sienta detrás de una pequeña mesa de escritorio, Nelson, en uno de sus extremos, y Claudio al frente.

–Imagino que quiera hablar conmigo sobre los escritos que le envié, ¿no es así?

–Eso mismo, Claudio. Por cierto, un buen material,

tanto que imaginé que con ellos se pudiese elaborar un libro.

–También pensé en eso –confiesa el indigente–. Pero cuando psicografié el último que le envié, sentí una fuerte intuición, llegando incluso a oír una voz dentro de mi cerebro, imagino que del Padre Sebastián, que me decía que allí terminaba aquella tarea. Que no era un libro como yo pensaba, sino, simplemente, un mensaje para algunas personas y que ese trabajo ya estaría siendo muy bien asimilado por ellas. Incluso, oí de muy lejos, un “Dios le pague”.

–Claudio, nosotros creemos que fuimos algunos de los personajes de ese relato y que uno de ellos fue perjudicado por mí en esta vida –explica Nelson, con los ojos llenos de lágrimas–. Y llegamos a pensar que ese hombre era usted, ya que no tenemos noticias de él desde hace muchos años. Hasta pienso que haya podido desencarnar. ¿Usted nos podría ayudar a aclarar este enigma? Tal vez, un nuevo contacto con el Padre Sebastián, un nuevo mensaje, ¿quién sabe?... Varias veces, llegué a tener contacto con él, durante el sueño, pero nunca me habló de nada al respecto.

El hombre permanece, por algunos segundos, pensativo y responde:

–No sé qué decirle, doctor. Pero pienso que usted no debe preocuparse mucho por eso. ¿Usted fue siempre espírita?

–No, no. Hace poco tiempo que comencé a interesarme.

Y Nelson relata todo lo que le ocurrió y le viene ocurriendo, ayudado en algunos detalles por Haroldo, hasta el hecho de haber encontrado a alguien enterrado con aquel nombre y haber sido registrado en un cementerio con los documentos pertenecientes a él, pero que un amigo suyo lo vio, lo tocó, habló con él y no cree que haya sido una visión, porque otros también lo vieron.

–Pues vuelvo a recomendarle que no debe preocuparse mucho por eso. Sé que a usted le gustaría encontrarlo para reparar el daño que le hizo, que no sé cuál pueda ser, y no necesita contármelo, pero existen otras maneras de reparar un mal.

–¿Cómo sería?...

–Cuando necesitamos reparar un mal que hicimos contra alguien y ya no tenemos oportunidad de hacerlo, podemos reparar ese mal ayudando a otros necesitados, haciéndolo siempre en nombre de aquella persona, como si se le estuviese haciendo a ella; en su intención, ¿me entiende?

–Sí, le comprendo, Claudio.

–Dios espera que nosotros mejoremos, modificando nuestra conducta y un arrepentimiento ya es un gran paso dado, pero, vuelvo a repetir, si no podemos reparar el daño hecho a nuestro acreedor, Dios espera que no nos abatamos por eso, y, sí, que trabajemos en el bien y que, si queremos tener un poco de paz en nuestra conciencia, que lo hagamos, viendo en cada criatura auxiliada, la figura de aquel a quien perjudicamos.

–Muy buena esa idea y esa sugerencia –dice Haroldo–. Realmente, Dios espera que nos resignemos con nuestro sufrimiento y que utilicemos ese tiempo en acciones de caridad.

–Voy a seguir su recomendación, Claudio, pero no voy a desistir de continuar mi búsqueda.

–Bien, voy hacer una oración, antes de dormir, rogando alguna ayuda a los Espíritus en el sentido de que, si fuese posible, el padre Sebastián utilice mi mediumnidad, dictándome algún otro mensaje. ¿Quién sabe?

–Por favor –pide Nelson–, haga eso y le estaré eternamente agradecido.

–Y, ¿cuándo podremos tener una respuesta, si ocurriese algo, quiero decir, si usted escribe algún mensaje? –pregunta Haroldo.

–Bien, mañana temprano, pues, estaré aquí hasta las siete horas, que es el horario de salida del albergue.

–Muy bien. Pasaremos la noche en algún hotel de la ciudad y, mañana temprano, retornaremos aquí.

–De acuerdo, entonces.

Claudio va para el albergue y Haroldo y Nelson se despiden de Doña Elsa, quien les indica un hotel y los invita a ir hasta la Feria del Libro Espírita, pues, poco más tarde, ella estará allá.

EL RENCUENTRO

Dos horas antes, Agenor, después de responder a las preguntas que le fueron dirigidas, atiende a una señora muy angustiada por la pérdida de un hijo joven, de apenas diecinueve años, muerto en un accidente de tráfico.

–Estoy desesperada, hermano Agenor. No sé qué será de mí sin mi único hijo. Su falta me produce un dolor inmenso en el corazón. ¿Qué podría decirme usted que me consolase?

–En primer lugar, Doña Amelia, debo decirle que usted está causándole un gran malestar e incluso, un gran sufrimiento a su hijo.

–¿Qué le estoy causando un sufrimiento?

–Con toda seguridad.

–Pero, ¿cómo?

–¿Cómo se lo imagina usted en el verdadero plano de la vida?

–Bien... mi hijo era un joven muy bueno, no tenía vicios, era muy estudioso, gentil, hasta trabajaba como voluntario en una casa espírita y sólo puedo creer que haya sido bien recibido por los Espíritus, pienso así, a pesar de no ser muy versada en Espiritismo. Mi hijo, sí.

–Muy bien. Por la forma en que usted acaba de describirlo, también creo que él esté muy bien, pero, podría estar mucho mejor.

–¿Cómo, hermano Agenor?

–Vamos a hacer un pequeño ejercicio de imaginación, Doña Amelia. Imagínese desencarnada y muy bien atendida.

–Pues yo, incluso, preferiría estar en lugar de él.

–Olvide eso. Es él quien se encuentra en el Más Allá. Ahora, imagínelo.

La señora permanece algunos segundos en silencio.

–Imagine, también, que usted se encuentra entre amigos, parientes y otros tantos Espíritus que, más evolucionados, la están encaminando en esa nueva vida que, dicho sea de paso, para los buenos, como usted o su hijo, es mucho mejor que la de aquí, en la Tierra. Ahora, imagine también, que usted, estando del lado de allá, dejó aquí a su hijo que, con todo el conocimiento que la Doctrina Espírita le proporcionó, se encuentra perfectamente, continuando con sus estudios, con su trabajo de volun-

tario, en fin, en paz y siempre orando por usted para que también se sienta bien en el verdadero plano de la vida. ¿Cómo se sentiría usted?

–Creo que me sentiría a gusto en el más allá y muy feliz de ver a mi hijo continuando con su vida desde el lado de acá, como usted dice, estudiando, trabajando y orando por mí, señal de que me ama.

–Perfecto, Doña Amelia. ¡Qué felicidad! ¿No le parece?

–Mucha, a no ser por la añoranza de su presencia física, pero segura de que un día yo me volvería a encontrar con él.

–Y que, desde allá, después de cumplir algunas etapas de esclarecimientos y aprendizaje, podría volver a la Tierra para auxiliarlo cuando eso fuese posible y necesario, a través de la intuición, de la inspiración, ¿no es así?

–Eso mismo.

–Desgraciadamente, eso no está ocurriendo con su hijo hasta el presente momento.

–Ya estoy entendiendo, hermano Agenor. Él debe estar sufriendo con mi sufrimiento.

–Así es. ¿Cómo cree usted que se está sintiendo él viéndola sufrir de esa manera? ¿Estará tranquilo para poder seguir su camino?

–Realmente, no lo debe estar, pues él me amaba mucho.

–Amaba, no. Ama, querida hermana. Por tanto, Doña Amelia, ponga una sonrisa en el rostro y ayúdelo con oraciones repletas de mucho amor, enviándole, a través de palabras y pensamientos, vibraciones de mucho ánimo, diciéndole, que a pesar de la distancia, usted está con él en todos los minutos de la vida. Y procure trabajar en beneficio de otros, de los necesitados. Hágalo en su nombre. ¿Usted no me dijo que él era voluntario?

–Sí.

–¿Y usted?

–Frecuentaba el Centro Espírita sólo para tomar pases, pero no hacía ningún trabajo de ese tipo.

–Entonces, Doña Amelia, asuma lo que él hacía o, si no hubiese esa posibilidad, haga algo en pro de los necesitados a fin de suplir su falta, a fin de sustituir sus laboriosas manos, atendiendo al llamado de Jesús.

La mujer comienza a llorar de emoción y alegría.

–Dios se lo pague, hermano Agenor, por sus palabras.

–Sea las manos de su hijo aquí en la Tierra y todo será alegría para usted y para él.

–Una vez más, que Dios se lo pague. Regreso a casa con el corazón rebosante de felicidad.

* * *

Agenor atiende algunas personas más hasta que, alrededor de las veinte horas y treinta minutos, Doña

Elsa, llega y, aproximándose a él, le pide hablar en privado. Entonces se dirigen a un canto opuesto de la plaza y se sientan en un banco del jardín.

–Hermano Agenor, me gustaría que me hiciese un favor.

–Cómo no, Doña Elsa. Lo que usted quiera.

–Me gustaría que me contase más detalladamente lo que le hizo entrar en esa vida de andariego que lleva. Usted me habló que tuvo que vender todo lo que tenía para pagar sus deudas a causa de una crisis financiera.

–Así es.

–¿Me podría hablar sobre las causas que originaron esa crisis financiera?

–¿Por qué quiere saber?

–Porque tengo un presentimiento... confíe en mí.

–Está bien, se lo voy a contar. Como ya le dije, anteriormente, a los veinte años, ya formado en una escuela superior, pasé a trabajar con papá en su pequeña industria, encargándome, poco después, de la administración de los negocios. En esa época perdí a mis padres. Entonces, comencé a trabajar bastante para suplir la ausencia de ellos. Después de algunos años, conocí a una joven por la que me apasioné y comenzamos a conocernos mejor, a través de un noviazgo serio. Y nuestra pequeña fábrica comenzó a desarrollarse cada vez más, pues había cerrado un suculeto negocio con una gran empresa, la cual pasó a ser la única que yo atendía, por la

gran demanda de pedidos que nos hacían. Todo estaba yendo a las mil maravillas, hasta que conocí al propietario de esa industria en una reunión empresarial del ramo, donde asistí con mi novia. Fui presentado a él y, ya, en ese primer encuentro, sentí algo extraño.

–¿Algo extraño?

–Sí. No sé porqué, pero sentí miedo de él.

–¿Miedo?

–Eso mismo. Me parecía que le conocía, y tengo la certeza de que él debió haber sentido lo mismo, pues tuvo una reacción un tanto defensiva hacia mí, e incluso antipática. Sin embargo, no ocurrió lo mismo en cuanto a mi novia, por la que se desdobló en gentilezas.

–¿Recuerdos de otra u otras vidas pasadas?

–Pienso que sí. Pero voy a procurar ser más conciso, Doña Elsa.

–Haga como guste, hermano Agenor.

–Bien, todo aconteció demasiado rápido. De repente, ese empresario, sin ninguna explicación, sin ninguna justificación, de la noche a la mañana, a través de un funcionario suyo, que se mostró bastante rudo conmigo, canceló todos los pedidos y servicios que mi firma les prestaba. Intenté hablarle, pero se negó a recibirme, diciendo que todo había sido una decisión de la junta directiva y que no pretendía dar marcha atrás.

–¡Dios mío!

–Me desesperé y comencé a buscar de nuevo a an-

tiguas empresas a las que les prestaba ese tipo de servicio, pero ninguna nos dio trabajo, justificando que ya habían hecho contratos con otras operadoras. En fin, ahora no tenía trabajo y la empresa tenía muchos empleados que dependían del salario que devengaban allí.

–Continúe.

–También sucedió algo extraño. Antes de la decisión de ese empresario, mi enamorada rompió el noviazgo conmigo, también sin muchas explicaciones, solamente alegando que yo trabajaba demasiado, sin disponer de mucho tiempo para ella y que necesitaba pensar en la conveniencia de continuar aquella relación. Después, vine a saber que ella lo estaba enamorando.

–¿Habría sido ella la causante de esa cancelación de pedidos?

–Creo que no, Doña Elsa. No tendría motivos para eso. Y pienso que fue ella misma quien me ayudó a salir del impase del desempleo al que mis funcionarios serían sometidos, porque en un aparente acto de piedad, el empresario, ahora novio suyo, me envió una propuesta de compra de la fábrica, desde que yo asumiese todas las responsabilidades laborales con mis empleados, prometiendo contratarlos tan pronto como fuesen retirados.

–¿Y era mucho dinero?

–No, porque, en verdad, no eran muchos, pero yo tenía diversos compromisos con mis proveedores de materia prima, en fin, lo que me fue ofrecido era insuficiente para que yo pudiese saldar todas las deudas que aún

estaban en cuenta abierta a mi nombre. Pero era tomar o dejar.

–Y usted aceptó el acuerdo...

–No tuve otra salida, e incluso tuve que vender la casa donde vivía para poder afrontar todos mis compromisos.

–¡Dios mío! ¿Y no le sobró nada?

–Muy poco, Doña Elsa. Lo suficiente para vivir por un mes en una pensión. También recibí una pequeña colaboración, en dinero, de mis propios trabajadores. Incluso, algunos de ellos querían hospedarme en su casa, pero no podía invadir la privacidad familiar de ninguno. Intenté conseguir un empleo, pero el tiempo fue muy corto y el dinero se acabó enseguida. Después, a la calle, pero con la conciencia tranquila. Y el resto usted lo sabe porque ya se lo relaté.

–Sí, lo sé.

–¿Pero, por qué usted quería saber sobre eso?

–Es que tengo un presentimiento.

–¿Un presentimiento?

–Sí. Hermano Agenor, ¿cuál es su nombre completo? Ya que, tuve ese presentimiento hace unos minutos y no he podido examinar su ficha allá en el albergué.

–Bueno, cuando me transforme en un indigente andariego, decidí usar mi segundo nombre, tal vez, en aquella época, como una manera de aislarme un poco más.

–¿Y cuál es su verdadero nombre, o sea, el nombre por el cual era conocido cuando era empresario?

–Mi primer nombre es Claudio.

–¿Claudio?

–Sí. Claudio Agenor.

–¿No le dije que tenía un presentimiento?

–No estoy entendiendo...

–Prepárese, hermano Agenor. Creo que tendrá una gran sorpresa esta noche. Y tengo la más absoluta seguridad de que será una sorpresa muy emocionante y muy feliz porque, por lo que ya conozco...

–¿Y no me puede adelantar nada?

–Enseguida, enseguida, lo verá.

Entonces, Doña Elsa, mira hacia todos los lados de la Feria y dice:

–Hermano Agenor, permanezcamos un poco más por aquí. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas más. ¿Puede ser?

–Sí.

* * *

–¿Vamos a echarle un vistazo a la Feria del Libro Espírita, Nelson? –pregunta Haroldo, después de que se hospedaron en un hotel y luego de cenar.

–No tengo muchas ganas de ir, Haroldo. Vaya us-

ted. Necesito descansar un poco –responde Nelson, desanimado.

–No pretendo demorarme mucho por allá, Nelson. Venga conmigo.

Nelson hace una expresión de cansado, pero acaba accediendo.

–Está bien, voy con usted.

–Eso, Nelson. ¡Ánimo! Y de regreso, antes de dormir, me gustaría que hiciésemos una oración rogando a lo Alto para que Claudio pueda recibir algún mensaje del Padre Sebastián.

–Entonces, vamos para allá.

Se dirigen hasta la plaza de la ciudad, donde se encuentra instalada la feria.

–¿Ya llegó Doña Elsa? –pregunta Haroldo a uno de los jóvenes voluntarios.

–Sí, llegó, pero salió un momento con el hermano Agenor para conversar. Enseguida estará de regreso. ¿Usted quiere hablar con ella o con el hermano Agenor?

–Estuve esta tarde con ella, en el albergue y me dijo que estaría aquí esta noche.

–¿Y usted? –pregunta el voluntario a Nelson–. ¿Va a esperar al hermano Agenor?

–No, no. Estoy con él

–Oh, sí, discúlpeme. Queden a gusto. Pueden hojear los libros.

En ese mismo instante, otras dos personas se aproximan al joven y le preguntan por Agenor.

–Él salió un momento con Doña Elsa, pero enseguida regresa.

–Parece que hay mucha gente que quiere hablar con ese tal hermano Agenor. ¿Quién será ese hombre?

–Me da la impresión que debe ser alguien que realiza la Atención Fraternal.

–¿Atención Fraternal?

–Es el nombre que damos a un servicio que ofrecen casi todos los Centros Espíritas, que es el de atender a las personas que necesitan de un esclarecimiento a la luz del Espiritismo.

–Ah, ya sé.

En ese momento, Doña Elsa vuelve a mirar hacia la Feria y ve que Haroldo y Nelson se encuentran allá. No es que les consiga ver el rostro, sino que los reconoce por el porte, y le pide a Agenor:

Por favor, espéreme un poco aquí. Ya regreso.

–¿Usted va hasta la barraca de la Feria?

–Sí, voy hasta allá, pero me gustaría que me esperase aquí porque aún quiero hablarle y no pretendo que alguien lo ocupe allá con alguna pregunta.

–La esperaré.

Doña Elsa se levanta y, apresurando la marcha, enseguida llega hasta los visitantes.

–Hermano Haroldo, Dr. Nelson –los llama.

–Doña Elsa, ¿cómo le va?

–Me va muy bien. ¿Les está gustando nuestra Feria?

–Sí –responde Haroldo– muy bien montada y con una gran variedad de títulos.

–Bien, quiero proponerles algo.

–Y ¿qué es?

–Pienso que será una sorpresa.

–¿Una sorpresa?

–Espero no estar equivocada.

–¿Equivocada? No estoy entendiendo.

–Me gustaría que ustedes se dirigiesen hasta el Centro Espírita y me esperasen allá. Voy enseguida.

–¿Hasta el Centro? –pregunta Nelson.

–Eso mismo.

–¿Y preparó una sorpresa para nosotros?

–No perdamos tiempo y hagan lo que les pido.

–Está bien, está bien. Ya estamos yendo. Sólo vamos a buscar el automóvil.

Los hombres se dirigen hasta el hotel, solicitan el automóvil que se encuentra en el estacionamiento y parten.

–¿Qué sorpresa será esa? –pregunta Nelson, camino al Centro.

–No tengo la más mínima idea.

–¿Habrá psicografiado Claudio algún mensaje del Padre Sebastián?

–Ojalá Dios mío, que pueda ser eso... Doña Elsa dice que nos quería dar una sorpresa y estaba tan eufórica.

–Apresúrese, Haroldo.

Y los amigos siguen con el corazón en las manos, como se dice popularmente.

Cuando llegan allá, son recibidos por una señora que los encamina hacia aquella misma sala donde conversaron con Claudio, diciéndoles que Doña Elsa le había telefonado dándole esas indicaciones. Esperan algunos minutos hasta que Elsa entra por la puerta. Parece nerviosa, ahora.

–Estamos listos, señora. ¿Cuál es la sorpresa? – pregunta Haroldo, tan ansioso como Nelson.

–¿Acaso, Claudio recibió algún mensaje?

–No sé si lo recibió. Le veré mañana, por la mañana.

Una vez más, la frustración se abate sobre el hombre.

–Por favor, no sé si estoy en lo cierto, y, si no fuese así, me perdonan.

–¿Pero qué misterio es ese?

La mujer se aparta un poco, saliendo a pocos metros de la sala y dice:

–Por favor, hermano Agenor. Nos gustaría que entrase aquí. El andariego obedece y entra en la sala.

–¿Claudio? –casi grita Nelson, no creyendo en lo que ve, habiéndolo reconocido en el mismo instante, así como Haroldo, que no se mueve, dejando que el amigo tome la iniciativa.

–¿Dr. Nelson? ¿Haroldo? –exclama, por su parte, Agenor.

–Claudio... oh, Dios mío, cuanto le agradezco por este momento. Claudio, déjeme tocarlo. Y le pido perdón –remata, emocionado, arrodillándose a los pies del indigente.

–Por favor, levántese. Por favor –dice Agenor, tomando a Nelson por los brazos, y ayudándolo a levantarse–. Nada tengo que perdonarle, mi hermano. Nada tengo que perdonarle.

–Pero necesito oírle decir que me perdona.

–Muy bien –consiente, también emocionado–. Yo le perdono, pero con una condición.

–¿Qué condición? Diga lo que quiera y yo le haré lo que me pida.

–Siéntese aquí, por favor –pide Agenor, ayudando a Nelson a sentarse en una silla–, y cálmese. Sólo tengo una condición.

–Diga, por favor.

–Pero antes –interrumpe Haroldo–, déjeme darle un abrazo, Claudio.

Y abraza a aquel a quien conoció cuando joven y que ahora, lo veía como un viejo, pero impresionado con el brillo saludable de sus ojos y con la mansedumbre de su mirada. Y le pide, indicándole una silla, al frente de Nelson:

–Siéntese aquí, por favor siéntese aquí.

–¿Qué condición, Claudio?, –insiste el hombre.

–Con la condición de que usted me perdone, también.

–¿Yo, perdonarlo? ¿Perdonarlo de qué? Yo le hice un daño muy grande a usted.

–Sabe, Dr. Nelson, la vida no tiene azares y, con el tiempo, pude percibir que lo que usted me hizo, fue algo que sólo podría tener un motivo muy fuerte.

–Hoy yo no le haría eso.

–Lo sé. Pero, en aquella época, aún siendo joven, tal vez no se haya podido resistir.

–¿De qué está hablando?

–Hablo que, por lo que me hizo, solamente podría estar movido por un sentimiento muy fuerte de dolor en el alma causado por mí. Un sentimiento que sobrepasa las barreras del olvido del pasado y que viene latente en el corazón de muchos Espíritus reencarnados. Y sólo lo hizo porque, seguramente, yo debo haberle hecho un daño mucho mayor en otra vida. ¿Usted entiende mis palabras?

–Sí, él entiende, Claudio –responde Haroldo–. Nel-

son hoy es espírita. Y usted está en lo cierto. Poseemos unos manuscritos psicografiados que nos revelan que vivimos juntos una vida muy difícil en los tiempos de la esclavitud. Usted podrá leerlos y entenderá todo.

–Tengo la certeza de que sí, ¿pero qué manuscritos son esos?

Haroldo explica todo a Agenor y éste le revela:

–Pienso que, tal vez, ese Padre Sebastián sea el Espíritu que me ha ayudado mucho en esa pequeña tarea que desempeño.

En ese instante, Nelson fija su mirada en un punto al lado del andariego.

–¡Dios Mío! –exclama.

–¿Qué fue Nelson? –le pregunta Haroldo.

–Yo lo estoy viendo y él tiene las dos manos sobre los hombros de Agenor.

–Estoy sintiendo su presencia y sus manos en mis hombros.

–Él sonrío, muy feliz y meneó la cabeza afirmativamente cuando usted dice que imagina que sea él el Espíritu que lo auxilia.

–¡Estoy emocionada! –confiesa Doña Elsa.

Nelson, a su vez, comienza a llorar copiosamente y, con la voz entrecortada por sollozos, revela:

–Ahora, es Carmen quien llega.

–¿Carmen? –pregunta Agenor.

–Sí, ella también quiere que usted la perdone, a pesar de haber sido muy feliz conmigo y con los hijos que tenemos.

–Estoy seguro de ello, Nelson. Y respóndale de la misma forma, preguntándole si ella me puede perdonar por el mal que le causé en el pasado.

–Ella también está muy feliz y apoya su cabeza en el pecho del Padre Sebastián que, como si fuese una hija, le acaricia, cariñosamente, los cabellos. Muchas gracias, Dios mío, por este momento. Ahora, ellos se están yendo y saludando con las manos.

Haroldo toma la palabra, dirigiéndose al caminante.

–Ahora, Agenor, usted necesita auxiliar a otra persona.

–¿A quién?

–¿Se acuerda de Octavio? –le pregunta Nelson.

–¿Octavio...? Me parece que sí. Creo que fue con él con quien me encontré hace poco tiempo. Él me pidió que lo perdonara.

–Es por eso mismo, Agenor. Pienso que él traía ese remordimiento en el corazón y, a partir del día en que lo vio, enfermó. Y quiere verlo. ¿Podríamos llevarlo hasta su casa?

–Sí, puedo ir. Tengo que permanecer aquí hasta el domingo. Después, estaré libre.

–A propósito, Agenor, encontré a alguien sepultado en un cementerio de la capital con su nombre, con el

número de su documento de identidad y conseguí la información de que esa persona, que pensé que se trataba de usted, había desencarnado, víctima de un accidente de tráfico. No entiendo.

Agenor piensa un poco y responde:

–Bien, tal vez yo se le pueda aclarar. Por lo menos por lo que consigo imaginar. Poco después de que comencé mi peregrinación por la vida, me robaron, incluso se llevaron mi documento de identidad. Tan pronto como pude, fui hasta la capital y, como tenía una copia, conseguí fácilmente sacar de nuevo otro original. Pienso que ese infeliz que fue atropellado tenía ese documento y lo sepultaron con mi nombre y mi documentación.

–Sólo puede ser eso.

Nelson se levanta, abraza a Agenor con mucho cariño y le dice:

–Agenor, esa vida suya de indigente andariego llegó a su fin. Usted vendrá conmigo y yo le daré casa, dinero, todo lo que usted desee. Sé que eso no pagará todo el sufrimiento que le causé, pero, en fin, me gustaría que me permitiese esa pequeña compensación.

–Yo se lo agradezco mucho, Nelson, pero me gustaría continuar con la vida que llevo. En verdad, pienso que lo que me sucedió fue una verdadera bendición, porque, a pesar de las dificultades iniciales, me acabé acostumbrando y pude, durante todo ese tiempo, ayudar a mucha gente, con consejos, explicaciones, consuelo, a

través de palabras que, a pesar de brotar de mis labios, tenía plena convicción de que venían de un Espíritu muy elevado que, algunas veces, llegué a vislumbrar. Y era, realmente, un negro viejo. Y hoy, con esa revelación, a través de los manuscritos y con su visión de esta noche y su confirmación, sé que se trataba del Padre Sebastián.

Agenor hace una ligera pausa y le pide a la señora:

–Doña Elsa, también me gustaría conversar con Claudio, ese otro indigente espírita y médium.

–Mañana mismo se lo presentaré.

–Me gustaría tanto que aceptase mi ayuda, Agenor –dice Nelson, suplicando.

–Quiero continuar con lo que hago, mi hermano, pero le prometo que, si acaso, me viese en una gran dificultad, acudiré a usted.

–A mí y a mis hijos. Quiero presentárselo a ellos.

–Ellos no saben nada sobre mí, ¿no es cierto?

–No, no saben nada.

–Y nada deben de saber, Nelson. Esto fue un asunto sólo nuestro y pertenece al pasado. Vamos a olvidarlo y ellos no necesitan saber de nada.

–Dios le pague también por su discreción, Agenor.

–Entonces, el próximo lunes podemos venir a buscarlo.

–Sí, pueden.

-Y después...

-Después, regreso a mi vida normal.

Doña Elsa mira con mucho cariño y respeto a Agenor y le dice:

-Con el abridor de latas y de corazones.

El hombre apenas sonríe.

